



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

40

Barcelona

37

DELICIAS

DE LAS

ALMAS AFECTUOSAS

ó

CARTAS DE COMENDACION

TOMADAS

DE SAN PABLO, SAN AGUSTIN,

SAN JERONIMO,

Y GREGORIO NACIANCENO,

SAN FRANCISCO,

SANTA TERESA DE AVILA,

Y FERNANDEZ DE ENRIQUETA.

MADEIRA
LIBRERIA UNIVERSAL
calle del

B. 111

DELICIAS

DÉ LAS

AS AFLIGIDAS

ó

RTAS DE CONSUELO

TOMADAS

ABLO, SAN AGUSTIN, SAN BASILIO,
SAN JERÓNIMO,
NACIANCENO, SAN JUAN CRISÓSTOMO,
SAN FRANCISCO DE SALES,
A TERESA DE JESUS, BOSSUET
Y FENELON.

—CO—

MADRID,

IVERSAL DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, 29.

1837.

111937

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
LONDON

B. U. M.

DELICIAS

DE

LAS ALMAS AFLIGIDAS.

1911

54

1911

DÉLICIAS DE LAS ALMAS AFLIGIDAS,

ó

CARTAS DE CONSUELO

TOMADAS

DE S. PABLO, S. BASILIO, S. JERÓNIMO, S. AGUSTIN, S. GREGORIO NACIANCENO, S. JUAN CRISÓSTOMO, S. FRANCISCO DE SALES, STA. TERESA DE JESUS, BOSSUET, FENELON Y OLIVIER.

SEGUIDAS DE UNA EXHORTACION

DE S. JUAN CRISOSTOMO

á las personas que se afligen con exceso por la muerte de sus amigos y de sus parientes;

Y DE LA DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE LA VIDA FUTURA.

POR BOSSUET.

OBRA TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR EL PRESBITERO

D. ILDEFONSO JOSÉ NIETO,

doctor en Teología y en Jurisprudencia, abogado del Ilustre Colegio de Madrid, capellan de honor honorario de S. M., etc.

Non est mortua, sed dormit.
No está muerta, sino que duerme.

MADRID,

Librería Universal de D. Leocadio Lopez,
CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 29.

LIMA,

HABANA,

Librería de los Sres. CALLEJA. | Sres. CHARLAIN y FERNANDEZ.

VALPARAISO,

Librería de los Sres. TORNERO y Compañía.

1856.

18
236 pág
111937

11111

IMPRESA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

EL AUTOR

LAS ALMAS AFLIGIDAS.

Non est mortua, sed dormit.
No está muerta, sino que duerme.
S. MAT., c. IX.

UNA madre acababa de perder su hija, y el duelo cubria su alma. El triste pensamiento se unia á sus pasos: en el tumulto de la ciudad, en el camino del templo, por todas partes encontraba ella el recuerdo de su hija. En vano sus parientes y sus amigos procuraban adormecer sus dolores y despertar sus esperanzas; la voz humana no tenia consuelos bastantes para ella, y aquel corazon rechazaba las palabras impotentes que procedian de la tierra. Ministro de un

Dios muerto en la cruz, fuí yo llamado también para volver la paz á aquella alma. Yo le hablaba en nombre del cielo, yo le recordaba todo cuanto puede elevar el pensamiento del cristiano, y afirmarlo contra las miserias de este mundo: el portal de Belén, la pasión de Jesucristo, el Calvario, y al pié de la cruz un corazón maternal, una vírgen, una madre. Estos coloquios piadosos daban un poco de fuerza y de valor á aquella madre afligida; pero cuando ella volvía á entrar en la soledad de sus pensamientos, la tristeza y las lágrimas inundaban su corazón.

«¡ Vos quereis que yo me consuele, me decia; mas para esto seria necesario haber recibido del cielo la facultad de olvidar; y todo me recuerda á cada hora, á cada momento del dia, la inmensidad de mi pérdida! ¡ Mi hija!... Esta mesa, que nos era comun, y á la que me siento sola ahora; este oratorio, donde orábamos las dos, y que parece triste de no oír mas voz que la mia; esta calle,

que conduce á la iglesia, y por la que yo caminaba apoyada en su brazo! ¡Mi hija! ¡Oh, ella era mi alegría, mi esperanza, mi vida! Dios sin duda quiso castigar tanto amor; y ¡por qué no me dió entonces el valor suficiente para vivir sin mi hija!

Se me ocurrió el pensamiento de separar á aquella madre de sus propias reflexiones, ocupando sus ocios con lecturas piadosas análogas al estado de su alma. Yo le entregué algunas cartas de S. Basilio y de S. Gregorio Nacianceno, y algunas otras de S. Jerónimo y de S. Juan Crisóstomo, y muy pronto conocí su saludable influencia. Ella leyó también y meditó sucesivamente, con una especie de avidez, las cartas de San Agustín, de S. Francisco de Sales, de Sta. Teresa de Jesús, de Bossuet y de Fenelon; todas ellas dirigidas á ciertas almas afligidas por la pérdida de sus parientes, y me confesó que habia encontrado al fin, en aquellos piadosos consuelos, un alivio á su dolor. Al mo-

mento concebí la idea de reunir en un pequeño volúmen las cartas de consuelo de estos padres de la Iglesia. Tal es la obra que ofrecemos hoy á todos los cristianos bajo el título de *Delicias de las almas afligidas, ó Cartas de consuelo*.

Este pequeño libro se recomienda por sí mismo á todo el mundo; es una coleccion de obras maestras que el juicio de los siglos ha sancionado; y cuyos autores ha canonizado la Iglesia. La nobleza y el encanto del estilo, la dignidad y la profundidad de los pensamientos, la verdad y la sabiduría de las reflexiones, todos los géneros de bellezas se encuentran en él reunidos. En él San Basilio y S. Gregorio Nacianceno, con su imaginacion oriental, con su colorido vivo y animado, con su estilo poético, cantan la ventura de amar á Dios y de no amar mas que á Dios. En él se encuentra S. Agustín, en otro tiempo joven de corazon ardiente; las pasiones han trabajado su alma, ellas la han quemado, como el sol de Africa, que dese-

ca la arena del desierto; él se coronó de rosas, él apuró la copa de los placeres, y despues le asaltaron los remordimientos. Sus palabras están llenas de amargura cuantas veces se baja á la tierra; pero cuando se eleva hasta el cielo, su lenguaje es el del arrepentimiento. El es sencillo, dulce y confiado; os parecerá que ois al hijo pródigo, que ha vuelto á la casa de su padre. Despues viene S. Juan, *el de la boca de oro*, rio de elocuencia y de sabiduría. Mas austera, mas triste y mas acomodada á los dolores de la humanidad, se eleva la voz del solitario de Belen, parece un arpa fúnebre que esparce sus sonidos sobre el mármol de una tumba. Los oídos de S. Jerónimo estaban heridos por el ruido que hacia el mundo romano al desplomarse; él veia las ruinas que se amontonaban á su alrededor por el choque de los bárbaros; él se hacia el cantor de aquel espantoso sacrificio; él entonaba el himno de muerte, y dejaba caer paladas de tierra sobre el ca-

dáver del coloso. Todas sus cartas, en efecto, ya sea que describa las desgracias del imperio, ó que tribute sus lágrimas á la muerte de un amigo, están llenas de una tristeza profunda; una tinta lúgubre domina todos sus cuadros. Despues se encuentra un S. Francisco de Sales, que une á la sencillez del lenguaje, la oportunidad y la solidez de las reflexiones; él es tierno, ingénuo y elocuente; él persuade con su frase antigua, siempre pura y de una correccion maravillosa. El nombre solo de Sta. Teresa de Jesus despierta la idea de ardientes inspiraciones, de coloquios divinos y éxtasis misteriosos; sus palabras, como su pensamiento, están todas llenas de fuego y de amor; su cuerpo está en la tierra, mas su alma está en los cielos; como el águila, fija ella su vista en el sol, y desprecia las cosas que pasan bajo sus plantas. Despues se encuentra Bossuet, que, para aliviar los dolores y enjugar las lágrimas, se digna descender de la altura

donde le encumbra su genio, y en sus cartas, escritas con el abandono de la amistad, nos cita estas palabras del Apóstol: *No lloreis como aquellos que no tienen esperanza.* Yo no necesito pintar á Fenelon. ¿Quién no se ha sentido arrebatado por el canto del cisne de Cambray? Quién no se ha sentido embriagado por la melodía de su puro lenguaje? Los bellos pensamientos, lo mismo que las bellas imágenes, nacen sin eso fuerza alguno bajo el pincel que conduce su corazón.

Así pues, nuestro libro contendrá consuelos para los grandes dolores, y un bálsamo saludable para las heridas profundas. ¿Quién es el hombre que no tiene que llorar alguna vez la pérdida de una persona que ama? La tumba es un abismo que jamás se cierra; apenas ha cubierto la tierra los restos de una madre, querida, cuando nos vemos obligados á derramar lágrimas por un amigo, por un padre, por una esposa ó por una hija. La muerte, segadora infati-

gible, deja incesantemente un vacío en nuestro alrededor ; pero felizmente la clemencia divina nos ha hecho de la esperanza una ley.

A vosotros pues, los que llorais una hija, un padre, una madre, un amigo ó una amiga, y cuyo pecho exhala suspiros de angustia, á vosotros dirémos: «Ella no está muerta, sino que duerme;»
Non est mortua, sed dormit.

PROLOGO.

LA ley mas universal de la naturaleza humana es, sin contradiccion alguna, la ley de los sufrimientos. El rango, la edad, el nacimiento, la fuerza, la belleza, la juventud, el valor, el vicio, la virtud, nada es capaz de librar á los hijos de un padre culpable.

Esta ley se compone de mil artículos, ella se ejerce sobre el hijo de la creacion bajo mil formas distintas. Ella abraza al hombre todo entero : su cuerpo, su espíritu, su corazon; y cuando se cree en la existencia de un Dios, seria demasiado insensato no reconocer en esta ley la marca infalible de una degradacion producida por un grande y primordial crimen. «No, dice S. Agus-

tin, bajo un Dios justo, nadie sufre sin haberlo merecido;» *Sub Deo justo, nemo miser, nisi mereatur.*

El pagano no poseia este secreto, ó no tenia de él mas que una sospecha, y buscaba el remedio de esta horrible desgracia. A nadie se le ocurrió esperar una dispensa de esta disposicion general. Para consolarse, inventaron los mas sábios el fatalismo, que llamaron el destino.

*Durum; sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas.*

Y este dogma despiadado engendró entre las almas generosas la resignacion. Este fué el mayor esfuerzo del paganismo.

Es necesario añadir que de esta ley nacieron tambien, aun fuera de sus pruebas mas claras y mas positivas, la certeza de otra vida, la seguridad de la inmortalidad.

Mas tarde se concedió á la tierra la religion cristiana. Una gran luz apareció en medio del mundo. Dios se hizo hombre, y en su humanidad no repudió la triste y lamentable herencia de los sufrimientos; él los tomó y los experimentó todos; mas al tomarlos y experimentarlos, les hizo cambiar de naturaleza y los divinizó.

En lugar de la vergüenza y de la ignominia, colocó en los sufrimientos la gloria, é hizo de ellos el camino necesario para llegar á la felicidad. El los personificó, por decirlo así; ellos fueron llamados cruces, y la cruz fué un cetro y la cruz se convirtió en un trono. El les dió un nombre mas augusto todavía, y los llamó coronas; pero quiso que fuesen coronas de espinas.

Desde entonces pareció que el plan primitivo se habia mudado, porque los sufrimientos, siendo antes un castigo,

se hicieron una expiación; siendo antes una necesidad, se hicieron un mérito. Así fué que ninguno de sus discípulos se exceptuó de ellos; parece que se firmó un pacto solemne entre la desgracia y la virtud, y la experiencia ha demostrado que este pacto no podía ser violado ni aun en favor de sus mas generosos y fieles servidores.

Esta máxima de estado que se propuso la divina Providencia en el gobierno del mundo, la llamó el célebre Bacon la sancion de la nueva ley; y hay algunas almas bastante fuertes para comprenderla y aceptarla sin quejarse ni abatirse.

Ellas luchan con ventaja contra los horrores de una enfermedad cruel, contra la infamia de una reputacion arrebatada por un odioso calumniador, contra las privaciones horribles de la miseria, de la angustia y del hambre.

Un solo género de dolores las encuentra sin fuerza y sin virtud. Este es el que produce en sus corazones nobles y generosos la pérdida de aquellas personas que aman.

Si la guadaña cruel de la muerte se hubiese elevado sobre sus cabezas, ellas hubieran recibido sus golpes cuasi sin espanto; mas ella les parece muy despiadada cuando las deja llenas de vida, despues de haber dejado un horrible vacío á su alrededor. La soledad en que las ha constituido las abate con una inexorable tristeza; este divorcio forzado las mata. Para ellas la existencia no es mas que un suplicio, y la sociedad un desierto, la vista de las personas que les restan, un tormento por las que le han sido arrebatadas. ¿Ois vosotros esas acusaciones contra el cielo, esas murmuraciones que se escapan entre sus lamentos? ¡Qué gritos de desesperacion!

« ¡El era mi vida, mi felicidad, mi apoyo; yo lo he perdido, Dios me lo ha arrebatado! La muerte lo ha sorprendido; ¿en dónde se halla? ¡Ay! ¡Si se hallará en los infiernos!!!...»

» ¡Ella era tan buena y tan amable! Mas ¡la justicia de Dios es tan severa! ¡Por cuántos siglos, ay, permanecerá ella en las llamas expiadoras!!!...»

En vano la fe recuerda á esta alma desolada por el dolor las eternas misericordias de un Dios lleno de clemencia; en vano le muestra la cruz, altar de expiacion, trono de amor y de salvacion; en vano le repite que Dios prohíbe prejuzgar nunca sobre la suerte de nuestros hermanos. Cuanto mas viva es su fe, tanto mas intenso se hace su dolor; él se desborda como las grandes aguas, segun la expresion de los profetas: *Contritio tua sicut mare* (1).

(1) Jeremías.

En vano la fe la conduce por la mano al pié del tabernáculo, y le presenta la sangre de Jesucristo en el santo sacrificio, apagando las llamas del purgatorio; ella rehusa el consuelo, porque los objetos de su ternura han dejado de estar ante sus ojos: *Noluit consolari, quia non sunt* (1).

¡Ah! cuán venerable es este dolor! cuán religiosos son estos gemidos! ¿qué cosa hay mas fundada que estos temores? Qué cosa hay mas verdadera que estas dudas?

No le digais, alma superficial, consolador gravoso, que vaya á buscar en las disipaciones del mundo un aturdimiento necesario. La llaga está en medio de su corazon, y ella la lleva por todas partes.

Vuelve, vuelve á ella, oh religion santa; desciende del cielo, abre á sus

(1) S. Mateo.

ojos, cuasi apagados, las puertas de las celestiales mansiones ; muéstrale en la gloria, en la felicidad, las personas que ha perdido. Dile al oído que un día las volverá á ver para no perderlas jamás. Cumple tu mision de divina mensajera; ella te creerá, ella se consolará.

Tal es el pensamiento práctico de esta obrita. Ella no solo será útil á las interesantes víctimas de estos horribles dolores, sino que para el sacerdote, llamado todos los días á consolar á los afligidos, será un repertorio completo donde se encuentra reunido todo lo que el genio, la fe, la piedad y el corazón pueden concebir de mas elevado, de mas verdadero y de mas consolador.

OLIVIER, *cura de San Roque* (1).

(1) Hoy obispo de Evreux.

DELICIAS DE LAS ALMAS AFLIGIDAS.

S. BASILIO.

CARTA PRIMERA.

San Pablo consuela á sus hermanos de la muerte de sus parientes con la esperanza de la eterna bienaventuranza.—*A los tesalonicenses*, cap. iv.

Nosotros no queremos, hermanos míos, que ignoreis lo que tiene relacion con los muertos, á fin de que no os abandoneis á la tristeza, como los demás hombres que no tienen esperanza; porque, si creemos que Jesus murió y resucitó, debemos creer tambien que Dios traerá con Jesus á aquellos que murieron en él. Así pues, os declaramos, como que lo hemos oido al Señor, que nosotros, que vivimos, y que hemos sido reservados hasta su venida, no nos adelan-

tarémos á los que murieron; porque cuando se dé la señal por la voz del arcángel y por la trompeta de Dios, el mismo Señor descenderá del cielo, y los que murieron en Jesucristo resucitarán los primeros; despues nosotros, los que vivimos, los que hemos quedado aquí, serémos arrebatados juntamente con ellos en las nubes á recibir á Cristo en los aires, y así estarémos eternamente con el Señor. Por lo tanto, consoláos los unos á los otros con estas palabras:

«Nolumus autem vos ignorare, fratres,
» de dormientibus, ut non contristemini, si-
» cut et cæteri qui spem non habent. Si enim
» credimus quod Jesus mortuus est, et resur-
» rexit, ita et Deus eos qui dormierunt per
» Jesum, adducet cum eo. Hoc enim vobis
» dicimus in verbo Domini, quia nos, qui vi-
» vimus, qui residui sumus in adventum
» Domini, non præveniemus eos qui dormie-
» runt. Quoniam ipse Dominus in jussu et in
» voce archangeli et in tuba Dei descendet
» de cælo, et mortui qui in Christo sunt re-

»surgent primi. Deinde nos, qui vivimus,
»qui relinquimur, simul rapiemur cum illis
»in nubibus obviam Christo in aera, et sic
»semper cum Domino erimus. Itaque con-
»solamini invicem in verbis istis.»

CARTA II.

À LA ESPOSA DE ARINTEO.

Por la muerte de su marido.

En consideracion al dolor en que os hallais sumergida, seria muy conveniente que yo os visitase, y que á vuestra vista tomase parte en lo que os acaba de suceder. De este modo encontraria yo por una parte un alivio á mi propio dolor, y por otra, cumpliria para con vos, como debo hacerlo, la misi^on de consolador.

Mas, como mi cuerpo debilitado no me permite ya emprender largos viajes, me veo precisado á comunicarme con vos por cartas, para que no penseis que miro vuestras desgracias como extrañas.

Y ¿quién no ha derramado lágrimas por

la muerte de ese grande hombre? ¿Qué corazón de mármol no se ha enternecido al saber vuestro infortunio? En cuanto á mí, os confieso que este golpe me ha sumergido en una tristeza inexplicable, porque he recordado los honores de que me colmaba, y la generosa proteccion que dispensaba á la Iglesia de Dios. Sin embargo, he recordado principalmente que él era hombre, y que despues de haber cumplido en este mundo la carrera que Dios le habia señalado, este mismo Dios, árbitro supremo de nuestro destino, le ha llamado á sí, porque lo ha juzgado conveniente. Como conocemos bien vuestra sabiduría, os exhortamos á que hagais tambien estas mismas consideraciones, á fin de que, en cuanto sea posible, sufrais vuestra desgracia con calma y resignación. Las circunstancias son favorables para endulzar algun tanto la amargura de vuestro corazón, y dejar á la razon que vuelva á tomar su imperio; sin embargo, vuestro amor á un esposo tan digno me es demasiado conocido, para que no tema que os

abandoneis á una pena inconsolable y á una amargura sin fin. La meditacion de la Escritura Santa es útil en todo tiempo, pero sobre todo, lo es en circunstancias parecidas á las que os rodean. Acordáos pues de la sentencia de nuestro Criador, en cuya virtud «todos los que hemos sido formados de la tierra hemos de volver á la tierra» (1), sin que ninguno de nosotros, por grande que sea, pueda exceptuarse de esta ley.

¿Qué hombre fué jamás tan distinguido, tan admirable ni tan grande como el que nosotros lloramos? ¿Quién reunió en mas alto grado que él las ventajas exteriores á las cualidades del alma? El era hombre, sin embargo, y murió, como Adán, como Abel, como Noé, como Abrahan, como Moisés y como todo lo que hay de grande entre los hombres. No nos indignemos pues de que nos haya sido arrebatado; sino, por el contrario, demos gracias á aquel que nos lo habia dado por amigo, supuesto que por espacio de tanto tiempo hemos tenido la dicha de vivir en

(1) *Genes.*, III, 19.

compañía de un hombre tan virtuoso. Haber perdido un esposo es una desgracia que es comun con muchas personas de vuestro sexo; pero no creo que ninguna otra mujer pueda gloriarse de haber tenido un esposo como el vuestro. Parece que el Criador de todos los hombres quiso presentarles en su persona un modelo perfecto; y esto hizo que todos los ojos estuviesen fijos en él, y que todas las bocas publicasen sus alabanzas. Ni los pintores ni los estatuarios podian expresar los bellos rasgos y contornos de su persona, y cuando los historiadores refieran sus hazañas militares, se creerá que se complacen en acumular en ellas cuentos increíbles. Todavía en la flor de su vida, parecia que todo le prometia dias numerosos y felices; así es que muchos no podian creer á la fama cuando publicaba por todas partes tan triste nueva, y la muerte de Arinteo les parecia un sueño doloroso.

Sin embargo, ella era demasiado cierta. El sufrió la suerte que sufrirán á su vez el cielo, el sol y la tierra. El murió gloriosa-

mentè, sin ser acabado por la vejez y sin haber perdido nada de su ilustracion. Grande en la vida presente, lo es tambien en la vida futura; y la gloria de que gozó entre los hombres no ha causado perjuicio alguno á la que le esperaba en el cielo, pues que en el instante mismo de su muerte fué lavado con el agua de la regeneracion (1).

A vuestra ternura y á vuestros cuidados debe él un beneficio tan grande; este pensamiento debe consolaros, vuestro corazon debe elevarse al deseo de los bienes futuros, á fin de que vuestras buenas obras os hagan digna de ser admitida un dia en el lugar del reposo, donde él os espera. Consolad á una madre de edad avanzada, consolad á una tierna hija, que no tiene mas consuelo que vos. Sed para todas las personas de vuestro sexo un modelo de fortaleza, y templad vuestro dolor de tal manera, que, sin desterrar

(1) En la primitiva Iglesia se reservaba con frecuencia el bautismo para la hora de la muerte; mas esta práctica fué abolida por los muchos inconvenientes que tenia.

de todo punto la tristeza de vuestra alma, no os dejeis abatir por ella. Y en todo echad una ojeada á las grandes recompensas prometidas á la paciencia por el Dios cuyas riquezas son inagotables.

CARTA III.

A UN PADRE.

Él lo consuela de la pérdida de su hijo, que la muerte acababa de arrebatárle en la flor de su vida.

Como el Señor nos ha constituido como unos segundos padres de todos los cristianos, al confiarnos el cuidado de formar para la virtud los hijos de aquellos que creen en él, hemos mirado como una cosa personal la aflicción que os ha causado la pérdida de vuestro afortunado hijo. Su partida tan precipitada nos ha arrancado lágrimas. Nos hemos afligido principalmente por vos, considerando cuán insoportable debia ser semejante dolor para el que es verdaderamente padre; supuesto que nosotros, que solo somos padres por adopción, hemos experi-

mentado un dolor tan vivo. En cuanto á él, nada habia en su suerte que mereciese la tristeza ni las lágrimas. Los únicos dignos de lástima son aquellos que han visto desvanecerse tan prontamente las risueñas esperanzas que él les habia hecho concebir. Indudablemente son dignos de nuestra compasion y de nuestras lágrimas esos tiernos padres que, habiendo enviado á su hijo léjos de sí para perfeccionar su educacion, le han visto perecer en la flor de su edad, y no le han recobrado sino para verle sumergirse en el largo y triste silencio de la muerte.

Al oir estos deplorables pormenores nos affigimos, como hombres que somos; nuestras lágrimas corrieron, y corrieron en abundancia. Mas cuando volvimos en nosotros, y consideramos con los ojos de la fe la naturaleza de las cosas de este mundo, pedimos perdon á Dios al ver que nuestra alma, exaltada á pesar suyo, habia sido tan sensible á este acontecimiento, y nos excitamos á nosotros mismos á soportar con paciencia ese tránsito de que la antigua sen-

tenoia de nuestro Dios ha hecho el destino de todos los hombres.

¡Ese jóven, á la edad en que mas parece que se pertenece á la vida, tan apreciado de sus compañeros por sus brillantes cualidades, y tan amado de sus maestros, ha muerto! Él tenia tanta amenidad, que un solo instante de conversacion con él era suficiente para que conquistase el corazon mas duro; de una dulzura de carácter sin igual, era mas dueño de sí mismo que parece poderlo ser á esa edad. Yo sé que, por mucho que se diga de él, no se dirá demasiado. Sin embargo, él no era mas que un hombre, nacido de otro hombre.

Y ¿qué deberá hacer el padre de un hijo tal? Qué deberá recordar, sino que su propio padre tambien dejó de vivir? Qué extraño es pues que, nacido de un padre sujeto á la muerte, hayais sido padre de un hijo condenado tambien á morir?

En cuanto á que él ha muerto antes de tiempo y antes de haberse saciado de la vida; en cuanto á que no ha terminado su

carrera, ni ha tenido tiempo para darse á conocer á los hombres y dejar sucesion, no hay en todo esto nada que deba aumentar nuestro dolor; todo esto, por el contrario, debe ser un consuelo para vos en estos tristes momentos. Debemos dar gracias á Dios y á las disposiciones de su divina providencia, porque él no ha dejado en la tierra hijos huérfanos ni una viuda expuesta á largos infortunios, ó que tal vez, al tomar otro marido, hubiera podido olvidarse de sus primeros hijos. Y si la vida de ese jóven no ha sido mas larga en este mundo, para todo hombre que reflexiona un poco es este uno de los mas grandes favores del cielo para con él. Una permanencia mas larga en la tierra no es otra cosa que una sujecion mas larga á toda clase de males. El no conoció el pecado; él no dañó jamás á su prójimo; él no fué arrastrado jamás, por circunstancias desgraciadas, á mezclarse en la sociedad de los malvados; él vivió exento de mentira, de ingratitud, de avaricia, de pasiones voluptuosas, de vicios de la carne, y

de tantos otros resultados miserables de la corrupcion humana. Su alma pura y sin mancha partió del mundo para elevarse á una mansión mas dichosa. Ese hijo tan amado no está ya en la tierra, sino en el cielo. El mismo Dios, que arregla todos nuestros destinos, que fija á cada uno la carrera que debe recorrer; el mismo Dios, en fin, que le habia colocado en el camino de la vida, es quien se lo ha llevado consigo. En las mas grandes calamidades tenemos para que nos sirvan de regla estas palabras justamente célebres del bienaventurado Job: «El Señor nos lo dió, el Señor nos lo quitó; se ha cumplido la voluntad del Señor; sea bendito el nombre del Señor (1).»

CARTA IV.

Á NECTARIO.

Le consuela de la muerte de su hijo único.

Ya habia tres ó cuatro dias que habian llegado á mi noticia vuestras desgracias, y

(1) Job, 1, 21.

mientras que yo dudaba aun, porque el mensajero que nos habia traído esa noticia tan fatal no nos habia podido referir circunstanciadamente lo que habia sucedido; mientras que yo procuraba persuadirme á mí mismo de que la noticia era falsa, porque deseaba que lo fuese, he recibido una carta de vuestro obispo, que me ha comunicado circunstanciadamente la desgraciada pérdida que acabais de experimentar. ¿De qué serviria deciros cuánto he gemido, y cuántas lágrimas he derramado? ¿Qué hombre tendria un corazon tan duro y tan extraño á los sentimientos de la naturaleza, que no experimentase sentimiento alguno por un acontecimiento tan desgraciado, ó que solo se afectase medianamente por él? Ese hijo, el heredero de una casa ilustre, el apoyo de su familia, la esperanza de su patria; ese vástago de unos padres piadosos, objeto de tantos cuidados y de tantas ternuras, á la flor de su edad acaba de ser arrebatado á los tiernos abrazos de su padre. ¿Qué corazon de diamante no se mostraria

sensible al oír semejante acontecimiento, ni se sentiría movido á compasion?

No es pues extraño que nosotros, que tanto os apreciamos; que nosotros, que nos alegramos de vuestra alegría y nos afligimos de vuestras penas, nos hayamos aterrado por la noticia de esta desgracia. Hasta ahora parecia que pocos acontecimientos podian entristeceros, y que cuasi todo iba á medida de vuestros deseos; pero de repente, por un efecto de la envidia del demonio, toda la felicidad de vuestra familia, toda la alegría de los que la componen se ha desvanecido, y la triste historia de vuestra desgracia se ha hecho el asunto de todas las conversaciones. Así pues, amado Nectario, si nosotros quisiésemos limitarnos á derramar lágrimas sobre lo que ha sucedido, el tiempo de nuestra vida no seria suficiente. Y aun cuando todos los hombres juntasen sus gemidos á los nuestros, todos estos dolores juntos no igualarian á tamaño infortunio.

Mas si queremos servirnos en este momento del don mas sublime que la Divini-

dad ha depositado en nuestros corazones; es decir, de esa razon que en medio de la prosperidad nos enseña á contenernos en los justos límites, y bajo el peso de la adversidad sabe recordarnos el destino de las cosas de este mundo; nos advierte que la vida está llena de desgracias de esta especie, como frecuentemente hemos tenido ocasion de verlo y de oirlo decir; nos hace recordar que los ejemplos de las calamidades humanas son sin número, y que, á pesar de esto, hay un precepto de Dios que prescribe á los que creen en Jesucristo que no lloren los muertos, por la esperanza que tienen de una resurreccion, y que, finalmente, una gran paciencia recibirá grandes coronas de mano del soberano Juez de nuestros combates; si permitimos, repito, á nuestra razon que nos recuerde sin cesar semejantes consideraciones, podremos encontrar algun pequeño alivio á nuestros males. Por esta razon os exhorto, como exhortaria á un generoso atleta, á que sufrais ese golpe con dignidad, á que no sucumbais bajo el peso de vuestro

dolor ni perdais el valor. Estad bien persuadido de que, aun cuando ignoramos las razones de los acontecimientos que permite el Señor, debemos, sin embargo, recibirlos, por amargos que sean, como la suprema voluntad de un Dios infinitamente sábio y que nos ama. El sabe dar á cada uno aquello que le es mas útil; él sabe por qué concede á los hombres unas veces mas y otras veces menos años de vida. El es la causa invisible y frecuentemente desconocida, que hace que unos sean separados tan pronto del número de los vivientes, y que otros permanezcan entre ellos mas largo tiempo, como para luchar contra mayor número de calamidades. Por esta razon debemos en todas las cosas adorar su amor á nosotros, recordando sin cesar las bellas palabras que pronunció en otro tiempo un generoso atleta, el célebre Job, cuando vió perecer en un momento sus seis hijos en un festin: «El Señor me los dió, el Señor me los quitó; se ha cumplido la voluntad del Señor (1).» Apro-

(1) Job, 1, 21.

piémonos estos sentimientos. El supremo Juez reserva la misma recompensa á todos aquellos que obren como este grande hombre.

Por otra parte, nosotros no hemos perdido á ese hijo querido; nosotros lo hemos devuelto al que nos lo habia prestado. Su vida no ha sido interrumpida, sino solo cambiada por otra mejor; la tierra no ha cubierto ese objeto de nuestra ternura, sino que el cielo lo ha recibido. Esperemos un poco mas, y nos veremos en compañía de aquel á quien lloramos. El tiempo de nuestra separacion no será largo, pues que todos los hombres están en la vida como en un camino que conduce á la misma posada. Al punto donde él ha llegado ya está otro muy cerca de llegar, y un tercero camina á paco largo; allí nos está reservado á todos el mismo fin. Aun cuando él ha acabado su carrera antes que nosotros, no por eso dejamos de caminar nosotros tambien, y la misma posada nos espera á todos. Procuremos únicamente merecer por nuestras vir-

tudes ser semejantes á esa alma tan pura, á fin de que, por nuestras costumbres exentas de toda simulacion, consigamos la misma felicidad que se concede á aquellos que son hijos de Jesucristo.

CARTA V.

A LA ESPOSA DE NECTARIO.

Sobre el mismo asunto.

Yo no me atrevia á dirigiros la palabra, en la persuasion de que, así como un ojo enfermo no puede, sin dolor, sufrir el menor tocamiento, de la misma manera, cuando nuestra alma está poseida de una gran afliccion, si se intenta consolarla por medio de discursos, estos discursos le causan mas afliccion cuando se emplean en los primeros momentos del dolor. Pero me acordé de que iba á hablar á una mujer cristiana, á una alma instruida desde muy antiguo en las cosas del cielo, y muy preparada para los contratiempos y las calamidades, y por

esta razon no creí conveniente faltar á mi deber.

Yo conozco muy bien lo que son las entrañas de una madre, y cuando considero particularmente vuestra benevolencia y vuestra afabilidad para con todo el mundo, me es muy fácil deducir cuán grande debe ser vuestro dolor en vuestra desgracia presente. Vos habeis perdido un hijo cuyo mérito publicaban todas las madres cuando vivia, á quien deseaban que se pareciesen sus hijos, y que han llorado despues de muerto, como cada una de ellas hubiera llorado á su propio hijo si le hubiese visto bajar á la tumba. Su muerte ha sido una desgracia para dos provincias : la nuestra y la de Sicilia. Con él se ha extinguido una raza antigua é ilustre, que se encuentra de repente sin apoyo. ¡Oh, cuántos males ha producido una sola incursion del demonio ! Oh tierra! ¿cómo has podido ver una pérdida tan deplorable? ¡El mismo sol, si tiene algun sentimiento, no ha podido librarse de un movimiento de horror á vista de tal espectáculo !

Y ¿qué lengua podría expresar lo que me sugiere en este momento mi corazón, trastornado y fuera de sí?

Mas los acontecimientos que nos rodean no suceden sin un permiso de la Providencia, pues que el Evangelio nos enseña «que ni aun el pájaro cae á tierra sin la voluntad de nuestro Padre celestial» (1). Esta es la razon por qué, si nos sucede alguna cosa, no nos sucede sino por la voluntad de nuestro Criador. Y ¿quién resiste á la voluntad de Dios? Suframos pues con paciencia el mal que nos sucede, porque al sufrirlo impacientemente, por una parte no reparamos el mal, y por otra nos perdemos á nosotros mismos. No acusemos los justos juicios de Dios; nosotros somos muy pequeños para entrar en el secreto de sus consejos. Ahora es cuando el Señor pone á prueba vuestro amor. El os proporciona una ocasion para adquirir con vuestra paciencia derecho á la recompensa de los mártires. La madre de los Macabeos vió el suplicio de sus siete hi-

(1) Matth., x, 29.

jos, y no gimió ni derramó indignas lágrimas. Por el contrario, dando gracias al Señor porque veía el fuego, el hierro y los azotes empleados para librarlos de las prisiones de sus cuerpos, se hizo por ello agradable á Dios, y adquirió entre los hombres una celebridad á prueba del tiempo. La aflicción es grande, lo confieso; mas las recompensas que Dios le prepara son grandes también. Cuando fuisteis madre, cuando visteis á vuestro hijo sobre vuestras rodillas, y disteis gracias al Autor de todo bien por habérosle dado, sabiais muy bien que aquel hijo de una mujer mortal era mortal también. Y ¿qué extraño es que el que era mortal haya sufrido las leyes de la muerte?

Vos decís: Lo que me aflige es que haya muerto antes de tiempo. Pero esto no es cierto. ¿Sabemos acaso distinguir lo que puede ser útil á nuestras almas y fijar el término de la vida humana? Echad una ojeada sobre el vasto universo en que habitais, y reflexionad que todo cuanto en él se ve es mortal y está sujeto á la corrupción.

Mirad el cielo; un dia dejará de existir. El mismo sol no debe durar siempre. Las estrellas, los animales de la tierra y de las aguas, esos árboles y esas plantas que son el ornato de la tierra, la tierra misma, todo está sujeto á la corrupcion; dentro de poco tiempo nada de eso existirá. Buscad vuestro consuelo en estos pensamientos. No procuréis medir vuestra desgracia por ella misma; de ese modo os pareceria insufrible. Pero si la comparais con todas las cosas de este mundo, encontraréis el único consuelo verdadero.

Ved aquí, en fin, la última razon, y la mas fuerte de todas, que añado á las demás. Consolad á vuestro esposo. Servios el uno al otro de consuelo. No le hagais su desgracia mas amarga, consumiéndoos vos misma de jena. Yo estoy persuadido que toda clase de distracciones será para vos un remedio insuficiente; pero creo que es necesario en tales circunstancias recurrir á la oracion. Yo dirijo pues la mia al Señor, pidiéndole que mueva vuestro corazon con su poder inefa-

ble, y que illustre vuestra inteligencia con pensamientos saludables, á fin de que encontréis de este modo en vos misma los mas sólidos motivos de consuelo.

S. GREGORIO NACIANCENO.

CARTA VI.

À SAN GREGORIO DE NISA.

El consuela á Gregorio de Nisa de la muerte de su hermano Basilio.

Despues de las innumerables aflicciones con que mi vida ha sido tejida, por decirlo asi, me estaba reservado todavía oír la muerte de Basilio, y la partida de esa alma santa hácia esa otra patria ¡ay! tan lejana de nosotros, en la que él goza al fin de la presencia del Señor y de una felicidad que ha hecho, durante toda su vida, el objeto único de sus meditaciones. Además de otros muchos consuelos que me han faltado,

la enfermedad grave y peligrosa que me abate en la actualidad me ha privado de la satisfaccion de besar sus cenizas santas, y de proporcionaros á vos mismo y á nuestros amigos comunes algunos motivos de consuelo. ¿Es posible acaso á cualquiera que tenga un corazon sensible, ver sin enternecerse el sentimiento de la Iglesia, que acaba de ser privada de aquel que formaba su gloria y su corona? En cuanto á vos, amigo mio, aun cuando no carezcais de amigos que os consuelen con sus bellos discursos, estoy persuadido, sin embargo, de que no podréis encontrar vuestro consuelo sino en vos mismo, y en el recuerdo de aquel á quien llorais, supuesto que hasta ahora vos habeis sido para los demás un modelo de sabiduria, y como una regla viviente, no solo de moderacion en la prosperidad, sino tambien de paciencia en la desgracia. En esto es efectivamente en lo que consiste la verdadera sabiduria. Usad moderadamente de la prosperidad, y sufrid con valor el infortunio; esto es lo que nos atrevemos á escribir á uno que

es mas fuerte que nosotros. Pero en cuanto á mí, ¿qué tiempo ó qué motivo podrá consolarme, sino vuestra sociedad y vuestra presencia, únicos bienes que Basilio nos ha dejado? De este modo, contemplando en vos, como en un espejo perfecto, todas sus virtudes, podremos, en una dulce ilusion, persuadirnos de que le poseemos todavía.

S. JERÓNIMO.

CARTA VII.

DE SAN JERÓNIMO Á MARCELA.

Sobre la muerte de Lea.

En el dia de hoy, cerca de la hora tercia, en el momento en que comenzábamos á rezar el salmo LXXII, han venido á anunciarnos que el alma bienaventurada de Lea habia dejado de habitar en su cuerpo. Esta noticia nos ha consternado, amada Marcela. Yo veo todavía la palidez en vues-

tro rostro. Vos gemis, no porque temais la suerte futura de Lea, sino porque no habeis podido tributarle el triste y último deber de la amistad.

¡Oh Marcela! ¿Qué otra hubo jamás mas digna de ser amada? ¿Quién podrá elogiar dignamente todas sus virtudes? Su conversion al Señor habia sido tan completa y tan perfecta, que habia merecido ser puesta á la cabeza de todo el monasterio, y ser la madre de tantas vírgenes. Sus miembros delicados no estaban ya cubiertos, como en otro tiempo, con ricos vestidos, sino con un rudo silicio. Ella pasaba las noches en oracion, é instruía á sus compañeras mas con su ejemplo que con sus palabras. Ella tenia una humildad tan grande y tan profunda, que despues de haber visto tantas personas obedientes á sus órdenes, se la hubiera creído la sierva de todas sus hermanas. ¡Gloriosa humillacion! Cuanto menos aparenta ella tener autoridad sobre las demás, mas digna se hace de ser la sierva de Jesucristo. Ninguna afectacion en sus vestidos;

un alimento pobre, los cabellos cogidos con sencillez; pero de tal modo, que al practicar todo esto huia cuidadosamente toda especie de ostentacion, por temor de recibir en este mundo su recompensa.

Al presente, á unos trabajos de corta duracion ha sucedido una bienaventuranza sin fin; ella goza de las delicias del cielo, los coros de los ángeles salen á recibirla, Abraham la estrecha en su seno, toda la corte celestial la felicita. ¡Qué cambio produce la muerte en el destino de los mortales! ¿Dónde se halla ahora ese grande, ese impio cuya muerte hemos sabido al mismo tiempo que la de esta humilde cristiana? Antes los honores y las dignidades le rodeaban con toda su pompa. Se le habia visto subir al Capitolio, como si hubiese triunfado de los enemigos de la patria. Por todas partes no se veian mas que aplausos, aclamaciones de gozo, danzas y conciertos. Toda la ciudad estaba en movimiento para celebrar su entrada en ella. Y ahora se ve solo, despojado de todo y hecho habitante, no del celes-

tial palacio, como una desventurada esposa se lo figura en las ilusiones de su ternura, sino de la mansion de las tinieblas mas horrorosas. En cuanto á esta mujer, que solo tenia por morada un asilo ignorado, que aparecia á los ojos del mundo pobre y despojada de todo, cuya vida pasaba por una série de locuras, vedla que sigue á Jesucristo, y que exclama en los transportes de su gozo: «Nosotros hemos encontrado en la ciudad de nuestro Dios todo lo que habiamos oido» (1), y lo demás.

Así pues, amada Marcela, yo os advierto, yo os conjuro, llorando y gimiendo delante de Dios, que mientras que nos hallamos todavía en el camino de esta vida, nos guardemos de *vestirnos de dos túnicas*, es decir, de una fe doble. No recarguemos *nuestros piés con sandalias hechas de piel*; es decir, no nos recarguemos con obras muertas. No nos dejemos agobiar hácia la tierra con el peso de las riquezas; no busquemos jamás el apoyo del *báculo*, es decir, del po-

(1) Psal. XLVII, 9.

der secular (1). No procuremos poseer á un mismo tiempo á Jesucristo y al mundo. No usemos de las cosas caducas y pasajeras sino para llegar á las que son eternas. Y supuesto que todos los dias morimos en parte segun el cuerpo, guardémonos de creernos inmortales en lo demás, á fin de que merezcamos serlo verdaderamente.

CARTA VIII.

San Jerónimo consuela al obispo Heliodoro de la pérdida que acababa de experimentar en la persona del sacerdote Nepociano, su amado sobrino, muerto muy joven.

Mi amado Nepociano, el vuestro, el nuestro, ó por mejor decir, Nepociano, que, perteneciendo todo á Jesucristo, pertenecia tambien á vos y á mí, ha dejado á los viejos abrumados de dolores, é inconsolables por su pérdida; nosotros asistimos á los funerales del que esperábamos hubiese recibido nuestra herencia. ¿A quién destinará mi espíritu en adelante el fruto de sus sudores? A quién

(1) Math., x, 10.

procurarán agradar mis cartas? ¿En dónde está aquel que era el alma de mis trabajos, aquel cuya voz era mas dulce que el canto del cisne? Un temblor continuo agita mi espíritu, mis ojos se oscurecen y mi lengua tartamudea. Todas mis palabras me parecerán ya un absoluto silencio, porque él no está ya presente para oirlas. Mi pluma, mi mismo libro se resiente de mi dolor, y se cubre de moho y de ceniza. Cuantas veces trato de buscar un paso á mis discursos, de esparcir sobre su tumba las flores de este epitafio, mis ojos se llenan de lágrimas, y mi dolor, renovándose, me sepulta todo entero en su tumba. Otras veces halia la costumbre de que los hijos pronunciasen en el foro el elogio de sus padres en presencia de sus cadáveres; himno fúnebre que debia arrancar lágrimas y sollozos del corazon de los circunstantes. Pero hoy, respecto á nosotros, se ha invertido el órden, y por nuestra desgracia la naturaleza ha perdido sus derechos. Siendo nosotros viejos, tributamos al jóven los deberes que él debia tribu-

tar á los viejos. ¿Qué deberé yo hacer pues? ¿Mezclaré mis lágrimas á las vuestras? Mas el Apóstol me lo prohíbe; él llama á la muerte de los cristianos *un sueño*. «Esta jóven no está muerta, sino que duerme,» dijo el Señor en el Evangelio. Lázaro dormía también, supuesto que fué despertado. ¿Deberé acaso alegrarme de que él nos haya sido arrebatado por temor de que el pecado entrase en aquella alma que era agradable á Dios? Pero á pesar mio, á pesar de mis esfuerzos, las lágrimas corren por mis mejillas, y en vano me apoyo en los preceptos de la virtud y en la esperanza cierta de la resurreccion; el dolor de mi afecto herido traspasa mi alma. ¡Oh muerte, que separas los hermanos! oh muerte cruel y despiadada, que desunes aquellos á quienes el amor unia, el Señor ha levantado del desierto un viento abrasador, que ha secado tus venas y agotado tu fuente! Si, tú has devorado á Jonás, mas él ha vivido en tus entrañas; tú lo has llevado como muerto, pero solo hasta serenarse las tempestades del mundo, á fin

de que nuestra Ninive se salvase por su palabra; él te ha vencido, él te ha muerto, ese profeta fugitivo que abandona su casa, se destierra de su herencia para librar su vida de manos de los que la buscaban. Muerte terrible, él te amenazaba de este modo, en los antiguos tiempos, por boca del profeta Oséas: «Yo seré tu muerte, ¡oh muerte! Yo seré tu mordedura, ¡oh serpiente del infierno!» Sí, su muerte es tu muerte, y su muerte en nuestra vida; tú has devorado, y tú has sido devorada. Mientras que tú te dejas prender con el cebo de un cuerpo prestado, que corres con la boca abierta á devorar tu presa, un diente fatal despedaza tus entrañas. Gracias os sean dadas por vuestras criaturas, ¡oh Cristo salvador! Vos inmolais al formidable enemigo que os hace su víctima. ¿Había alguna cosa mas miserable que el hombre? Agoviado bajo el temor de una muerte eterna, solo había recibido la vida para tener el sentimiento de la muerte; porque la muerte reinó desde Adán hasta Moisés... Pero volvamos á lo que nos concierne;

bajemos del cielo para echar la última mirada sobre nuestra tierra. Decidme, ¿habéis sentido, por ventura, el paso de vuestra infancia á la pubertad, de la pubertad á la edad viril, y de la edad viril á la vejez? Nosotros morimos cada día, y sin embargo, nos creemos inmortales. ¡Esto que yo dicto, esto que yo hago escribir, esto que yo leo, esto que yo corrijo está tomado sobre mi vida! Nosotros escribimos, y nos contestan á nuestros escritos; nuestras cartas atraviesan la mar, y los surcos trazados por la nave son otras tantas olas pasadas del curso de nuestra vida. El único fruto que nos queda es el de permanecer unidos á nosotros mismos por amor de Jesucristo. La caridad es paciente, es dulce, no conoce la envidia ni la malignidad; no se infla por el orgullo; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre, y jamás se extingue. Ella vive siempre en nuestra alma, por ella tenemos presente á nuestro amado Nepociano, y á pesar de la distancia infinita que nos separa de él, nos recibe con los

brazos abiertos. A pesar de hallarse tan lejos de nosotros, él es la prenda de nuestra mútua amistad. Unámonos pues á él con el espíritu, estrechémosle íntimamente con nuestro afecto. Imitemos en la pérdida de nuestro hijo el valor del obispo Cromacio á la muerte de su hermano (1). Que nuestras débiles páginas sean cánticos en su honor; que nuestras cartas repitan su nombre. Conservemos en la memoria aquel cuyo cuerpo nos ha sido arrebatado, y si no podemos hablarle ya, al menos no cesemos de hablar de él. — JERÓNIMO.

CARTA IX.

San Jerónimo consuela á Teodosia, viuda
de su amigo Lucinio.

La funesta noticia del sueño con que se ha dormido el santo y venerable Lucinio me ha sumergido en un abatimiento profundo, y con mucho trabajo hé podido dictar esta breve carta. No porque yo lo llore, sabien-

(1) *In dormitione germani.*

do que ha pasado á una vida mejor..., sino porque para mí es un tormento el disgusto de no haber merecido ver el semblante de aquel cuya próxima llegada esperaba. Las palabras del Profeta son en extremo ciertas. La muerte es tan cruel y despiadada, que separa á los hermanos y horra los nombres mas dulces. Pero nuestro consuelo son estas palabras del Señor, palabras que la mataron: «Yo seré tu muerte, ¡oh muerte! Yo seré tu mdrdedura, ¡oh dragon infernal!» Y en otro lugar: «El Señor hará levantarse del desierto un viento abrasador, que secará sus venas y agotará su fuente; porque ha nacido un vástago de la raíz de Jesé y una flor de la planta virginal.» El dice en el *Cantar de los cantares*: «Yo soy la flor de los campos y lirio de los valles.» Esta flor ha sido la pérdida de la muerte, y él mismo murió para que la muerte muriese con su muerte. El viento abrasador que se eleva del desierto es la figura del seno virginal, que, sin haber conocido hombre, dió al mundo, por obra del Espíritu Santo, un

hijo *para secar* la fuente de la concupiscencia, y que puede decir con el Salmista: «Hallándome en esta tierra desierta, árida y sin agua, os contemplaré en vuestro santuario.»

Ved aquí pues el consuelo que nos eleva contra la cruel fatalidad de la muerte: la esperanza de volver á ver muy pronto á aquellos cuya ausencia lloramos. No es ya una muerte; es un adormecimiento, es un sueño. El Apóstol nos prohíbe que nos aflijamos *por aquellos que duermen*. El nos enseña que ellos duermen; para que creamos que pueden resucitar, participar de las vigili-
as de los santos, y cantar como ellos y con ellos estos cánticos de los ángeles: «Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Yo os conjuro pues, y, como dice el Apóstol, yo os empujo, á vos, que correis ya, á fin de que mientras llorais á vuestro hermano Lucinio como á un hermano, os regocijeis al considerar que reina con Jesucristo; porque, si os ha sido arrebatado, es tan solo por temor de que la malicia muda-

se su alma, que agradaba á Dios, y porque él llenó en poco tiempo el espacio de muchos siglos. ¡Oh! ¡Nosotros sí que somos dignos de lástima; nosotros, que luchando diariamente con el pecado, y recibiendo de él heridas vergonzosas, debemos dar cuenta de una palabra ociosa! Mas él, en la seguridad de la victoria, os mira desde lo alto del cielo, os asiste en vuestro trabajo, y os prepara á su lado un lugar glorioso, con aquel amor y aquella caridad que os hacian á los dos vivir en vuestra union conyugal como un hermano y una hermana... Recibid pues, amada hermana, esta carta como el testimonio supremo de mi amor á nuestro amado Lucinio, y decidme y mandadme todo cuanto me creais capaz de hacer por vuestro provecho espiritual. Deseo que el guarda de quien el Profeta dijo: «Aquel que guarda á Israel vela continuamente, y jamás se ve sorprendido por el sueño,» os guarde siempre, amada hija, en una santidad de cuerpo y de espíritu; y que el ángel que fué enviado á Daniel vaya tambien con vos, á

fin de que podais decir: *Yo duermo y mi corazon vela.*

S. JUAN CRISÓSTOMO.

CARTA X.

A ONESICRACIA (1).

El la consuela de la muerte de su hija.

Yo me afligi mucho al saber la muerte de vuestra bienaventurada hija; sin embargo, reflexionando sobre la grandeza de vuestra sabiduría y la elevacion de vuestros sentimientos, estoy seguro de que no os faltará el valor en esta ocasion. Yo sé muy bien que no es posible dejar de afligirse con un motivo semejante; pero os ruego que lo hagais con moderacion, considerando cuál es la fragilidad de las cosas humanas; que estas

(1) Algunos manuscritos la llaman Asincricia, y en este supuesto es aque!la señora de Antioquía, á quien S. Juan Crisóstomo escribió muchas cartas, juntamente con Calcidia.

desgracias son comunes á todos; que la ley de la naturaleza y los juicios de Dios nuestro Señor nos comprenden á todos indistintamente. Por otra parte, esa no ha sido una muerte, sino un viaje, un tránsito de un lugar lleno de miserias á otro lugar lleno de toda clase de bienes. Haciendo pues todas estas reflexiones, sufrid con paciencia lo que os ha sido decretado, y tributad gracias al Dios de las misericordias; porque aun cuando la herida de vuestro corazon haya sido tanto mas sensible, quanto que la que habiais recibido antes estaba todavia reciente, sin embargo, si sufris de tal manera ese dolor que alabeis por él á Dios, y le tributeis acciones de gracias, vuestra paciencia os merecerá una corona mas brillante y una mayor recompensa. Y á fin de que yo mismo no me aflija demasiado, y para asegurarme de que mis cartas han hecho en vos alguna impresion, no dejeis de escribirme sobre este particular, diciéndome que las nubes de vuestra tristeza se han disipado, y que la herida que el dolor habia hecho en vuestra alma está

curada cuasi del todo. Si yo oigo esto , no cesaré de enviaros una multitud de cartas, porque me intereso mucho en todo lo que tiene relacion con vos, estando obligado á ello por los honores y los respetos que me prodigais, y por la caridad pura y sincera que me teneis. Acordándome de esto continuamente , os conservo igual afecto, aun cuando me desterrasen á las extremidades del universo.

CARTA XI.

Á MALO.

Consuela á él y á su esposa de la muerte de su hija, que habia educado con mucho esmero.

No os abandoneis á la tristeza, ni atribuyais á vuestros pecados la santa muerte de vuestra bienaventurada hija. Ella se halla en un puerto tranquilo, ella ha entrado en una vida que no tendrá fin , y se halla libre de las tempestades inseparables de la vida presente ; ella está establecida sobre la piedra, en la cual ha depositado, como en un

asilo seguro é inviolable, todos los bienes que habia reunido. Vos debeis regocijaros y llenaros de alegría al considerar que, á la manera de un hábil labrador, habeis ofrecido su alma al comun Señor de todos los hombres, como un fruto sazonado. Haciendo pues de estas reflexiones remedios á vuestro dolor y al de vuestra esposa, su ilustre madre, multiplicad la recompensa que os está preparada por este sacrificio, á fin de que vos la recibais muy abundante de la misericordia de Dios, no solo por la excelente educacion que disteis á vuestra hija, sino tambien por haber sufrido con paciencia y con accion de gracias su bienaventurada muerte.

CARTA XII.

À STUDIO, PREFECTO DE CONSTANTINOPLA.

El lo consuela de la muerte de su hermano, cuyo elogio hace en pocas palabras.

Yo sé muy bien que siendo vos tan sábio y tan virtuoso, no necesitais de mi carta para sufrir con paciencia la separacion, por-

que no quiero decir la muerte, de vuestro bienaventurado hermano; mas, como debo contribuir por mi parte á consolar vuestra alma afligida, os exhorto á que mostreis en esta ocasion que sois siempre el mismo. No es esto pidiros que no os aflijais, porque esto no seria posible, siendo vos hombre, revestido de un cuerpo mortal, y habiendo perdido tal hermano; pero yo os suplico que pongais límites á vuestra tristeza. Vos sabeis cuán frágiles son las cosas humanas, que pasan tan rápidas como un torrente, y que deben ser considerados como dichosos aquellos que dejan la vida con buenas esperanzas; porque ellos no van á la muerte, sino del combate á la recompensa, de la lucha á la corona, y de un mar borrascoso á un puerto tranquilo. Penetrado de estas ideas, consoláos á vos mismo; en cuanto á mí, que me hallo mas que medianamente afligido por la muerte de vuestro ilustre hermano, encuentro un gran consuelo en el recuerdo de sus virtudes, recuerdo que debe disminuir tambien mucho vuestra afliccion. Si

aquel á quien lloramos hubiera sido un hombre malo y entregado al crimen, seria necesario llorarlo y lamentar su suerte; pero, supuesto que observó siempre una conducta intachable, como lo sabe toda la ciudad; supuesto que manifestó siempre mucha dulzura y modestia, mucho amor á la justicia, una libertad racional, mucha franqueza, mucho valor, y un generoso desprecio de las cosas presentes, que le hizo extraño á todos los cuidados de este mundo, debo regocijarme y felicitarle, y felicitaros á vos tambien, porque habeis enviado delante de vos un hermano tal, que ha colocado en un asilo seguro los bienes que poseia al salir de este mundo. No tengais, mi respetable Señor, no tengais ningun sentimiento indigno de vos, ni os dejeis abatir por la afliccion; sino mostrad en estas circunstancias que vos sois siempre el mismo, y hacedme saber que mi carta ha hecho alguna impresion en vuestra alma, á fin de que, á pesar del largo espacio que me separa de vos, me glorifique de haber podido,

con una simple carta, disipar en gran parte los dolores de que os hallais penetrado.

S. AGUSTIN.

CARTA XIII.

Habiendo sabido S. Agustín que Crisimo se hallaba sumamente afligido por cierta pérdida que habia experimentado, le escribe para consolarle.

Agustín saluda en Jesucristo á su muy amado hermano, el muy estimable Señor Crisimo.

Corre un rumor, y quiera Dios que sea falso, de que vuestro dolor os pone fuera de vos; y yo no puedo admirarme lo bastante al considerar que un hombre tan sábio y tan cristiano como vos no tenga presente la naturaleza de las cosas de la tierra, y que no debemos esperar encontrarlas tan estables como las del cielo, que son las únicas que merecen que pongamos en ellas nuestro corazón y nuestras esperanzas. ¿Donde está

pues vuestra sabiduría? ¡Pues qué! lo que acabais de perder ¿formaba acaso toda vuestra felicidad? ¿Lo teniais acaso por un bien tan grande, que no habeis podido verlo desaparecer sin que las nubes de la tristeza os oscurezcan el espíritu hasta el punto de parecer que él no tiene mas luz que la de las prosperidades temporales, y que no es Dios quien le ilustra y le sostiene? Porque yo he oido decir, y Dios quiera, repito, que me hayan engañado; he oido decir que queriais quitaros la vida, lo que no puedo jamás creer que hayais podido decir ni pensar. Mas en fin, yo he sentido tanto que se haya dicho esto de vos, y que la turbacion en que os ha puesto vuestro dolor haya aparecido tan grande, que he creido deber escribiros para consolaros, aunque no dudo que el mismo Jesucristo os dirá otras cosas mucho mejores en el fondo de vuestro corazón, porque sé muy bien cuán atento os ha hecho siempre vuestra piedad á sus palabras.

Animo pues, amado hermano; nuestro Dios es el bien de aquellos que le pertene-

cen, y un bien que no perece, y que les impide que perezcan. El quiere haceros recordar cuán frágiles y cuán poco durables son esas cosas que nosotros tanto amamos, á fin de que rompamos los lazos de la ambicion que nos unen á ellas, y con los que ellas nos arrastran, y nos acostumbremos á dedicar todo nuestro amor á aquel cuya pérdida debemos temer mucho. El es quien os habla por mi boca, y quien os exhorta á tener valor, y á recordar que sois cristiano y habeis sido redimido con la sangre de aquel que nos enseñó, no solo con las lecciones de su sabiduría eterna, sino con las acciones y los ejemplos de su humanidad santa, á despreciar las prosperidades y las adversidades de esta vida, á usar sóbriamente de las unas y á sufrir con valor las otras, y que nos convida á ello con la promesa de una felicidad que nadie nos podrá arrebatár.

Yo escribo tambien al Conde, de quien vos teneis necesidad. Podeis guardar mi carta ó hacer que le sea entregada, y yo creo que encontraréis con quién mandárse-

la, ya sea con un obispo, con un sacerdote ó con otra persona cualquiera.

CARTA XIV.

La virgen Sápida habia hecho una túnica para el diácono Timoteo, su hermano, á quien amaba tiernamente. Habiendo muerto Timoteo sin haberse puesto la túnica, Sápida la habia enviado á S. Agustin, y habia deseado para su consuelo que se sirviese de ella. El Santo le asegura por esta carta que así lo habia hecho, y la exhorta á buscar en la Escritura otros consuelos mas sólidos.

Agustin saluda en Jesucristo á su amada hija la muy santa Sra. Sápida.

He recibido, porque así lo habeis querido, la obra de vuestras manos, ó mas bien la obra de vuestro buen natural y de vuestra caridad, pues que la habiais hecho para vuestro hermano, que era un hombre santo y un ministro fiel de Jesucristo; y como habeis creído que seria cierto consuelo para vos que yo me sirviese de esa túnica, de la que el que ha pasado de esta region de los muertos á la de los vivos no tiene ya necesidad, como tampoco de las demás cosas que

se hallan sujetas á la corrupcion, he hecho lo que deseabais, para no contristaros en un tiempo en que necesitabais de consuelo, y por no privaros del que os proporciona el amor que teniais á vuestro hermano. Ya habia principiado á usar la túnica, cuando he tomado la pluma para escribiros. Tened pues valor, amada hija, pero recurrid á otros consuelos mas eficaces y mas sólidos; buscad en las vivas luces de la Escritura motivos para disipar las nubes de la tristeza que la enfermedad humana ha derramado en vuestro corazon, y perseverad en una vida que os puede hacer vivir eternamente con vuestro hermano, porque la muerte que ha sufrido no le impide estar vivo.

Indudablemente es un motivo de dolor no ver mas á un hermano que os amaba y que respetaba en vos la santa vida que teneis y el santo estado de virginidad que profesais. Es una cosa bastante triste no ver ya, como antes, á aquel santo diácono de la iglesia de Cartago en el ejercicio de su ministerio, que él desempeñaba tan bien y con tanta edifi-

cacion, ni oír ya aquellos discursos que él dirigia algunas veces á vuestra santidad, y que manifestaban tanta virtud, tanta piedad y tanto amor á vos, y tanto deseo de que os agradasen. El recuerdo de estas cosas, que la fuerza de la costumbre hace que no se puedan dejar de sentir, atraviesa el corazon, y las lágrimas corren como la sangre de esta herida. Mas si el corazon permanece elevado hácia el cielo, los ojos se enjugarán muy pronto. Aun cuando no disfruteis ya de aquellas satisfacciones pasajeras cuya privacion causa vuestro dolor, aquella caridad que tenia á Timoteo unido á Sápida, no por eso ha perecido; ella se halla oculta en Dios con Jesucristo, donde permanece como en su centro, y conserva siempre con vos la misma relacion. Los que aman el dinero no lo tienen por perdido cuando lo han ocultado en la tierra; por el contrario, creen poseerlo con tanta mas seguridad, cuanto que solo lo han perdido de vista para ponerlo á salvo de aquellos que podrian arrebatárselo. La caridad no contará por perdido aquello que

ama, cuando este bien se halla depositado en los tesoros del cielo, supuesto que la codicia cree tanto mas seguro lo que ama, cuanto mas retirado se halla de la vista. Acordáos de vuestro nombre y de lo que él significa, y *no gustéis mas que de lo que está en el cielo, donde Jesucristo está sentado á la diestra de Dios*, despues de haber querido morir por nosotros, para asegurarnos una nueva vida despues de la muerte; para que pudiésemos ya no temer la muerte, para que no llorásemos ya á los muertos, por quienes la misma vida quiso morir, ni nos afligiésemos como si la muerte por donde ellos pasaron les hubiese hecho perder la vida. Buscad en estos pensamientos y en otros del mismo género un consuelo puramente celestial y divino, que pueda libraros y aun avergonzaros de la tristeza que la enfermedad humana conserva aun en vuestro corazon.

Se perdona á los hombres el dolor que sienten á la muerte de las personas que aman; mas esté dolor no debe ser de mucha

duracion entre los fieles. Es bastante que el vuestro haya durado hasta ahora, y *es necesario que no os aflijais como aquellos que no tienen esperanza*. San Pablo es quien habla; él no nos prohibe absolutamente que nos aflijamos, sino que nos aflijamos *como aquellos que viven sin esperanza*. Nosotros vemos tambien que Marta y María, las dos santas y fieles hermanas de Lázaro, lo lloraban, aunque sabian que debia resucitar para la vida eterna, y no para esta vida. El mismo Jesucristo lloró á este mismo Lázaro á quien iba á resucitar; y podemos decir que si él no nos obligó con ningun precepto á llorar á los que esperamos ver resucitar á la verdadera vida, nos lo permitió al menos con su ejemplo. Lloremos pues la muerte de nuestros amigos, porque está escrito : *Derramad lágrimas por los muertos, y afligíos por su pérdida como por una gran desgracia*. Pero escuchemos tambien á la misma Escritura cuando añade : *Consoláos, sin embargo, y arrojad la tristeza de vuestro corazon, porque ella produce la*

muerte y consume todo el vigor del espíritu.

Nuestro hermano está vivo, amada hija, respecto á la mejor parte de sí mismo, que es su alma; y aun su mismo cuerpo, aunque duerme en la tumba, se despertará un día del sueño en que yace sumergido. Dios, que ha recibido su espíritu, restablecerá su cuerpo, que no le quitó para aniquilarlo, sino para devolvérselo tarde ó temprano. Nada pues debe hacer durar vuestra tristeza; ella no puede prevalecer contra un motivo de alegría que durará eternamente; porque debeis tener presente que de todo cuanto tenia vuestro hermano, nada ha perdido para vos, ni aun aquella parte mortal y corruptible que ha sido depositada en la tierra, por la que vos le veiais, por la que él os hablaba y os oia cuando vos le hablabais, por la que os hacia oir su voz, que no os era menos conocida que su rostro, y su sonido os le hacia conocer donde quiera que estuviese, aun antes de que le viesen vuestros ojos. Esto es lo que la muerte oculta á nuestros sentidos cuando nos arrebatá nuestros amigos, y

esto es lo que causa el dolor que sentimos de no verlos mas. Pero, supuesto que sabemos que los cuerpos no perecen, como tampoco las almas; que no se perderá ni un solo cabello de nuestra cabeza; que nuestras almas, despues de haber sido despojadas de sus cuerpos por cierto tiempo, los volverán á tomar para no dejarlos jamás, y que los encontrarán, no solo mejorados, sino incorruptibles é inalterables, indudablemente el motivo que la esperanza de una eternidad de bienes inestimables nos da para alegrarnos, debe ser superior al que una privacion de poco tiempo nos puede dar para afligirnos.

Los gentiles carecen de esta alegría y de esta esperanza, porque no comprenden las Escrituras ni el poder de Dios, que sabrá encontrar lo que está perdido, vivificar lo que está muerto, restablecer lo que está corrompido, juntar lo que está separado, y conservar para siempre en una perfecta incorruptibilidad lo que era corruptible y estaba sujeto á perecer. Esto es lo que nos ha prometido aquel que, por el cumplimiento de muchas

otras promesas, nos ha dado prendas seguras de la fidelidad de esta. De esto es de lo que es necesario que vuestra fe os alimente, y os haga ver que vuestra esperanza no será frustrada, aun cuando lo que debe constituir la recompensa de vuestra caridad se difiera por algun tiempo.

Meditad estas santas verdades, que son las únicas que pueden producir un consuelo sólido y verdadero; porque, si os sirve de algun consuelo el que yo lleve esta túnica que vos habiais hecho para vuestro hermano, á quien la muerte no permitió servirse de ella, de mucho mayor consuelo os debe servir el pensar que aquel para quien habiais hecho esta obra no tiene ya necesidad de esta clase de vestiduras, corruptibles como el cuerpo mismo para quien se hacen, y que debe ser revestido un dia de la incorruptibilidad y de la inmortalidad.

S. FRANCISCO DE SALES.

—
CARTA XV.

A UNA SEÑORA PIAMONTESA.

La consuela de la muerte de su padre.

Señora y muy amada hija en Jesucristo: Al fin la última hora del señor Conde, vuestro padre, ha sonado en el reloj de la Providencia divina, para volver á las manos de su Criador. El ha fallecido de una manera dichosa, porque, despues de haber recibido el beneficio de la absolucion de sus pecados en el sacramento de la penitencia y la sagrada comunión quince ó veinte dias antes de su fallecimiento, hizo despues otra confesion, y continuó confesándose cuasi todos los dias, segun se iba acordando de sus culpas. El deseó verme y comunicarme la manera que él juzgaba mas á propósito para asegurar su conciencia; y en efecto, despues que yo le visité me hablaba con un amor lleno

del respeto que él tenia á la dignidad de que me hallo revestido, aunque indigno, en lo cual mostraba bien su piedad y su religion; él me tendia la mano con la cabeza descubierta, pidiéndome mi bendicion; y comose acercaba la hora de darle el sagrado Viático, quiso que le dispusiese yo para ello, como lo hice; de modo que él lo recibió de mi mano, con un deseo y una devocion admirable; y mientras estuvo en el uso de sus sentidos, manifestó que tenia siempre su corazon en Dios. En una palabra, aun cuando yo le vi muy pocas horas antes de su fallecimiento, no me hallaba, sin embargo, presente cuando entregó su alma; mi hermano fué quien tuvo la suerte de darle la última bendicion. He querido escribiros esto, juzgando que la conclusion de S. Pablo es buena á este propósito. Consoláos pues en estas palabras, que este consuelo es suficiente á los hijos de Dios, que los muertos hayan recibido los remedios eficaces de la santa Iglesia antes de morir; yo os añado el consuelo del glorioso S. Francisco, de que, no

teniendo ya padre temporal, podeis decir con mayor libertad: *Padre nuestro, que estás en los cielos*; en el nombre de aquel Padre celestial he comenzado yo á llamaros mi hija muy amada. Yo le pido que os colme de sus santas bendiciones, y soy siempre,— Señora,— Vuestro muy humilde servidor,
FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XVI.

À UNA VIUDA.

La consuela de la muerte de su madre, y la instruye en la preparacion para la oracion.

Mas ¡oh Dios! ¿No debemos adorar en todo y por todo, mi muy amada hija, esa suprema Providencia, cuyos consejos son santos, buenos y muy amables? Ella ha tenido á bien separar de este miserable mundo á nuestra buena y amada madre, para tenerla, como así lo espero, mas cerca de sí, á su mano derecha. Confesemos, amada hija, confesemos que Dios es bueno y que su misericordia es eterna, todas sus disposicio-

nes son justas y todos sus decretos son equitativos; su voluntad es siempre santa y sus preceptos muy amables. Y en cuanto á mí, confieso, hija mia, que he tenido un gran sentimiento por esta separacion: esta es la confesion que yo debo hacer de mi flaqueza, despues de haber confesado la bondad divina; sin embargo, hija mia, mi sentimiento ha sido tranquilo, aunque vivo; porque he dicho, como David : *Yo callo, Señor, y no abromi boca, porque vos sois quien lo habeis hecho*. Indudablemente, si esto no hubiese sido así, yo hubiera gritado fuertemente al recibir este golpe; pero no era bien que yo osase gritar ni manifestar disgusto á los golpes de esa mano paternal, á quien, gracias á su bondad, he aprendido á amar tiernamente desde mi juventud. Pero vos querreis saber sin duda cómo acabó sus dias esta santa mujer. Ved aquí una pequeña historia; porque es á vos á quien hablo, á vos á quien he dado el lugar de esta madre en mi conmemoracion de la misa, sin quitaros el que teniais; lo cual no he podido hacer, por lo

firmemente que conservais el que teneis en mi corazon; y de este modo ocupais vos en él el primero y el último lugar. Esta madre vino aquí este invierno, y en un mes que aquí permaneció hizo un escrutinio general de su alma, y renovó sus deseos de hacer bien y se separó de mí muy contenta, porque, como ella decia, habia recibido de mí mas consuelo que de otra alguna persona. Ella continuó alegre hasta el miércoles de Ceniza, en que fué á la parroquia de Thorans, donde confesó y comulgó con mucha devocion, oyó tres misas y vísperas, y estando á la noche en la cama sin poder dormir, hizo que su doncella le leyese tres capitulos de la *Introduccion*, para ejercitarse en buenos pensamientos, é hizo registrar la protestacion para hacerla á la mañana siguiente; mas Dios se contentó con su buena voluntad, y dispuso las cosas de otra manera, porque cuando llegó la mañana se levantó aquella buena mujer, y estándose peinando, cayó repentinamente como muerta. Mi pobre hermano, vuestro hijo, que dor-

mia aun, habiendo sido llamado, acudió aun sin acabarse de vestir, y le hizo levantar, cuidar y asistir, dándole esencias, aguas imperiales y otras cosas que se creyeron á propósito para tales accidentes; de modo que ella volvió en sí y comenzó á hablar, pero cuasi ininteligiblemente, porque las fauces y la lengua estaban paralizadas. Vinieron entonces á llamarme, y yo acudí al momento con el médico y el boticario, que la encontraron parálitica en la mitad del cuerpo; pero de tal modo, que ella despertaba con facilidad de su letargo, y entonces manifestaba un juicio perfecto, ya por las palabras que procuraba pronunciar, ya por el movimiento de su mano sana, es decir, de aquella cuyo uso le habia quedado, y hablaba con mucha cordura de Dios y de su alma, y tomaba la cruz á tientas (porque de repente se quedó ciega) y la besaba. No tomaba cosa alguna sin hacer sobre ella la señal de la cruz, y de este modo recibió el santo óleo. A mi llegada, aun cuando estaba ciega y amodorrada, me acarició mucho y dijo: «Es-

te es mi padre y mi hijo.» Y me besó y me abrazó, besándome ante todo la mano. Ella continuó en el mismo estado cuasi dos dias y medio, despues de los cuales no se la pudo volver á despertar; y el primer dia de marzo entregó su alma á nuestro Señor dulce y apaciblemente, y con un semblante mas bello quizá que lo habia tenido nunca; siendo una de las mas hermosas muertas que yo he visto jamás. Debo decir tambien que tuve el valor de darle la última bendicion, de cerrarle los ojos y la boca, y darle el último beso de paz en el momento de su muerte; despues de lo cual se me affigió el corazon, y lloré por esta madre mas que habia llorado desde que soy eclesiástico; pero esto fué sin amargura espiritual, gracias á Dios. Ved aquí todo lo que ha sucedido. Yo no puedo pasar en silencio la bondad de vuestro hijo, que me ha obligado extraordinariamente con el cuidado y la diligencia que ha manifestado por esta madre; yo os digo con toda verdad que si él hubiese sido un extraño, me hubiera visto obligado á tenerle y jurarle por

mi hermano. Yo no sé si me engaño , pero le encuentro muy mejorado , ya respecto al mundo , y ya principalmente respecto á su alma. Ea pues , amada hija , es necesario que nos consolemos , y que alabemos siempre á Dios , aun cuando se dignase visitar-nos todavía mas fuertemente. Si así os parece , podréis venir para hallaros aquí el domingo de Ramos ; digo esto , porque no seria conveniente que pasaseis los buenos dias en el campo. Vuestra pequeña habitacion os espera ; nuestra pequeña mesa y nuestro pequeño y sencillo menaje y recursos os los ofrecemos con todo nuestro corazon ; es decir , con todo mi corazon , que es sinceramente vuestro. Ahora os contesto brevemente á lo principal de vuestra carta. Nuestra pobre y pequeña Carlota es muy dichosa por haber salido de la tierra antes de haberla apenas pisado. ¡Ay! Es necesario , sin embargo , llorar un poco , porque tenemos un corazon humano y un natural sensible. ¿Por qué no hemos de llorar un poco á nuestros difuntos , supuesto que el espíritu de Dios , no

solamente nos lo permite, sino que nos invita á ello? Yo he llorado á la pobre niña, pero con un sentimiento menos intenso; porque el gran sentimiento de la separacion de mi madre quitó cuasi toda su fuerza al sentimiento de esta segunda desgracia, cuya noticia la recibimos mientras teniamos todavía en casa el cuerpo de mi madre. Dios sea tambien alabado en este particular. Dios nos la dió, Dios nos la quitó; sea bendito su santo nombre. ¡Ay! nuestra pobre madre tiene mucha necesidad de nuestra asistencia, porque ella es tan buena y tan afectuosa como ninguna; pero tan melancólica y tan falta de valor como la que mas. Vos lo sabeis: yo le habia manifestado la necesidad que tenia de sujetarse á la estabilidad de su monasterio; y sin embargo, contra el deseo de los suyos, ella medita todos los dias nuevas salidas por una cosa ó por otra. No era salir, ir con vos á Bourbilli; no, hija mia, no es salir, cuando se sale para volver á entrar y continuar con mayor estabilidad; pero las demás salidas son sin razon alguna, y

por eso se piensan y se deliberan sin manifestármelo. Dios sabe, hija mia, si yo amo tiernamente á esta alma, y si deseo de corazón su bien; jamás quiero ni puedo abandonarla, por mas que haga; pero me atrevo á estrecharla de léjos, porque es un espíritu que no puede ser conducido sino con amor y confianza; confianza, repito, alimentada continuamente con una nueva y continua demostracion de afecto, lo cual no puede ejecutarse desde léjos, pero cuando estéis aquí trataremos del particular. Yo siento la ocurrencia M. de N., que debia suceder mas pronto ó mas tarde, ó nunca. Si ella ha colocado su esperanza en nuestro Señor, él la sacará de ese mal paso, para hacerla caminar con tanta mayor ligereza hácia él. Yo escribiré al P. de M., que sufre mucho; porque no somos ministros dignos de la Iglesia sino cuando imitamos á nuestro Señor, que tantas ignominias sufrió por nuestra salvacion. Cuando se trata del provecho espiritual, es necesario no temer los oprobios. Sí, hija mia, nuestro buen Dios nos ayuda.

rá, y para la buena comunicacion igualmente; aun cuando es necesario procurar tener toda la que se pueda. Cuando estéis aquí, dispondrémos lo conveniente para comenzar nuestros proyectos, y verémos lo que dicen nuestras hijas de por acá. Nuestra Faura ha hecho maravillas, y pertenece hoy toda á Dios. En cuanto á esos preceptos de oracion que habeis recibido de la buena madre priora, nada os diré al presente; solo os ruego que aprendais en cuanto os sea posible los fundamentos de todo eso; porque hablándoos con claridad, aun cuando me ha sucedido dos ó tres veces que, presentándome ante Dios sin preparacion alguna, me he encontrado sumamente bien en presencia de su Majestad con un sencillo y continuo afecto y un amor cuasi imperceptible, pero muy delicioso; sin embargo, jamás he osado apartarme del buen camino, ni hacer de esto una práctica ordinaria. Yo no sé, y por lo mismo deseo seguir las huellas de los santos predecesores. Yo no digo que cuando se ha hecho la preparacion conveniente, y que

en la oracion se sienten impulsos de emprender esta clase de oracion, no se deba hacer; pero tomar por regla general el no prepararse, me parece un poco duro. De la misma manera, separarse de la presencia de Dios sin accion de gracias, sin ofrenda y sin oracion, todo esto no puede ser hecho con utilidad; mas que esto sea una regla, confieso que me repugna un poco; sin embargo, yo hablo sencillamente delante de nuestro Señor, y á vos, á quien no puedo hablar sino pura y cándidamente. Yo no pienso saber tanto, que no me halle muy dispuesto, y extremadamente dispuesto, á separarme de mi parecer, para seguir el de aquellos que por muchas razones deben saber mas que yo; no hablo tan solo de esa buena madre, sino que hablo aun de otra mucho menor. Aprended pues muy bien todos sus sentimientos y todos sus fundamentos en este particular; pero que esto sea sin mostrar grande anhelo por ello, de modo que no crea ella que la quereis examinar. Yo venero con todo mi corazon á esa madre

y á todo su monasterio. Adios, mi querida hija, hasta que nos veamos muy pronto, mediante Jesus, que vive y reina para siempre en nuestros espíritus. *Amen.*

CARTA XVII.

À UNA SEÑORA, SU MADRE DE ALIANZA.

La consuela de la muerte de su hijo.

¡Oh cuán afligida se halla mi alma por vuestro corazón, amada madre! Porque me parece ver ese pobre corazón maternal cubierto de tristeza; tristeza, sin embargo, que no se puede extrañar ni reprender, si se considera cuán amable era ese hijo, cuya segunda separación de vos es el motivo de vuestra amargura. Es cierto, amada madre, que ese amado hijo era uno de los más amables que hubo jamás; así lo reconocían y lo confesaban cuantos le conocían; pero esto debe servirnos en gran parte de consuelo, amada madre; porque, en efecto, parece que aquellos cuya vida es tan digna de memoria y de estimación viven aun después de su

muerte, supuesto que es tan agradable recordarlos y representarlos al espíritu de los que todavía viven. Ese hijo, amada madre, habia hecho ya una grande ausencia de vos, habiéndose privado voluntariamente del aire del mundo en que habia nacido, por ir á servir á su Dios, á su rey y á su patria en otro nuevo mundo. Su generosidad le habia animado á ello, y la vuestra os ha hecho condescender con una tan honrosa resolucion, por la cual habiais renunciado al contento de volverle á ver en esta vida, y no os quedaba mas que la esperanza de ver de tiempo en tiempo sus cartas. Y ved aquí, amada madre, que, por voluntad de la Providencia divina, partió de aquel otro mundo para ir al que es el mas antiguo y el mas apreciable de todos, y al que debemos todos ir, cada uno en su tiempo, y en el que vos le veréis mas pronto que si él hubiese permanecido en ese nuevo mundo en los trabajos de las conquistas que pretendia hacer para su rey y para la Iglesia. En una palabra, él ha acabado sus dias mortales en su

deber y en la obligacion de su juramento. Su muerte es excelente, y no debemos dudar que el gran dios se la ha hecho dichosa, supuesto que desde la cuna le habia favorecido continuamente con su gracia, para hacerle vivir cristianamente. Consoláos pues, amada madre, y fortaleced vuestro espíritu, adorando la divina Providencia, que todo lo hace muy suavemente; y aun cuando los motivos de sus decretos nos sean desconocidos, la verdad de su benignidad nos es manifiesta, y nos obliga á creer que ella lo obra todo en perfecta bondad. Vos estáis próxima á partir para ir donde se halla ese amable hijo; cuando estéis allí, no quisierais que él estuviese en las Indias, porque vos veréis que él estará mejor entre los ángeles y los santos, que estaria entre los tigres y los bárbaros. Pero mientras llega la hora de marchar, consolad vuestro corazon maternal con la consideracion de la eternidad santa, en la que él se halla, y á la que vos estáis muy próxima. Y en vez de escribirle, como lo haciais otras veces, hablad á Dios por

él, y él sabrá al momento todo cuanto queráis que sepa, y recibirá vuestra asistencia, tan luego como la hayais puesto en las manos de su divina Majestad. Los cristianos cometen una gran falta en ser tan poco cristianos como son, y en violar tan cruelmente las leyes de la caridad por obedecer á las del temor; pero, amada madre, es necesario pedir á Dios por los que hacen ese gran mal, y aplicar esa oracion por el alma de vuestro difunto. Esa es la oracion mas agradable que podemos hacer á aquel que hizo otra igual en la cruz, á la cual respondió con todo su corazon su Santísima Madre, amándole con una caridad eterna. Vos no podréis creer cuánto ha afectado mi corazon ese golpe, porque al fin él era mi amado hermano, que me habia amado en extremo. Yo he orado por él, y lo haré continuamente y por vos, amada madre, á quien deseo tributar durante mi vida un particular honor y amor, aun por parte de ese hermano difunto, cuya amistad inmortal exige de mí que sea cada vez mas, — Señora, mi muy ama-

da madre. — Vuestro hijo y muy humilde servidor, muy fiel y muy obediente, FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XVIII.

A UNA SEÑORA.

La consuela de la muerte de su marido.

Mi señora tia, si yo no supiera que vuestra virtud puede daros los consuelos y las resoluciones necesarias para sufrir con un valor cristiano la pérdida que habeis experimentado, yo procuraria presentaros ciertas razones conducentes á ello por esta carta, y si fuese necesario, yo mismo os la llevaria; pero yo creo que teneis tanta caridad y tanto temor de Dios, que al ver su disposicion y santa voluntad, vos os someteréis á ella, y templaréis vuestro disgusto con la consideracion del mal de este mundo, que es tan miserable, que si no fuera por nuestra fragilidad, deberiamos mas bien alabar á Dios cuando separa de él á nuestros amigos, que afligirnos por ello; por otra parte, es necé-

sario que todos, unos despues de otros, salgamos de este mundo, segun el órden que está establecido, y los primeros se hallan mejor cuando han vivido cuidadosos de su salvacion y de su alma, como lo hizo mi señor tio y mi primogénito, cuya conversacion fué tan agradable y tan útil á todos sus amigos, que nosotros, que hemos sido los mas íntimos y familiares, no podemos dejar de sentir mucho su separacion de nosotros; y este sentimiento no se nos prohíbe con tal que lo moderemos con la esperanza que tenemos de no permanecer mucho tiempo separados, sino que dentro de un breve plazo le seguirémos al cielo, lugar de nuestro reposo, mediante la gracia de Dios. Allí será donde cumplirémos y proseguirémos eternamente la buena y cristiana amistad que en este mundo no hicimos mas que comenzar. Este es el principal pensamiento que nuestros amigos difuntos exigen de nosotros, y en el que os suplico mediteis, dejando las desmesuradas tristezas para los espíritus que no tienen tales esperanzas. Sin embargo,

señora tia, yo tengo tanto afecto á la memoria de nuestro difunto y á vuestro servicio, que aumentaréis mucho la obligacion que tengo, si me dispensais el honor de mandarme con toda libertad y de ocuparme con toda seguridad. Hacedlo, yo os lo suplico con todo mi corazón, y pido á nuestro Señor que aumente en vos sus santos consuelos y os colme de gracias, que os desea, — mi señora tia, — vuestro muy humilde sobrino y muy afecto servidor, FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XIX.

A UNA SEÑORA.

La consuela de la muerte de su marido.

Señora, vos no podréis creer cuán sensible me es la afliccion que teneis. Yo veneraba con un afecto especial al amado señor difunto, por muchos respetos; mas el de su virtud y piedad era el principal de todos. ¡Qué lástima que en una época en que hay tan gran escasez de semejantes almas entre

las gentes de rango veamos y suframos unas pérdidas tan perjudiciales al público! Sin embargo, amada señora, considerándolo todo, es necesario acomodar nuestros corazones á la condicion de la vida en que nos hallamos, que es una vida perecedera y mortal, y la muerte, que domina en esta vida, no sigue ningun camino conocido; ella toma unas veces á uno y otras á otro, sin eleccion ni método alguno, los buenos entre los malos, y los jóvenes entre los viejos. ¡Oh cuán venturosos son aquellos que, viviendo con el temor continuo de la muerte, se encuentran siempre dispuestos á morir, de tal modo que puedan resucitar eternamente á la vida en que no hay ya mas muerte! Nuestro amado difunto era de ese número, yo lo sé muy bien. Esto solo, Señora, es suficiente para consolarnos; porque al fin, en pocos dias, ó á mas tardar en pocos años, le seguiremos. Entonces las amistades y las sociedades comenzadas en este mundo volverán á anudarse para no separarse jamás. Entre tanto tengamos paciencia y espere-

ños con valor que suene la hora de nuestra partida, para ir adonde esos amigos han llegado ya, y supuesto que los hemos amado cordialmente, perseveremos amándolos, haciendo por amor de ellos lo que ellos han deseado que hiciésemos, y lo que nos desean en la actualidad. Indudablemente, amada señora, el mayor deseo que vuestro señor difunto tuvo á su partida, fué que vos no permaneciéseis largo tiempo sumergida en la afliccion que su ausencia os habia de causar, sino que procuraseis moderar por su amor el sentimiento que su amor os causaba. Y al presente, en la felicidad de que goza ó de que espera gozar con seguridad, os desea un santo consuelo, y que moderando vuestra tribulacion, conserveis vuestros ojos para otra cosa mejor que las lágrimas, y vuestro espíritu para otras ocupaciones mejores que la tristeza. El os ha dejado preciosas prendas de vuestro matrimonio; conservad vuestros ojos para atender á su educacion, conservad vuestro espíritu para ilustrar el suyo. Haced eso, Señora, por

amor de vuestro amado marido , y considerad que eso fué lo que os encargó á su partida y lo que en la actualidad os pide ; porque , verdaderamente , él lo hubiera hecho si hubiese podido , y lo desea de vos al presente ; todo el resto de vuestras pasiones puede ser , segun vuestro corazon , que se halla todavía en este mundo , pero no segun el suyo , que se halla en el otro . Y supuesto que la verdadera amistad se complace en satisfacer los justos deseos del amigo , para agradar á vuestro señor marido , consoláos vos misma , dulcificad vuestro espíritu y excitad vuestro valor . Y si el consejo que os doy con una sinceridad sin igual os es agradable , practicadlo , prosternándoos delante de nuestro Señor , sometiéndoos á sus órdenes , y pensando en el alma de aquel amado difunto , que desea á la vuestra una verdadera y cristiana resolucion , y entregándoos totalmente á la celestial providencia del Salvador de vuestra alma , vuestro protector , que os ayudará y os socorrerá , y finalmente , os reunirá con vuestro difunto , no como

mujer con su marido, sino como heredera del cielo con su coheredero, y como amante fiel con su fiel amado. Yo escribo esto, señora, sin tiempo y cuasi sin aliento, ofreciéndos mi muy afectuoso servicio, que os debo mucho tiempo há, y el que los méritos y la benevolencia de vuestro señor marido para conmigo podian exigir de mi alma. Dios esté en medio de vuestro corazon. Así sea.—
FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XX.

A UNA SEÑORA.

La consuela de la muerte de su hijo.

Señora, Dios os ha visitado para prueba de vuestra constancia y fidelidad. El hombre en este mundo está como un árbol plantado por la mano del Criador, cultivado por su sabiduría y regadó con la sangre de Jesucristo, para que produzca frutos proporcionados al gusto del dueño, que desea ser servido en esto, principalmente que de buena voluntad nos dejemos gobernar por su

providencia , que lleva á los voluntarios y arrastra por la fuerza á los recalcitrantes. Señora , vos sois su hija ; vos protestais todos los dias , y le pedis que su voluntad se cumpla en la tierra lo mismo que en el cielo. ¿Qué os resta pues que hacer mas que resolveros valerosamente á consolar á vuestro señor esposo , y caminar en esta peregrinacion por las sendas que se sirva trazaros la Majestad divina? El debe pues ser vuestro hijo , vuestro padre , vuestra madre , vuestro hermano , vuestro todo , en cuya presencia , si vivis siempre en la inocencia , por medio de la gracia alcanzaréis un dia el paraíso , donde reina la bienaventurada alma de ese niño inocente , al que tengo mas envidia que compasion , porque sé que él ve la cara de Dios lo mismo que el ángel que habia sido encargado de su tutela. Y mientras esperamos la dicha de verle un dia en esa felicidad eterna , pido á Dios que os dé fuerza con tan buena voluntad como soy vuestro muy afectuoso servidor. — FRANCISCO , O. DE GINEBRA.

CARTA XXI.

A LA MISMA.

Sobre el mismo asunto.

Ved aquí pues, mi amada hija, cómo paso á paso atravesamos el rio Jordan, para entrar en la tierra de promision, á la que Dios nos llama unos despues de otros. ¡Oh! viva Jesus; no hay en este mundo motivo alguno para desear que los amigos permanezcan mucho en él. Yo conocia á la buena hermana difunta, no solo de vista, sino tambien por cierta comunicacion de su alma, que ella me hizo en mi visita; y no hay mas que un año, poco mas ó menos, que le envié el hábito del orden tercero del Carmen, que ella me habia pedido por devocion, y cuando lo recibió hizo una confesion general con un hombre muy capaz, que me lo escribió ó me lo dijo, yo lo sé muy bien. Y bien, amada hija, ¿no era esta una disposicion de la bondad de Dios para atraerla á sí un año despues? Gloria pues al Padre,

al Hijo y al Espíritu Santo. Sí, amada hija, llorad un poco por esta difunta, porque nuestro Señor lloró también un poco por su amado Lázaro; pero que no sean lágrimas de disgusto, sino de una santa compasión cristiana; un corazón que, como el de José, llore de ternura, y no de furor, como el de Esaú. En estas ocasiones es necesario conformarse santamente con la voluntad del dulce Jesús. Pero, decidme, hija mía, ¿cuándo iremos nosotros á esa patria que nos aguarda? ¡Ay! ¡Nosotros nos hallamos en la víspera de nuestra partida, y lloramos á los que ya han marchado! Buen presagio es para esa alma que haya sufrido muchas aflicciones, porque habiendo sido coronada de espinas, es necesario creer que tendrá una corona de rosas. Vaya pues esa buena hermana, vaya pues á poseer su eterno reposo en el regazo de la misericordia de Dios. Si mis oraciones pueden acelerarle ese bien, yo se las prometo de buena voluntad; y si yo pudiese ocupar su lugar en vuestra amistad, yo os lo reclamaria también de buena

voluntad. Al menos, me permitiréis que conserve el que tengo, y que á medida que vuestros parientes temporales os van faltando, el afecto mas que paternal que os profeso y que os he profesado con mucha fidelidad, crezca en ternura y en ardor santo. Tomad, hija mia, las cintas ó el sudario de nuestro Señor, con que fué envuelto en el sepulcro, y enjugad con ello vuestras lágrimas. Verdaderamente, yo lloro tambien en semejantes ocasiones, y mi corazon, de piedra para las cosas celestiales, arroja lágrimas por estos motivos; pero sea Dios loado siempre dulcemente, y, para hablaros como á mi amada hija, siempre con un gran sentimiento de amor á la providencia de Dios; porque, desde que nuestro Señor amó la muerte, y dió su muerte por objeto á nuestro amor, no puedo yo querer mal á la muerte de mis hermanas ni de persona alguna, con tal que se cumpla en el amor de la muerte sagrada de mi Salvador, que para siempre vive y reina en nuestros corazones. Amen. Yo soy en él muy verdadera-

mente todo vuestro, — FRANCISCO, O. DE
GINEBRA.

CARTA XXII.

A UNA SEÑORA.

La consuela de la muerte de su hermana.

Es pues, amada hija, es necesario recobrar el valor despues de esa turbacion. ¡Ay! la apoplejía y la perlesía son unos accidentes naturales; y nuestro Señor, al ver que llega nuestro fin, nos prepara suavemente con sus inspiraciones, para que no nos sorprendamos; como lo ha hecho con esa buena hermana. Yo no extraño que vos hayais estado atribulada y que no hayais podido encontrar tan pronto vuestro corazón para volverlo á su Salvador. ¡Oh Dios! mi amada hija, es necesario prepararse para obrar mejor en la primera ocasion que se presente; porque á medida que vemos este mundo, y los bienes que en él tenemos romperse á nuestra vista, es necesario recurrir mas ardentemente á nuestro Señor, y con-

cesar que hacemos mal en colocar nuestras esperanzas y esperar nuestros consuelos en otra parte que en él y en la eternidad que nos ha destinado. Es necesario que yo pronuncie esta palabra de confianza. No hay un hombre en el mundo que tenga el corazón mas tierno y afectuoso á la amistad que yo, y que tenga el sentimiento mas vivo en la separacion de mis amigos; sin embargo, yo tengo por una cosa tan pequeña esta vanidad de vida que nosotros gozamos, que nunca me vuelvo á Dios con mayor sentimiento de amor que cuando él me castiga ó permite que sea castigado. Hija mia, encaminemos nuestros pensamientos al cielo, y nos veremos libres de los accidentes de la tierra. Esa buena hija habia orado mucho ante Dios, y por esto fué arrebatada en su presencia; es necesario pues esperar, que nuestro Señor lo ha dispuesto así para su mayor bien. Reposemos en paz, esperando que él disponga de nosotros. Hija mia, cuidémonos poco de este mundo, excepto en lo que él nos puede servir de tabla para pasar á otro me-

¡Ay amada hija! nosotros somos miserables porque sabemos, por la experiencia, cuán mortal es esta vida, y nos afligimos, sin embargo, tanto cuando nosotros ó los nuestros pasamos de la vida á la muerte. Dios esté en medio de vuestro corazón, hija mía, y os sea el único y perfecto consolador en ese inopinado accidente de vuestra buena y virtuosa hermana, la cual, sin ningún quebranto anterior de su salud, murió momentáneamente; pero, como debemos esperarlo, en las manos de la misericordia de su Salvador. ¡Oh Dios, qué bueno es morir en estos días de fiesta, cuando se prepara el hombre por medio de los sacramentos!

CARTA XXIII.

À LA MISMA.

Sobre el mismo asunto.

¡Ay amada hija! nosotros somos miserables porque sabemos, por la experiencia, cuán mortal es esta vida, y nos afligimos, sin embargo, tanto cuando nosotros ó los nuestros pasamos de la vida á la muerte. Dios esté en medio de vuestro corazón, hija mía, y os sea el único y perfecto consolador en ese inopinado accidente de vuestra buena y virtuosa hermana, la cual, sin ningún quebranto anterior de su salud, murió momentáneamente; pero, como debemos esperarlo, en las manos de la misericordia de su Salvador. ¡Oh Dios, qué bueno es morir en estos días de fiesta, cuando se prepara el hombre por medio de los sacramentos!

Vos seriais muy temeraria , amada hija, si pretendieseis exceptuaros de las tribulaciones que la inconstancia de esta vida ofrece de tiempo en tiempo á los hombres. Yo quiero que lloreis esa pérdida , porque es muy justo ; pero deseo tambien que no lloreis desordenadamente , y que en esta ocasion manifesteis que habeis aprovechado ya tanto en la virtud , que os fundais mas en la eternidad que en la imágen de este mundo. Ved esa muerte tan repentina que no dió lugar á la difunta para dar el adios de honor á los que ella amaba ; y esperando que ella murió en gracia de nuestro Señor, demos un adios y renunciemos al mundo y á su vanidad , colocando nuestros corazones en la venturosa eternidad que nos espera. Ea pues, pobre hija mia, mi corazon se compadece del vuestro , y le conjura para que sea todo de aquel que nos resucitó de la muerte á la vida, y que nos ha preparado sus eternas bendiciones. Sea bendito para siempre su santo nombre. Yo soy, en él, vuestro todo enteramente. — FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XXIV.

A UNO DE SUS AMIGOS.

**Loconsuela de la muerte de Enrique IV, rey
de Francia.**

¡ Ah señor mio y amigo ! Es cierto que
la Europa no podia ver ninguna muerte mas
lamentable que la del gran Enrique IV. Mas
¿ quién no admirará con vos la inconstancia,
la vanidad y las perfidias de las grandezas
de este mundo ? Habiendo sido este principe
tan grande en su estirpe , tan grande en el
valor guerrero , tan grande en victorias, tan
grande en triunfos, tan grande en ventura,
tan grande en paz, tan grande en reputacion
y tan grande en toda clase de grandezas, ¡ ay !
¿ quién no hubiera dicho, hablando con pro-
piedad , que la grandeza estaba inseparable-
mente unida á su vida, y que habiéndole
jurado una fidelidad inviolable , arrancaria
un aplauso general á todo el mundo , por su
último momento , que terminaria con una
muerte gloriosa ? No fué así, Señor ; parecia

que una vida tan grande debia concluir sobre los despojos del Levante, despues de la total ruina de los herejes y de los turcos. Los quince ó diez y seis años que su fuerte complexion y salud; y que todos los deseos de la Francia y de muchas gentes muy lejanas de la Francia le prometian todavia de vida vigorosa, hubieran sido suficientes para ello; y ved aquí que una serie tan grande de grandezas concluyó en una muerte que no tenia de grande mas que haber sido grandemente funesta, lamentable, miserable y deplorable. Y aquel que se habia creído quasi inmortal, supuesto que no habia podido morir entre tantos azares como habia arrostrado para llegar á la dichosa paz, de la que habia estado gozando estos dos últimos años, ha muerto de una despreciable puñalada, y á manos de un jóven desconocido, en medio de una calle. *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis tan pesados de corazon? ¿Por qué amais la vanidad? Y ¿por qué buscáis la mentira?* Todo cuanto el mundo nos hace ver de grande no es

mas que fantasma, ilusion y mentira. ¿Quién hubiera dicho, mi señor amigo, que un rio de una vida real, engrosado con la afluencia de tantos torrentes de honores, de victorias y de triunfos, y sobre cuyas aguas estaban embarcadas tantas gentes, habia de perecer y desvanecerse de tal modo, dejando sobre la playa y en seco tantos navegantes? ¿No se hubiera creido mas bien que él debia desemboear en la muerte, como en un mar y en un océano, por mas triunfos que bocas tiene el Nilo? Y sin embargo, los hijos de los hombres han sido engañados en sus cálculos, y sus presagios han sido vanos. ¡Dios mio! Señor, ¿por qué no somos nosotros sábios, con tanta experiencia? Por qué no despreciamos este mundo, que en todo es tan frágil y tan imbécil? Por qué no permanecemos á los piés de ese rey inmortal, que triunfó de la muerte con su muerte, y cuya muerte es mas amable que la vida de todos los reyes de la tierra? Vos sois muy dichoso, Señor, en hacer estas reflexiones; pero seréis mas dichoso si, despues de ha-

cerlas, tomáis las resoluciones convenientes, exhalando el resto de vuestros viejos días, como un incienso, por el fuego del amor único del Rey de la eternidad. El afecto que tengo á vuestra amada y bella alma me hace decir esto sin necesidad. Por lo demás, la mayor ventura de ese gran rey difunto consistió en que, haciéndose hijo de la Iglesia, se hizo padre de la Francia; haciéndose oveja del gran pastor, se hizo pastor de tantos pueblos, y convirtiendo su corazón á Dios, convirtió á sí el de todos los buenos católicos. Esta es la sola ventura que me hace esperar que la dulce y misericordiosa providencia del Padre celestial habrá infundido insensiblemente en ese gran corazón real, en el último momento de su vida, la contrición necesaria para una dichosa muerte. Así, pido yo á esta soberana bondad que se apiade de aquel que se apiadó de tantas gentes; que perdone á aquel que perdonó á tantos enemigos, y que reciba en su gloria á esa alma reconciliada, que

recibió á tantos en su gracia después de su reconciliacion. En cuanto á mi, confieso que los favores de ese gran rey para conmigo me parecian infinitos, teniendo en consideracion lo que yo era cuando en el año de 1602 me hizo varias invitaciones para que me quedase en su reino, que eran capaces de haber decidido á ello, no á un pobre sacerdote como yo era, sino á un gran prelado. Pero Dios lo disponia de otro modo, y yo me he consolado mucho al ver que esa fortaleza régia, habiéndome manifestado una vez su benevolencia, haya perseverado en remunerarme, como me lo aseguran muchos testimonios que él me ha dado en diversas ocasiones; y aunque nunca haya yo recibido de su bondad mas que la satisfaccion de merecer su afecto, me creo muy obligado á continuar mis débiles preces por su alma y por la ventura de su posteridad. Yo no acabaria tan pronto de hablar de un príncipe tan digno de memoria, pero me veo obligado á entregar mi carta. Dios sea vues-

tro todo. — Señor, yo soy todo en él, —
Vuestro muy afectuoso servidor, FRANCISCO,
O. DE GINEBRA.

CARTA XXV.

À UNA SEÑORA.

La consuela de la muerte de su marido.

¡Dios mio, cuán engañosa es esta vida y cuán cortos son sus consuelos, amada prima y señora! Ellos aparecen en un momento, y otro momento se los lleva; si no existiera la santa eternidad, á la que van á parar todos nuestros dias, tendríamos razon en vituperar nuestra condicion humana. Mi muy amada prima, sabed que os escribo con el corazon lleno de sentimiento por la perdida que he sufrido, y mas todavía por la idea viva que tengo del golpe que recibirá vuestro corazon cuando sepa la triste noticia de vuestra viudedad tan pronta, tan inesperada y tan lamentable; pues aun cuando las muchas personas que han de participar de vuestro disgusto pudiesen disminuir

vuestra amargura, vos no podriais participar de su consuelo; ninguno de los que han conocido al valiente caballero difunto dejará de sentir un especial dolor al reconocer sus méritos. Pero, amada prima, todo eso no os puede consolar sino despues que pase vuestro mas profundo sentimiento, durante el cual es necesario que sea Dios quien sostenga vuestro espiritu y sea su refugio y su amparo. Sí, amada prima, esta soberana bondad se inclinará sin duda hácia vos y penetrará en vuestro corazon para ayudarle y socorrerle en esta tribulacion, si vos os echais en sus brazos y os entregais en sus manos paternales. Dios fué, mi muy amada prima, quien os dio ese marido, y él es quien lo ha vuelto á tomar y lo ha llamado á sí; él debe seros propicio en la afliccion que los justos afectos que os habia inspirado por vuestro matrimonio os causarán hoy por esta privacion. Esto es todo cuanto yo puedo decir. Nuestra naturaleza está constituida de tal manera, que nosotros morimos á la hora menos pensada, y no podemos evadirnos de

esta condicion; ved aqui por qué es necesario tener paciencia y valernos de nuestra razon para endulzar el mal que no podemos evitar; y además tened presente á Dios y su eternidad, en la que todas nuestras pérdidas serán reparadas, y nuestra sociedad, desunida por la muerte, será restaurada. Dios y vuestro buen ángel os inspiren todo santo consuelo, mi muy amada prima. Yo se lo suplicaré á su divina Majestad, y contribuiré al reposo del alma del amado difunto con muchos santos sacrificios, y para vuestro servicio, mi muy amada prima, os ofrezco con mucha sinceridad todo cuanto se halla en mi poder, sin reserva alguna; porque yo soy y quiero mas que en tiempo alguno manifestar que soy, —Señora, mi muy amada prima, —Vuestro mas humilde y mas afecto primo y servidor, FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XXVI.

À UNA RELIGIOSA DE LA VISITACION.

La consuela de la muerte de su padre.

Mi muy amada hija, ayer me manifestó nuestra madre vuestra última carta y la noticia del fallecimiento de vuestro padre. No dudeis que pediré por él, porque era el padre de mi muy amada hija, á quien os aseguro amo mucho, y de cuyos disgustos y satisfacciones participa afectuosamente mi corazón. Pero aquí, prescindiendo del sentimiento natural, hay un motivo de santo consuelo, supuesto que ese buen gentil-hombre murió en una buena vejez, y (lo que importa) en una buena disposición. Así pues, mi muy amada hija, procurad consolaros, y correspondednos con vuestras oraciones por mi pobre amado hermano de Thorens, que habiendo ido al Piamonte con un regimiento de mil hombres, fué sepultado allí el martes pasado, como me acaban de escribir y como yo esperaba tres dias há, porque sa-

bia la cualidad de su enfermedad. Pues bien; considerad, mi muy amada hija, cuánto me penetra esta aflicción, y ved que la mía está recargada con la de su pobre hija y la de nuestra madre, á quienes necesito quitar en esta misma mañana la poca esperanza que les habia quedado despues de las primeras noticias de tal accidente, por el cual hemos adorado mil y mil veces el decreto de la divina Providencia, y hemos colocado nuestros corazones en las manos de Dios con espíritu de sumision, repitiendo: *Sí, Señor, porque así ha sido grato ante vos.* Y nosotros no tenemos que decir otra cosa en todo lo que Dios hace, sino *Amen.* Ese pobre jóven ha muerto, el primer dia de su llegada á aquel país, de una fiebre pestilencial, en el seno de la Iglesia, fortalecido con los sacramentos, que recibió con grandes sentimientos de religion, bajo la direccion del buen padre D. Justo. ¡Ay! cuán dichoso es él, á mi parecer, pero es imposible, sin embargo, que yo no llore por él. ¡Vos no podréis imaginar cuán cumplido era, y cuán

agradable se hizo á los ojos del Principe en la jornada del año pasado, y en esta se halla difunto! Mas Dios es bueno y hace todas las cosas en su bondad. Sea dado á él honor, gloria y bendicion. Todavía está allá el pobre caballero que habrá sido espectador de ese triste fallecimiento, y tal vez le siga él tambien. Sea Dios bendito en la vida y en la muerte de los suyos. *Amen.*—FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XXVII.

A UN AMIGO SUYO.

Lo consuela de la muerte de su hermano.

Amado hermano (porque yo me hallo en el lugar de aquel á quien Dios há llamado así), me acaban de decir que vos llorais continuamente por esa separacion tan sensible. Es necesario que dejéis de hacerlo así; porque, ó llorais por él ó por vos: si es por él, ¿por qué llorais, cuando nuestro hermano está en el paraíso, donde no tienen lugar las lágrimas? Si es por vos, ¿no hay en ello

mucho amor propio? Yo os hablo con tanta franqueza, porque parece que os amais mas á vos mismo que su bienaventuranza, que no tiene comparacion con nada. ¿Querriais acaso que por causa nuestra no estuviese él con Aquel *in quo movemur et sumus*, todos los que existimos y que nos conformamos con su santa disposicion y su voluntad divina? Pero venid á vernos con frecuencia, y convertiremos las lágrimas en alegría, acordándonos de la que tiene nuestro buen hermano, y que jamás le será quitada. Y en fin, pensad con frecuencia en ella y en él, y viviréis alegre, como yo lo deseo con todo mi corazon, con el que me encomiendo á vuestras oraciones y os aseguro que soy vuestro.

— FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

CARTA XXVIII.

À UNA SEÑORA.

La consuela de la muerte de su padre, y le contesta á un encargo que le habia hecho.

Nosotros hemos estado aqui, al menos yo, Señora y muy amada hija, entre el te-

mor y la esperanza por la persona cuyo amargo recuerdo he sabido poco há que es lo único que os ha quedado, y puedo decir en verdad que la consideracion de vuestro dolor fué una de las primeras sensaciones que me asaltaron al saber el mal que os habian presagiado, por los rumores inciertos que llegaban á nosotros. Pero, mi muy amada prima, es necesario, sin embargo, calmar vuestro corazon, y para hacer justo vuestro dolor, es necesario moderarlo por la razón. Nosotros estamos convencidos de que ignoramos la hora en que un acontecimiento semejante nos ha de suceder por el fallecimiento de otros, ó á otros por el nuestro. Y si nunca hemos pensado en ello, debemos confesar nuestra culpa y arrepentirnos de ella; porque el nombre de mortales que tenemos todos nos hace inexcusables. No nos aflijamos, hija mia; muy pronto nos ballarémos todos reunidos. Nosotros dirigimos incesantemente nuestros pasos hácia el lugar donde se hallan nuestros difuntos, y en dos ó tres momentos llega-

rémolos allá; pensemos tan solo en caminar bien y en hacer todo el bien que hemos visto en ellos. Bendito sea Dios, que ha concedido la gracia á aquel cuya ausencia sentimos de darle el tiempo necesario para disponerse, á fin de hacer el viaje felizmente. Depositad vuestro corazón, mi muy amada hija, al pié de la cruz, aceptad la muerte y la vida de todo cuanto amais, por el amor de aquel que dió su vida y recibió la muerte por vos. Nada podia impedirme que os complaciera en lo que deseais de mí, sino la obligacion que tengo al servicio de nuestro Señor y de la Iglesia, el que siendo favorable á vuestro deseo, he recibido mucho consuelo en satisfaceros, como lo haré en todo cuanto me sea posible. Mas en la distribucion de los curatos estoy sujeto á un método, del cual no puedo separarme; si segun este método puedo satisfacer vuestro deseo, tendré una satisfaccion en ello; si no puedo en la ocasion presente, no desanimándose el portador, y adelantando en las letras y en la virtud, como creo que él ha comenzado

bien, no faltarán otras ocasiones en que el será útil vuestra recomendacion. Por lo demás, no os diré nada de mi servicio fiel en esta ocasion; él os ha sido dedicado enteramente una vez por todas, y os suplico que no dudeis jamás de él, como tampoco del cuidado que tendré en acordarme, en los sacrificios que ofrezca á Dios, del alma de ese digno caballero, cuyos méritos quiero honrar siempre con todo cuanto él ha dejado en el mundo de mas amado. Dios esté en medio de vuestro corazon, mi muy amada prima é hija, y yo soy, con todo el mio,—Vuestro mas humilde y mas afecto primo y servidor,
FRANCISCO, O. DE GINEBRA.

SANTA TERESA DE JESUS.

CARTA XXIX.

À LA REVERENDA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ,
PRIORA DE SEVILLA.

La Santa le da noticia de la muerte de su hermano, que le suministra materia para ciertas reflexiones cristianas.

JESUS.

Sea con vuestra reverencia, madre mia, el Espiritu Santo. Paréceme no quiere nuestro Señor pase mucho tiempo sin que yo tenga en qué padecer. Sepa que ha sido servido en llevar consigo á su buen amigo y servidor Lorenzo de Cepeda. Dióle un flujo de sangre tan apresuradamente, que le ahogó, que no duró seis horas. Habia comulgado dos dias habia, y murió con sentido, encomendándose á nuestro Señor. Yo espero en su misericordia se fué á gozar de él; porque estaba ya de suerte, que si no era tratar de cosas de su servicio, todo le can-

saba; y por esto holgaba de estarse en aquella su heredad, que era una legua de Avila; decia que andaba corrido de andar en cumplimientos.

Su oracion era ordinaria, porque siempre andaba en la presencia de Dios, y su Majestad le hacia tantas mercedes, que algunas veces me espantaba. A penitencia tenia mucha inclinacion, y así hacia mas de la que yo quisiera; porque todo lo comunicaba conmigo, que era cosa extraña el crédito que de lo que yo le decia tenia, y procedia del mucho amor que me habia cobrado. Yo se lo pago en holgarme que haya salido desta vida tan miserable, y que esté ya en seguridad. Y no es manera de decir, sino que me da gozo, cuando en esto pienso. Sus hijos me han hecho lástima; mas por su padre pienso los hará Dios merced.

He dado á vuestra reverencia tanta cuenta, porque sé que le ha de dar pena su muerte (y cierto se lo debia bien, y todas esas mis hermanas), para que se consuelen. Es cosa extraña lo que él sintió sus trabajos, y el

amor que las tenia. Ahora es tiempo de pagárselo en encomendarlo á nuestro Señor, á condicion que, si su alma no lo hubiera menester (como yo creo que no lo ha, y segun nuestra fe lo puedo pensar), que se vaya lo que hicieren por las almas que tuvieren mas necesidad, porque se aprovechen dello.

Sepa que poco antes que muriese me habia escrito una carta aquí á San José de Segovia, que es adonde ahora estoy, que es once leguas de Avila, en que me decia cosas que no parecia sino que sabia lo poco que habia de vivir, que me ha espantado. Paréceme, mi hija, que todo se pasa tan presto, pues mas habiamos de traer el pensamiento en cómo morir que no en cómo vivir. Plegue á Dios que, ya que me quedo acá, sea para servirle en algo; que cuatro años le llevaba, y nunca me acabo de morir; antes estoy ya buena del mal que he tenido, aunque con los achaques ordinarios, en especial de la cabeza.

A mi padre Rodrigo Alvarez envie vuestra reverencia á decir que á buen tiempo vino

su carta; que venia toda del bien que eran los trabajos, y que me parece que ya hace Dios milagros por su merced en vida; que ¿qué será en muerte?

Ahora me han dicho que los moriscos dese lugar de Sevilla concertaban alzarse con ella. Buen camino llevaban vuestras reverencias para ser mártires. Sepan lo cierto desto, y escribámelo la madre Subpriora. Holgádome he de su salud, y dado pena la poca que vuestra reverencia trae. Por amor de Dios, vuestra reverencia se mire mucho.

.
.

A todas las hermanas me encomiendo mucho, y á S. Francisco. Las de acá, y la madre Priora, se les encomiendan. Linda cosa les parece estar entre esas banderas y baraundas, si se saben aprovechar y sacar espíritu de tantas novedades como ahí deben de oír; que han bien menester andar con harta advertencia para no se distraer. Gran gana tengo de que sean muy santas.

Mas ¿qué seria si se hiciese lo de Por-

tugal? Que me escribe D. Teutonio el arzobispo de Eborá, que no hay mas de cuarenta leguas de ahí á allá. Por cierto, para mí seria hartó contento. Sepa que, ya que vivo, deseo hacer algo en servicio de Dios, y pues ha de ser ya poco, no lo gastar tan ociosamente como he hecho estos años, que todo ha sido padecer en lo interior, y en lo demás no hay cosa que luzca. Pidan á nuestro Señor que me dé fuerzas para emplearme algo en su servicio. Ya le he dicho que le dé esta á mi padre fray Gregorio, y la tenga por suya; que cierto le amo en el Señor, y deseo verle. Murió mi hermano el domingo despues de San Juan. Su Majestad me la guarde á vuestra reverencia y haga lo que yo deseo. Son hoy 4 de julio de 1579.
—De vuestra reverencia sierva, TERESA DE JESUS.

CARTA XXX.

A D. DIEGO DE GUZMAN Y CEPEDA, SOBRINO
DE LA SANTA.

Le consuela de la muerte de su esposa.

JESUS.

La gracia del Espiritu Santo sea con vuestra merced y le dé el consuelo que es menester para tanta pérdida como al presente nos parece. Mas el Señor, que lo hace, y nos quiere mas que nosotros mismos, traerá tiempos que entendamos era esto lo que mas bien puede hacer á mi prima y á todos los que la queremos bien ; pues siempre lleva en él mejor estado.

Vuestra merced no se considere vida muy larga, pues todo es corto lo que se acaba tan presto ; sino advierta que es un momento lo que le puede quedar de soledad, y póngalo todo en las manos de Dios, que su Majestad hará lo que mas convenga. Harto gran consuelo es ver muerte que tan cierta seguridad nos pone que vivirá para siempre ;

Y crea vuestra merced que si el Señor ahora la lleva, que terná mayor ayuda vuestra merced y sus hijos, estando delante de Dios. Su Majestad nos oiga, que harto se lo encomiendo, y á vuestra merced dé conformidad con todo lo que hiciere, y luz para entender cuán poco duran los descansos y los trabajos desta vida. — Indigna sierva de vuestra merced, TERESA DE JESUS.

CARTA XXXI.

Consuela la Santa á una persona afligida por la muerte de su esposa.

JESUS.

La gracia del Espiritu Santo sea con vuestra merced, y le dé fuerzas espirituales y corporales para llevar tan gran golpe como ha sido este trabajo; que, á no ser dado de tan piadosa y justa mano, no supiera con qué consolar á vuestra merced, según á mí me ha lastimado. Mas, como entiendo cuán verdaderamente nos ama este gran Dios y sé que vuestra merced tiene ya bien entendida

la miseria y poca estabilidad desta miserable vida, espero en su Majestad dará á vuestra merced mas y mas luz, para que entienda la merced que hace nuestro Señor á quien saca della, conociéndole; en especial pudiendo estar cierto, segun nuestra fe, que esta alma santa está adonde recibirá el premio, conforme á los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado á nuestro Señor muy de veras, y hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé á vuestra merced consuelo y salud para que comience á pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que están ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme mas, sino es con nuestro Señor, en suplicarle consuele á vuestra merced; que las criaturas valen poco para semejante pena, cuanto mas tan ruines como yo. Su Majestad haga como poderoso, y sea en compañía de vuestra merced de aquí adelante; de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido.

Es hoy víspera de la Transfiguracion. — In-
digna súbdita y sierva de vuestra merced,
TERESA DE JESUS.

—
BOSSUET.
—

CARTA XXXII.

À UNA SEÑORA DE CONSIDERACION, SOBRE LA
MUERTE DE SU MARIDO (1).

Le presenta á la vez las verdades mas propias para
consolarla, y los motivos mas á propósito para ase-
gurarla acerca del estado del difunto.

Yo estoy muy satisfecho de mi diálogo,
porque, en lugar de mi conferencia con la

(1) Nosotros no podemos decir cuál es la persona
que forma el asunto de esta carta, supuesto que na-
da dice Bossuet que pueda dárnosla á conocer. Todo
lo que podemos asegurar es que en ella se trata de un
mariscal ó de un marqués, tan distinguido por sus
virtudes cristianas como por sus hazañas militares.
Las iniciales M., el M., de que se sirve Bossuet para
designar la persona de quien habla, y las victorias que
le atribuye, justifican plenamente esta opinion. Res-
pecto al año en que esta carta fué escrita, tampoco
podemos decirlo, porque Bossuet no lo ha consigna-

señora que sabeis, me referis una de la Reina con vos. Yo no os daré las gracias por la parte que me habeis dado en ella; esos son, Señora, efectos ordinarios de vuestra bondad, y estoy tan acostumbrado á ellos de mucho tiempo á esta parte, que nada hay de sorprendente para mí en todos los favores que me concedeis. Yo me creeria muy dichoso si, para manifestaros mi reconocimiento, pudiese contribuir de alguna manera á mitigar las inquietudes que os agitan tanto tiempo há por el estado del S. M. Yo veo

do; mas, como en ella habla de una conferencia que la señora á quien escribe habia tenido con la Reina, es claro que su carta es anterior á la muerte de la reina madre, ó la de Maria Teresa; es decir, que fué escrita antes del año de 1666, ó lo mas tarde antes del año de 1683, épocas de la muerte de las dos reinas. Habiendo tenido parte Bossuet, como él lo dice, en la conferencia que esta señora habia tenido con la Reina, y honrándole la Reina madre con un afecto particular, tenemos motivo para creer que de ella es de quien aquí se habla, y que, por consiguiente, esta carta fué escrita antes de su muerte. El carácter de la escritura y el estilo mismo nos confirman en este pensamiento, y por esta razon fijamos la fecha de esta carta hácia el año de 1663.

en esas aflicciones de vuestro espíritu una señal de fe muy viva y de una amistad muy cristiana. Es muy bello, Señora, que en una afliccion tan sensible, vuestro dolor nazca cuasi exclusivamente de la fe que teneis en la vida futura, y que en la pérdida de una persona tan amada, olvideis todos vuestros intereses, sin tener presentes mas que los suyos. Un dolor tan santo y tan cristiano es el efecto de una alma bien persuadida de las verdades del Evangelio; y todas las personas que os honran deben estar muy consoladas, porque vuestras penas nacen de un principio tan bello, no solo por el testimonio que ellas dan de vuestra piedad, sino tambien porque de este modo es mas fácil aliviarlas. Yo me atrevo á deciros, Señora, que debeis tener el espíritu tranquilo con respecto á la salvacion de su alma; y espero que os convenceréis de ello, si tomais la molestia de considerar la manera con que los santos doctores nos obligan á llorar los difuntos segun la doctrina de la Iglesia. No ignoro, Señora, que al hablaros de estas co-

sas enterneceré vuestro corazón, y exaltaré lágrimas en vuestros ojos; pero tal vez permitirá Dios que al fin os consoleis, y yo escribo con esta intención.

San Pablo advierte á los fieles que no se aflijan por los muertos, como los gentiles, que no tienen esperanza (1); y explica con estas pocas palabras todo cuanto puede decirse sobre este particular; porque es muy fácil observar que él no quiere suprimir enteramente las lágrimas, porque no dice: «No os aflijais,» sino: «No os aflijais como los gentiles, que no tienen esperanza;» y esto es lo mismo que si nos hubiera dicho: «Yo no os prohibo que lloreis, sino que lloreis como aquellos que creen que la muerte se lo arrebató todo, y que el alma se pierde con el cuerpo; afligíos con moderación, como os afligís por vuestros amigos que emprenden un viaje, y que no perdeis de vista sino por un poco de tiempo.» De aquí, Señora, debemos comprender que la fe nos obliga á esperar bien de aquellos que mueren en la

(1) I, Thess., iv, 12.

Iglesia y en la comunión de sus sacramentos, y que aun cuando sea imposible tener una certeza completa en este mundo, hay tan fuertes razones para creerlos en buen estado, que la duda que tenemos no nos debe afligir extremadamente. De otra manera, el apóstol S. Pablo, en vez de consolar á los fieles, les hubierã aumentado su dolor; porque si él no hubiera tenido intencion de obligarnos á procurar que nuestra esperanza se sobreponga á nuestro temor, ¿no es cierto, Señora, que ese grande hombre no debia decir: «No os aflijais como los gentiles,» sino mas bien: «Afligíos mas que los gentiles, y no os consoleis como ellos»? A ellos les es mas fácil consolarse, porque creen que los muertos no se hallan en estado de sufrir. Pero á vosotros no os es tan fácil, porque la verdad os ha enseñado que existe un lugar de tormentos, en cuya comparacion todos los de esta vida no son mas que un sueño.

Es indudable, Señora, que entendiendo las cosas de este modo, como los cristianos tienen mas que temer, deben ser, por con-

siguiente, mas sensibles á la muerte de los suyos; sin embargo, es notable que S. Pablo no los reprenda porque se consuelan, sino porque se afligen como los gentiles, que no tienen esperanza; y podemos asegurar con certeza que jamás hubiera hablado de ese modo, si no hubiese visto en la verdad eterna con que estaba ilustrado su espíritu, que tienen mucho mas motivo para esperar que para temer.

Esto es lo que S. Pablo quiere que practiquemos con los muertos; pero es necesario no abusar de esta doctrina, ni alentar la confianza necia y temeraria de ciertos cristianos que viven mal bajo el pretexto de la esperanza que él nos manda tener respecto á los difuntos. Veamos, Señora, cuáles son esos dichosos muertos que dejan tanta esperanza á los que les sobreviven. Esos son indudablemente los que mueren con las señales de su esperanza, es decir, en la participacion de los santos sacramentos, y que exhalan su último suspiro en los brazos de la Iglesia, ó mas bien en los brazos del mismo

Jesucristo, recibiendo su adorable cuerpo. Semejantes muertos, Señora, no son dignos de llorarse; es hacerles una injuria llamarles muertos, pues que se les ve salir de este mundo fortalecidos con esos remedios sagrados que contienen una semilla de vida eterna. Habiendo corrido abundantemente sobre sus almas la sangre de Jesucristo por esas fuentes fecundas de los sacramentos, pueden ellos sufrir con valor el aspecto de su Juez, que, á pesar de lo rigoroso que es para con los pecadores, nada encuentra que condenar donde ve las señales de la sangre de su Hijo.

A los que han perdido semejantes difuntos permite S. Agustin, siguiendo al Apóstol, afligirse verdaderamente, pero con un dolor que pueda ser fácilmente enjugado; les permite verter lágrimas, pero que sean enjugadas bien pronto por la fe y por la esperanza (1). Y me parece que estas palabras se dirigen á vos; porque, permitidme que os recuerde de qué manera participó nuestro di-

(1) Serm. CLXXXI, núm. 3, tom. v, col. 829.

funto de los santos sacramentos. ¿Fué acaso de aquellos á quienes es necesario hacérselos recibir por fuerza, que se imaginan que aceleran su muerte cuando piensan en la confesion, y que esperan á reconocerse cuando pierden el conocimiento? El mismo salió al encuentro de la muerte; él se preparó para recibirla antes de principiar su enfermedad; él no imitó á esos cristianos cobardes, que esperan á que los médicos los condenen para dejarse absolver por los sacerdotes y que desprecian tanto su alma, que solo piensan en salvarla cuando desesperan salvar el cuerpo; muy léjos de esperar semejante condenacion, previno aun la amenaza de ella, y su confesion general fué, no solo anterior al peligro, sino tambien al mal.

No me corresponde á mí deciros cuánto pueden los sacramentos recibidos de ese modo; toda la Iglesia os lo dice demasiado, y S. Agustin, que tiembla por los pecadores que esperan el fin de su vida para convertirse, no teme asegurarnos la reconciliacion de aquellos que se preparan á re-

cibirla en estado de salud (1). Demos gracias á Dios, Señora, porque inspiró este pensamiento al S. M., y porque por espacio de tantos años le advertia tan frecuentemente con las enfermedades con que le afligia; y no solo le advertia, sino que le hacia sentir en el corazon sus saludables advertencias.

Pero ¿podrémos olvidar la manera con que lo llevó de este mundo, y el juicio tan completo y tan tranquilo que le dejó hasta la muerte, á fin de que no hubiese un momento de que no pudiese aprovecharse para la eternidad? Su fin, Señora, ha sido el de un predestinado. El veia la muerte que se le acercaba, él la veia llegar paso á paso, él comulgó en esta creencia, él examinó sus años pasados, como un hombre que se preparaba á presentarse ante su juez para darle cuenta de sus acciones; él reconoció sus pecados, y cuando se le preguntó si imploraba la misericordia divina para obtener el perdón de ellos, aquel *sí* saludable que pronunció no le fué arrancado á fuerza de gri-

(1) Serm. cccxciii, tom. v, col. 1,507.

tarlo en los oídos; él mismo, espontáneamente, con un juicio pleno y un corazón humillado ante Dios, le confesó sus iniquidades, y le pidió perdón de ellas por los méritos de la sangre de su Hijo, cuya virtud, presente en el uso de los sacramentos, adoró lleno de fervor. Y ¿no os dice esto que él es de aquellos muertos, mil veces dichosos, que mueren en nuestro Señor, y que habiendo salido con sus insignias, con el nombre de Jesucristo en la boca, reconociéndole el eterno Padre en estas señales por una de las ovejas de su Hijo, le habrá juzgado en su tribunal según sus grandes misericordias?

Yo no os hablo ahora, Señora, sino de lo que él hizo al morir; pero si quisiese presentaros las buenas acciones de su vida, de las que he sido testigo, ¿cuándo acabaría yo esta carta? Contentáos pues con que os recuerde su ternura paternal para con los pobres pueblos; este es el más bello rasgo de su vida, y que los verdaderos cristianos estimarán más que la gloria de tantas victorias como alcanzó. Nosotros leemos en la Escritura

Sagrada una cosa notable de Nehemías. Habiendo sido enviado este grande hombre á gobernar el pueblo de Dios en Jerusalem, nos refiere él mismo, en la historia que compuso de su gobierno, que no habia vejado al pueblo, como los demás gobernadores (estas son las mismas palabras de que él se vale), él habia sido tolerante aun en aquello que le era debido legítimamente; que jamás habia omitido sus cuidados, y que habia empleado su autoridad en hacer vivir al pueblo en paz, en hacer florecer la religion y en hacer reinar la justicia (1); despues de lo cual añade estas palabras: «Señor, acordáos de mí para el bien, segun el bien que he hecho á este pueblo (2).» Esto lo dijo porque sabia, Señora, que de todas las buenas obras que se elevan ante la presencia de Dios, ningunas le agradan mas que las que alivian á los miserables y sostienen al oprimido que se encuentra sin apoyo. Sabia que ese Dios, cuya naturaleza es tan benéfica, se acuerda

(1) II, Esdr., 13.

(2) Ibid., 19.

con agrado de aquellos que se hacen semejantes á él, imitando su misericordia. Supuesto que el S. M. gobernó los pueblos en el sentimiento y en el espíritu de Nehemias, tenemos un motivo justo para creer que habrá participado de sus recompensas, y que, acordándose Dios de él para el bien, habrá olvidado sus pecados.

Consoláos, Señora, en este pensamiento, y no penseis de tal modo en la severidad de sus juicios, que dejéis de tener presente su grande é infinita misericordia. Si él nos quisiese juzgar en rigor, ninguna criatura viviente podría presentarse ante él; por esta razon, sabiendo ese buen Padre nuestra flaqueza, nos ha dado él mismo los medios de ponernos á cubierto de sus juicios. El ha dicho, como vos observais, que juzgará á los justos (1), pero ha dicho tambien que hará misericordia á los misericordiosos (2); y aunque nuestros pecados los mas secretos no puedan escaparse á las miradas de esos

(1) Psal. LXXIV, 5.

(2) Matth., v, 7.

ojós que sondean el fondo de los corazones, sin embargo la caridad los cubre; ella cubre, no solo algunos pecados, sino la multitud de los pecados (1). El S. M. fué benéfico en este pensamiento, y aun cuando su generosidad natural, cuyo fondo era inagotable, le moviese mucho á obrar el bien, no creyó que era suficiente ella sola, sino que quiso enaltecerla con sentimientos cristianos, procurando formarse amigos que pudiesen recibirle un dia en los tabernáculos eternos; y yo no puedo recordar las buenas cosas que él me dijo relativas á este particular, sin sentir enternecerse mi corazon. Esto me persuade, Señora, fuertemente que Dios le habrá juzgado segun su bondad; él le ha herido, porque no queria herirle; es decir, él no le perdonó en esta vida, porque queria perdonarle en la otra. Vos sabeis las penas de espíritu y de cuerpo que le siguieron hasta la tumba, sin darle ningun descanso. Dios quiso, Señora, que vos y sus fieles servidores tuvieseis el consuelo de ver que él no

(1) 1, Petr., iv, 8.

era del número de aquellos que reciben su recompensa en este mundo. El clamó á Dios en la afliccion y en el dolor ; y cuando su mano cayó sobre él le hizo un sacrificio de los padecimientos que le enviaba. Yo puedo deciros muy bien , Señora , cuán agradables le son esas súplicas , y la fuerza que tienen para expiar todo cuanto se mezcla en nosotros de fragilidad humana en los dolores violentos. El está pues con Jesucristo, él está con los espíritus celestiales ; ó si algun resto de pecado le separa por algun tiempo de su compañía , al menos tiene de comun con ellos que goza de esa venturosa seguridad que forma la principal parte de su felicidad , porque establece sólidamente su reposo.

Y si él se halla en reposo , Señora , es justo que vos tambien lo estéis. Yo sé muy bien que no teneis una certeza infalible ; ese reposo está reservado para la vida futura , donde descubierta la verdad , no quedará ya ninguna nube que pueda oscurecer nuestros conocimientos ; pero los fieles que se hallan en la tierra no dejan de tener su reposo , por

la esperanza que tienen de volverse á unir en el cielo á aquellos cuya pérdida lamentan. Y esta esperanza es tambien fundada, quando se tienen las bellas señales que vos habeis visto ; que la Escritura , que jamás miente , no teme asegurarnos que ella debe hacer cesar nuestras inquietudes , y aun darnos la alegría. Este reposo , Señora , es el que os aconsejo que tengais , y entre tanto nos admiramos de que despues de tanto tiempo como ha pasado , permanezca tan vivo vuestro dolor , que tengais aun necesidad de ser consolada. Se ven pocos ejemplos parecidos ; pero tampoco se ve generalmente una amistad tan firme , tan fiel y tan rara como la vuestra.

Pero yo voy mas léjos todavía , y confieso que naciendo vuestro dolor de los pensamientos de la eternidad , no debe perjudicarle el tiempo. Que él no cede al tiempo , pero que se deja curar por la verdad eterna , y por la doctrina de su Evangelio. Viendo yo que dura vuestra inquietud , he creido que la gratitud que os debo me obli-

ga á presentárosla segun Dios mela ha dado á conocer. Si he tratado con alguna dureza el asunto que os aflige, es decir, si no he contemplado suficientemente vuestro dolor, os suplico que se lo perdoneis á la opinion que tengo de vuestra constancia.—Soy, etc.

CARTA XXXIII.

AL R. P. JACOBO DE LA COUR, ABAD
DE LA TRAPA.

Sobre la muerte de M. de Rancé, antiguo abad y reformador de aquel monasterio, que falleció el 29 de octubre del mismo año.

Aunque la noticia que me dais, Señor, sea muy dura, por la pérdida que experimento de un amigo tal, os estoy agradecido por la atencion que habeis tenido de dármela. Yo os pido con todo mi corazon la misma parte en vuestra amistad quo aquella con que me honraba mi amado difunto. Yo no puedo decir de él otra cosa sino que era otro S. Bernardo en doctrina, en piedad, en mortificacion, en humildad, en celo y en penitencia; y la posteridad le

contará entre los restauradores de la vida monástica. Dios quiera multiplicar sus hijos en la tierra; él será bien recibido de aquellos á quienes ha enviado al cielo, delante de sí, él en tan gran número. Asegurad á la santa casa de mi constante é inviolable amistad. Yo me prometo que continuará recibiendo bien mis visitas ordinarias, que espero renovar en la estacion que lo permita. Yo estoy muy agradecido á M. de Sééz por el cuidado que toma por el santo monasterio. Yo saludo á vuestros hermanos, y soy con un amor y veneracion cordial, etc.

CARTA XXXIV.

À MILORD PERTH.

Le consuela de la muerte de Jacobo II, rey de Inglaterra.

Mi corazon me obliga á manifestaros la parte que tomo en vuestro justo dolor (1), y al mismo tiempo á suplicaros humildemente que aprovecheis una ocasion oportuna para

(1) Por la muerte de Jacobo II, que murió el 6 de setiembre del mismo año.

presentar al joven Rey y á la Reina: mis muy profundos y muy fieles respetos; confiando en que, por la bondad de SS. MM. y por vuestra mediacion, los aceptarán con agrado.

Dios es el Señor; él sabe los momentos; él tiene coronas que dar, á las que nada puede compararse en la tierra. Todo cuanto pasa es nada; todo lo que acaba, como dice S. Pablo, debe ser contado cuasi como si no existiera. Se hacen rogativas, se ofrecen sacrificios, se espera, se aguarda el tiempo que Dios ha reservado á su poder. Solo Dios sabe lo que es bueno, y esto es, Milord, lo que haréis conocer al Rey. Yo soy, con un sincero respeto, etc.

CARTA XXXV.

Á LA SEÑORA DE...

La consuela de la muerte de su padre.

Yo ruego á nuestro Señor que él sea vuestro consuelo. Hay ya mucho tiempo que él os prepara para la desgracia que acaba de sucederos; no dejamos de ser sensibles á los

golpes , y es necesario serlo ; porque si Jesucristo , nuestro modelo , no hubiera sentido el que iba á recibir , no hubiera sido el hombre de dolores ; no hubiera dicho : *Padre mio , si es posible , apartad de mí este cálix* (1). Es necesario pues sentir con él ; mas al mismo tiempo , es necesario tomar prestada , por decirlo así , su santa voluntad , para decir á Dios que se cumpla la suya. Yo ruego á nuestro Señor que sea con vos.

CARTA XXXVI.

Á LA SEÑORA DE LUSANCI.

Sobre la muerte de una religiosa , y la manera con que Dios, nos ha mostrado que el imperio de la muerte debía ser destruido.

Vuestra carta del 18, que he recibido al llegar á esta ciudad, ha producido, hija mia, una grande herida en mi corazon, al anunciarme la muerte de nuestra amada hermana de los Arcángeles. Ella fué la primera á quien yo encontré con un semblante

(1), Math. , xxvi, 9.

sumiso y contento, al entrar en Jouarre. Su celo y su fe jamás sufrieron detrimento. Dios nos la quita, sin embargo, cuando teníamos todavía tanta necesidad de sus santos ejemplos, y esto lo hace para que humillemos nuestra frente ante sus órdenes soberanas. Consolad á nuestras amadas hijas, asegurándolas de la parte que yo tomo en su dolor, y del cuidado que tendré de ofrecer á Dios y encomendarle el alma tan amada que hemos perdido en la tierra de los muertos, pero que volverémos á encontrar en la tierra de los vivos.

Yo he visto, en una carta de la Sra. de Albert, una queja de la Sra. de Luynes, de la Sra. de Renard y de vos, de que os dejo morir. Sin pasar mas adelante, me he sentido lleno de dolor, deplorando la impotencia humana, que no puede retener lo que mas querria poder conservar; es decir, los buenos corazones á quienes se encuentra unida por el amor de la virtud; mas al mismo tiempo he adorado la majestad suprema de Dios en la inevitable sentencia de muerte que

dió contra nosotros desde que el pecado entró en el mundo. Es necesario temblar y guardar silencio sobre la autoridad de sus juicios, y recordar entre tanto que el primero sobre quien fué ejecutada esta sentencia de muerte es el justo Abel; por esto, como decia un escritor antiguo, nos quiso Dios mostrar que la muerte tenia un fundamento débil, supuesto que el primero que sucumbió á sus golpes fué al mismo tiempo el primero de todos los amigos de Dios. Esto lo permitió para hacernos ver que el imperio de la muerte no duraria, y que él se veria obligado á destruirlo, supuesto que habia comenzado tan mal, que su justicia no lo podia sufrir. Yo ruego á nuestro Señor que sea con vos.

CARTA XXXVII.

À LA SRA. DE EPERNON, PRIORA DE LAS CARMELITAS DEL BARRIO DE SANTIAGO DE PARIS.

Sobre la muerte y las virtudes de la madre de Bellefonds, antigua priora del mismo monasterio.

Nosotros no veremos mas á aquella amada madre; nosotros no oiremos mas de su boca aquellas palabras que la caridad, la mansedumbre, la fe y la prudencia dictaban, y hacian tan dignas de ser escuchadas! Ella era aquella persona sonsata que creia en la ley de Dios, y á quien la ley era fiel; la prudencia era su compañera, y la sabiduria era su hermana; el gozo del Espiritu Santo no la abandonaba jamás; su balanza era siempre justa y sus juicios siempre rectos. Nadie podia extraviarse siguiendo sus consejos, porque ellos iban precedidos siempre de sus ejemplos. Su muerte fué tranquila, como su vida, y ella se regocijó en el último dia. Yo os doy gracias por el recuerdo que habeis tenido de mí en tan triste ocasion. Yo

asistiré con vos en espíritu á las preces y á los sacrificios que se hagan por esa alma bendita de Dios y de los hombres. Yo me uno á las piadosas lágrimas que vos derramais sobre su tumba, y tomo parte en los consuelos que la fe os inspira.

FENELON.

CARTA XXXVIII.

CONSUELOS PARA LA MUERTE DE UN AMIGO,
HOMBRE DE PIEDAD.

Dios ha tomado lo que era suyo; y ¿no ha hecho bien? Ya habia mucho tiempo que él descansaba de todas sus penas; él las tuvo grandes, y jamás se cuidó de ellas; no se trataba de él, sino de la voluntad de Aquel que se las enviaba. Las cruces no son buenas sino en tanto que el hombre se en-

trega á ellas sin reserva, y que se olvida de sí mismo en ellas. Olvidáos pues de vos, Señor; de otro modo los padecimientos son inútiles. Dios no nos hace sufrir para sufrir, sino para morir á fuerza de olvidarnos de nosotros mismos, en el estado en que este olvido es mas difícil, que es el estado del dolor.

Yo participo de la pena del buen abad por F..... Yo sé cuán unidos estaban, y me admiraba de ello. Una muerte como esta dé nada tiene mas que de dulce. El está ahora mas cerca de nosotros que antes; ya no existe velo alguno que le oculte; el velo mismo de la fe está corrido para aquellos que tienen un amor puro y desinteresado.

CARTA XXXIX.

SOBRE LA MUERTE DE UN AMIGO COMUN.

Debemos estar contentos de que Dios haga de nosotros cuanto le plazca.

Dios ha hecho su voluntad; él ha tomado lo que era suyo, y os ha quitado lo que no

os pertenecía. Vos mismo sois todo suyo. Yo sé que vos quereis serlo, sacrificándolo todo á él en ciertas ocasiones. El ha cuidado de todo aun en el mismo hecho de llamar á sí á nuestro amado A.... La sorpresa es un rasgo de providencia para evitarle las tentaciones. Cuando Dios ha llevado su obra al punto que tiene marcado, fija la buena voluntad que ha inspirado, y entrega sus hijos á su irresolucion. El oculta el último sacrificio para no manifestarles su horror. Dejémosle obrar. Dirijámonos rectamente á él. No os escuchéis á vos mismo. Desconfiad de vuestro temperamento, un poco melancólico, y mas aun de vuestro espíritu, demasiado reflexivo.

Yo me hallo en una paz muy amarga, y os deseo esta paz, sin deseáros la amargura. Imposible me seria daros noticias mas circunstanciadas de mí: yo no comprendo mi estado; todo cuanto quiero deciros de él me parece falso, y se hace tal en el momento. Unas veces me parece que la muerte me consolaria, y otras veces me encuentro

alegre y todo me agrada. Deciros por qué me sucede lo uno y por qué me sucede lo otro, es lo que no puedo, porque no tengo verdaderas razones para ello. Cuando mas, yo encuentro que me hallo en mi lugar, y no me parece que hay en el mundo mas lugares que aquellos á los que me unen mis deberes. Si yo pudiese veros, me alegraria de ello; pero no pudiendo, me basta con hallarme muy cerca de vos en espíritu, á pesar de la distancia de los lugares. Permanezcamos unidos de este modo, mientras que la Providencia nos tiene tan separados.

CARTA XL.

CONSUELO EN LA MUERTE DE UN JÓVEN.

Yo he recibido vuestra carta sobre la pérdida que habeis experimentado, y creo que vos habréis recibido tambien la que yo os escribí sobre el mismo asunto. Yo siento esa pérdida y el dolor de que os considero penetrado. Pero no me aflijo por vuestro corazon, porque no dudo que se halla en la

verdadera paz, que es siempre inseparable del amor á las disposiciones de Dios. Yo os compadezco tan solo por esa herida secreta con que el corazon permanece como atravesado. Pero el sufrimiento es la vida secreta de las almas en este mundo; porque solo por un sentimiento de muerte se forma en nosotros el principio de una nueva vida. Todo lo que parece que hace podrir en la tierra el grano sembrado, le hace germinar y crecer para la cosecha.

Por lo demás, es necesario no dejarse llevar por pensamientos demasiado aflictivos. Las fragilidades de una edad tan tierna y de una vida tan dispada no tienen un veneno tan grande como ciertos vicios del espíritu, que se refinan y se encubren con la máscara de la virtud, en una edad mas avanzada. Dios ve el barro de que nos ha formado, y se compadece de sus pobres hijos. Por otra parte, aun cuando el torrente de las pasiones y de los ejemplos arrastro un poco á un jóven, podemos, sin embargo, decir de él lo que la Iglesia dice en las pre-

ces de los agonizantes. *El, sin embargo, ¡oh Dios mío! ha creído y esperado en vos.* Un fondo de fe y de principios religiosos, que duermen al ruido de las pasiones excitadas, se despiertan de repente en el momento de un extremo peligro. Este peligro disipa súbitamente todas las ilusiones de la vida, descorre una especie de velo, abre los ojos á la eternidad, y recuerda todas las verdades oscurcidas. Por poco que obre Dios en ese momento, el primer movimiento de un corazón acostumbrado otras veces á él, es recurrir á su misericordia. El no tiene necesidad de tiempo ni de discursos para hacerse oír y sentir. El no dice á Magdalena mas que esta palabra (1): *Marta*; y ella no le responde mas que esta otra palabra: *Maestro*. Esto era decirlo todo. El llama á su criatura por su nombre, y ella vuelve á él. Esta palabra inefable es omnipotente; ella forma un corazón nuevo y un nuevo espíritu en el fondo de las entrañas. Los hombres frágiles y que no ven mas que el exterior necesitan

(1) Joan., xx, 16.

preparaciones, actos ordenados y resoluciones expresas. Dios no necesita mas que de un instante, en el cual lo hace todo, y ve lo que hace.

Seria una presuncion horrible querer esperar estos milagros de la gracia; mas el que prohibe que se esperen, se complace muchas veces en obrarlos. Vosotros encontraréis en las homillas quinta y quincuagésima de S. Agustin, y en otros lugares, que la misma vida es una gracia, pues que Dios no la prolonga sino para invitarnos hasta el último momento á que nos convirtamos. No lo dudemos pues; aquel que quiere sinceramente salvar á los pecadores, no los espera sino para salvarlos; y en vano los esperaria, si les negase en la última hora del combate decisivo el auxilio necesario para hacer posible su salvacion: *Consolamini in verbis istis* (1).

CARTA XLI.

CONSUELO EN LA MUERTE DE UN HIJO.

Vuestro dolor lo tengo siempre presente.

(1) I, Thess., iv, 17.

Yo no pierdo de vista la gran pérdida que habeis sufrido ; mas Dios toma lo que es suyo, y no nuestro. ¿Quién podrá decirle: «Por qué obráis así»? Vos estáis muy léjos de decirselo, vos sabeis que él no tiene cuenta alguna que darnos. Su voluntad es la suprema razon. Lo que es un capricho insoportable en toda criatura, que es decir, *sit pro ratione voluntas* (yo pongo mi voluntad en lugar de la razon), esto mismo es en Dios la perfecta justicia.

Por otra parte, nosotros divisamos siempre en los golpes mas vigorosos de su mano paternal un designio secreto de misericordia. El arrebatá en los buenos momentos á ciertos hombres frágiles á quienes el encanto del siglo hubiera podido hacer recaer: *Raptus est... properabit educere illum de medio iniquitatum* (1). El se dió prisa, para evitar una caída funesta. ¡ Oh, cuántas maravillas verémos en la otra vida, que se escapan en esta á nuestra vista! Entonces cantarémos el cántico de gozo y de reconoci-

(1) Sap., iv, 11 y 14.

miento eterno por los acontecimientos que nos hacen llorar en este mundo. ¡Ay! nosotros no vemos en las tinieblas presentes el verdadero bien ni el verdadero mal. Si Dios hiciese lo que nos agrada, todo lo perderia. El lo salva todo, rompiendo nuestros lazos y haciéndonos gritar fuertemente. El mismo golpe que salva lo que nosotros amamos, quitándolo de enmedio de la iniquidad, nos separa del mundo y nos prepara, por la muerte de otro, á la nuestra. ¿Qué podemos nosotros querer para nosotros y para los nuestros de este mundo vano y contagioso? Si es cierto que la fe y el amor forman toda la vida de nuestro corazon, ¿debemos acaso llorar porque Dios nos ame mas que nosotros mismos nos amamos? ¿Nos quejarémos de que él saque de la tentacion y del pecado á aquellos que amamos? ¿Nos causa él un mal al abreviar los dias de miserias, de combates, de seduccion y de escándalo? ¿Qué es lo que nosotros deseáramos? ¿Acaso un peligro mas largo y tentaciones mas violentas, en las que los mismos elegidos, si posible fue-

ra, sucumbirian? Nosotros queríamos todo cuanto lisonjea el amor propio, para olvidarnos en el lugar del destierro. Dios nos arrebató el veneno, y nosotros lloramos como un niño á quien su madre quita un hermoso cuchillo con que se heriria el pecho.

Vuestro hijo salia incólume de enmedio de este mundo inficionado; este triunfo es un motivo de afliccion, pero este triunfo fué lo que hizo cortar el hilo de su vida, por un consejo de misericordia en favor de él y de los suyos. Es necesario adorar á Dios y callar. Sola la oracion es la que consuela. Solo en la oracion es donde se está verdaderamente con Dios. Cuando se está con Dios por la union del corazon en la simple vista de la fe, se está en oracion; y toda ocupacion de cosas aun las mas santas, que no nos pone en esta presencia y en esta sociedad de amor con Dios, es mas bien un estudio que una oracion. Sí, sola la union con el verdadero consolador es lo que puede consolarnos. Permanezcamos pues en silencio con él; él nos consolará, nosotros lo

encontraremos todo en él. ¡Dichoso áquel que no quiere otro consuelo! Este es un consuelo puro é inagotable.

CARTA XLII.

Utilidad de sentir nuestra flaqueza en la muerte. Cómo debemos sufrir la pérdida de las personas que amamos.

He sabido que vuestra salud ha decaído mucho, y me he alarmado verdaderamente por ello. Vos sabéis que la enfermedad es una preciosa gracia que Dios nos da, para hacernos sentir la flaqueza de nuestra alma por la de nuestro cuerpo. Nosotros nos gloriamos de despreciar la vida, y de suspirar por la patria celestial; mas cuando la edad y las enfermedades nos hacen divisar mas de cerca nuestro fin, el amor propio se despierta, se entenece por sí mismo, se alarma, y no encuentra en el fondo del corazón deseo alguno del reino de Dios; no se encuentra en él mas que molición, cobardía, tibieza, disipación y afección á todas las cosas de que se creía desprendido. Una expe-

riencia tan humillante nos es. muchas veces mas útil que todo el fervor sensible con que contábamos tal vez demasiado. El punto principal consiste en entregarnos al espíritu de gracia, para dejarnos desprender de todo cuanto hay en este mundo.

Cuidad vuestra extrema delicadeza, recibid con sencillez los consuelos que una tan buena y tan poderosa superiora os dará; no pongais en peligro una salud tan quebrantada. El recogimiento, la paz, la obediencia, el sacrificio de la vida, la paciencia en vuestras enfermedades, serán otras tantas mortificaciones bastante grandes.

Yo soy muy sensible á vuestro justo dolor. Vos habeis perdido una hermana muy amable, que merecia toda vuestra amistad. Este es un gran consuelo que Dios os quita. Esto consiste en que Dios la ha querido separar de vos por el celo de su amor. El encuentra aun en las amistades mas legítimas y mas puras ciertos restos secretos de amor propio, que quiero cortar en sus mas profundas raíces. Dejadle obrar. Adorad esa severidad,

que no es mas que amor; entrad en sus designios. ¿Por qué hemos de llorar á aquellos que no lloran ya, y cuyas lágrimas ha enjugado Dios para siempre? A nosotros mismos es á quien lloramos, y es necesario que la humanidad se enternezca sobre sí misma. Pero la fe nos asegura que muy pronto nos reuniremos á las personas á quienes los sentidos nos presentan como perdidas. Vivid de la fe, sin escuchar á la carne ni á la sangre. Vos encontraréis en nuestro centro comun, que es el seno de Dios, á la persona que ha desaparecido de vuestra vista. Os lo repito, cuidad vuestra débil salud en esta ruda prueba; calmad vuestro espíritu delante de Dios; no temais consolar tambien vuestra imaginacion con el auxilio de alguna sociedad dulce y piadosa; es necesario no avergonzarse de tratarse como un niño cuando se siente la necesidad de hacerlo así.

CARTA XLIII.

CARTA DE CONSUELO.

La carta que me habeis hecho el honor de escribirme me arranca lágrimas. El dolor de vuestra pérdida se junta al de la mia; pero creo que debemos entrar, á pesar de nuestra amargura, en los designios de Dios. El ha querido recompensar á aquel á quien lloramos, y separarlo de nosotros. El ha querido tambien quitarnos un apoyo humano para su gloria, con el que contábamos demasiado. El es celoso de los mas dignos instrumentos, y quiere que no esperemos el cumplimiento de su obra mas que de él mismo.

El principal fruto que Dios os prepara de esta prueba, es el de enseñaros por una experiencia sensible que no estáis aun desprendida del mundo, como os lisonjeais de estarlo. Esto no se conoce mas que en la ocasion, y la ocasion se nos da por la Providencia para desengañarnos de nuestro desprendimiento superficial. Dios permitió la horrible caída

de S. Pedro para despojarle de cierto fervor sensible, y de un valor muy frágil, en que confiaba vanamente. Si vos nouviéseis mas que la cruz exterior, por grande y dolorosa que ella sea, no os desengañaríais de vuestro desprendimiento; por el contrario, cuanto mas pesada es la cruz en sí, tanto mas os complaceríais en no veros abatida por ella; este sería un aumento prodigioso de confianza, y por consiguiente, una ilusion muy peligrosa. La cruz descubre la pequeñez y el sentimiento de nuestra miseria, en cuanto que el interior nos parece vacío y oscuro, mientras que el exterior nos conmueve. Es necesario ver su pobreza en el interior, y sufrirla; entonces la pobreza se convierte en tesoro, y todo se tiene sin tener nada.

Unámonos de corazon á aquel á quien lloramos. El nos ve, él nos ama, él siente nuestras necesidades, él pide por nosotros. El os dice todavía con una voz secreta lo que os decía con tanta frecuencia cuando vivia entre nosotros: «No vivais sino de la fe, no conteis con la regularidad de vuestras obras

ni con la simetría de vuestras virtudes, sufrid en paz la vista de vuestras imperfecciones, abandonáos á la Providencia, no os escuchéis á vos misma; no escuchéis mas que al Espíritu de gracia.» Ved aquí lo que él decía; ved aquí lo que dice todavía á nuestro corazón. Léjos de haberle perdido, le encontraréis mas presente, mas unido á vos, mas seguro para vuestro consuelo y mas eficaz en sus consejos de perfeccion, si queréis convertir en sociedad de pura fe la sociedad visible que teniais con él. Por mi parte, encuentro un verdadero consuelo en mi corazón, al estar frecuentemente en espíritu con él.

Cuidad de vuestra salud por vuestra familia, que tiene mucha necesidad de vos. Que el valor de la fe os sostenga. Este es un valor que nada tiene de soberbia, y que no da una fuerza sensible con la que podamos contar. No encontramos recurso alguno en nosotros mismos, y nada nos falta en la ocasion oportuna. Somos ricos con nuestra pobreza. Si cometemos alguna falta contra nuestra in-

tencion, la convertimos en nuestro provecho por la humillacion que sentimos despues. Volvemos continuamente á nuestro centro por la aquiescencia á todo cuanto nos desprende de nuestro propio corazon. Nos entregamos á Dios, no encerrándonos ya en nosotros mismos ni osando confiar en nuestras propias fuerzas. Y entonces todo se vuelve poco á poco recogimiento, silencio, dependencia de la gracia para cada momento, y vida interior en muerte perpétua. En este estado no se posee ya nada de cuanto se ve; y se encuentra en Dios, con la union mas sencilla y mas íntima, todo lo que se creia haber perdido.

OLIVIER.

CARTA XLIV.

Consuela á una madre de la muerte de su hija.

¡Vos me pedis consuelos, Señora; vos creeis que la religion los tiene para todos los

dolores, y aun para el que os aflige en este momento! ¡Vuestra fe no os ha engañado!

No es un título vano el que se digna tomar el Señor en nuestras santas Escrituras cuando se llama *el Dios de todo consuelo* (1).

No fué una promesa falaz la que él consignó en su divino Evangelio, cuando llamando á sí á todos los corazones afligidos, les dijo: *Venid á mí, y yo os consolaré* (2).

Vos estabais presente en su pensamiento, madre de dolores; á vos era á quien hablaba.

Escuchad su voz consoladora, viniendo á recibir el pan bajado del cielo.

¡Ay, vos estáis sola al presente en esa mesa divina; vos buscáis á aquella que, colocada á vuestro lado, participaba de vuestra fe y de vuestro amor!

Ya no existe aquella amada hija, aquella jóven tan ardiente, aquella esposa tan pura, aquella jóven madre tan dichosa y tan tier-

(1) S. Pablo.

(2) S. Mat.

na. Vuestra María está en el cielo, ella no habita ya en la tierra.

Al darle en el bautismo el nombre de María, le asegurasteis otra madre en los cielos.

Alzad con confianza vuestros ojos hacia la Reina de los ángeles, y decidle, en medio de vuestros sollozos: *Ved ahí vuestra hija; y á vuestra hija: Ved ahí vuestra madre.*

Yo no sé si Dios bendecirá, para vuestro consuelo, este pensamiento, esta esperanza, esta mirada; pero me parece que deberéis encontrar en ella mucha calma, mucho reposo, y cuasi me atrevo á decir que mucha alegría.

¡Oh, esta súplica maternal, saliendo de vuestro corazón oprimido, debe ser acompañada de una paz profunda!

«Divina María, Dios os ha hecho la madre de todos los hombres, pero vos sois, sobre todo, la madre de las madres afligidas. Yo no oculto, al pie de los altares y en presencia de vuestra santa imagen las lágrimas que brotan de mis ojos. Yo he perdido á mi

hija; vos sabeis cuánto la amaba; ella era la alegría y el reposo de su padre, ella era el modelo y el consuelo de sus hermanos, ella era la gloria de sus hermanas. Yo la habia visto adelantar de dia en dia en *el conocimiento y en el amor de vuestro divino Hijo* (1); ella era la hija mas dócil de su Iglesia.

»Las fiestas de Sion eran sus únicas fiestas, y los cánticos de Jerusalem sus únicos cánticos. El estudio de la ley santa del Señor formaba todas sus delicias. Dios la arrebató en el momento en que yo fundaba en ella las mas cristianas esperanzas. ¡Ella era mi hija, y yo la he perdido!

»Por vuestro nombre inmaculado, oh Virgen incomparable, recibidla á vuestros piés; yo no me atrevo á pedir os que la tomeis en vuestros brazos y la estrecheis contra vuestro corazón; ¡ay! tal vez la justicia de Dios la ha retenido por algun tiempo léjos de los pórticos sagrados; tal vez... Oh María, rogad por ella, alcanzad que su fe; que su

(1) S. Pablo.

nombre, que es el vuestro, la pongan muy pronto bajo la proteccion de la divina misericordia.

» Enviadle los pensamientos de la esperanza, los suspiros del amor, los deseos de la mas ardiente caridad. ¡Encomendadla al Dios padre de los huérfanos, bendecidla, y que conozca yo en la paz profunda que disfrute aun mi corazon de madre, que no es el olvido lo que ha enjugado mis lágrimas, sino la dulce certeza que habréis infundido en el fondo de mi alma, de que ella es muy dichosa, y que lo es por toda la eternidad! »

¿Será acaso que yo me engañe, Señora, al pensar que una oracion como esta debe consolar aun el corazon mas afligido? Será posible que aquella á quien jamás se invoca en vano, no escuche el fervor de semejante súplica?

Y si esta súplica es oida, ¡cómo comprender que los mas dulces consuelos no ocupen en vuestra alma el lugar de todos los dolores!

¡Cuáles la madre cristiana, asegurada por

una revelacion de la felicidad eterna de su hija, que consentiria en recibirla resucitada en sus brazos, con la inquietud fundada de su salvacion eterna, despues de muchos años de una nueva peregrinacion!

Se dice que el amor maternal es el único afecto de la tierra que no tiene la mas pequeña parte de egoismo; se dice que ninguna cosa extraña altera este inefable sentimiento; se dice que una madre no se acuerda ni aun del mas cruel martirio, cuando sabe, cuando ve que su hijo es dichoso.

Pues bien; esta dicha la goza vuestra amada hija junto á aquella á quien la Iglesia llama la Madre de las misericordias, el Refugio de los pecadores, el Consuelo de los afligidos.

Vos la habeis encomendado tantas veces á su corazon durante su vida, en los dias de su primera infancia, en los momentos mas borrascosos de su adolescencia, que no es posible haya permitido Dios que el clamor de vuestras lágrimas, la expresion de vuestros homenajes y la voz suplicante de vues-

tras oraciones no hayan llegado hasta su Madre. Aun la duda misma os la prohíbe la Iglesia por la fe constante de su tradición. Vos no habeis pedido en vano á la Virgen, siempre fiel, que le fuese favorable mientras ella vivia con vos. Y ¿habia ella de renunciar ahora, por causa de vos, su ministerio de abogada, de mediadora y de madre? ¿Cesaria ella de bendecir, de proteger y de defender?

No lo penseis jamás. Invocad diariamente ese nombre que os es tan amado; con ese nombre está prohibido tener jamás *un dolor desesperado* (1). No olvideis estas piadosas palabras de S. Bernardo: «Todos los que se salvan, se salvan por María;» y veréis enjugarse vuestras lágrimas, y sentiréis cómo una dulce unción de esperanza corre por vuestros miembros, disecados por el dolor.

La noche no os aterrará ya con su sombrío velo; ya no os oiréis llamar por una voz que no oía ya la vuestra.

Si vuestra hija se os aparece durante el
(1) S. Bernardo.

sueño, no vendrá sola ni derramando lágrimas, á deciros: «Soy desgraciada; sino que se os aparecerá con una vestidura mas bella que la que llevaba en el día de sus nupcias en la tierra, y acompañada de nuestra Señora de todas las gracias, os dirá:

«Mi buena y tierna madre, ¡cuánto os debo! Yo soy dichosa, y dichosa para siempre. A vos, á vuestras virtudes, á vuestros ejemplos, á vuestras lecciones y á vuestras oraciones debo yo mi felicidad. Yo estoy en el cielo, Dios me ha perdonado todas mis culpas. El ha mirado con piedad mi miseria. Mi nombre y el vuestro me han proporcionado los auxilios de esta segunda Madre. ¡Oh cuánto os amo, cuánto os bendigo! No me lloreis mas. Yo soy dichosa, y lo seré para siempre. Yo pido por vos, por mi padre, por mis hermanos, por mis hermanas, por mi esposo y por mi tierno hijo. Dios me oye, yo conozco que él me ama, y me inunda de las delicias de su santa casa; nosotros todos nos veremos un día; yo os espero y los espero á ellos. ¡Oh buena Madre! ¡cuán-

to os amo, cuánto os bendigo...! Yo soy dichosa, y lo seré para siempre.»

Y yo, Señora, aunque pecador, aunque hijo indigno de la Iglesia militante, me uno á su súplica, y os pido que cuando vuestra alma se sienta mas abatida por el pensamiento de la pérdida tan cruel que habeis experimentado, invoqueis á María; y en su nombre, os renuevo la seguridad de que diréis entonces con David: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.* ¡Oh Dios bueno! vos habeis igualado mis consuelos á todos mis dolores. Yo soy con respeto, etc. -- OLIVIER, *cura de San Roque.*

SAN JUAN CRISOSTOMO

**EXHORTA A LOS CRISTIANOS A QUE NO TEMAN
LA MUERTE, NI SE AFLIJAN DEMASIADO POR
LA PÉRDIDA DE SUS PARIENTES Y AMIGOS.**

CAPITULO PRIMERO.

**La muerte de Jesucristo nos debe quitar el temor
de morir.**

La muerte, hermanos míos, según las palabras de S. Pablo, había reinado en el mundo antes del nacimiento de Jesucristo; mas, habiendo encarnado el Salvador, destruyó su imperio é hizo cesar la dominación tiránica de los demonios y del infierno. El proporcionó á los hombres, con su muerte, y después con su resurrección, tantas gracias y tantos dones del cielo, que aquel que

los considere atentamente, no podrá ya temer la muerte ni mirarla con horror.

Nosotros no tenemos al presente motivo para turbarnos ni para exhalar quejas que eran mas razonables en otro tiempo, que lo son en la actualidad. Nosotros no decimos ya: «¡A qué estado tan desgraciado nos vemos reducidos! ¿Por qué nos hallamos en la dura necesidad de sufrir la muerte? Por qué no permanecemos siempre como estamos ahora?» Nosotros seriamos dignos de lástima si esto sucediese, y hubiéramos perdido toda la esperanza de nuestra gloria.

Jesucristo nos ha visitado al fin en nuestras tinieblas y en las sombras de la muerte en que estábamos envueltos. El nos ha hecho la ley de nuestra muerte una necesidad gloriosa; él nos ha hecho de ella un paso para la gloria, al pasar él mismo el primero por una muerte cruel y por la ignominia de la cruz.

El ha destruido la muerte con la muerte misma; él la ha vencido con sus propias armas, y ha manifestado, por el instrumento

que ha elegido para su victoria, cuán fácil le era de vencer el enemigo á quien ha combatido.

No perdamos, hermanos míos, una ventaja tan grande. No temamos ya lo que un Dios nos ha hecho despreciable. «Nosotros no hemos recibido, dice S. Pablo, un espíritu de temor servil, sino un espíritu de amor y de fuerza.» Permanezcamos pues firmes como personas animosas, y desprecie-
mos generosamente la muerte.

CAPITULO II.

Nosotros perdemos con frecuencia las ventajas que Jesucristo nos ha proporcionado.

Mas ¡ay! yo me aflijo al pensar, por una parte, la gloria á que nos ha elevado Jesucristo, y por otra, la bajaiza á que nosotros mismos nos reducimos! Yo veo la Iglesia llena hoy de personas que temen la muerte por sí mismas, y que no pueden tolerar la de sus amigos y parientes. ¿Quién es el pagano y el infiel que no se rie de esta va-

nidad? Yo confieso que yo mismo me ruborizo. Vosotros dais lugar á los impíos para que tengan por fábulas todo cuanto os decimos de la resurrección de los muertos. Ellos se atienden menos á lo que yo digo que á lo que vosotros haceis. Ellos juzgan de la religión de Jesucristo mas bien por vuestra vida y por vuestra conducta que por mis discursos y por mis palabras.

De este modo confirmáis vosotros mismos á los paganos en su infidelidad con vuestra cobardía y vuestra molición. Vosotros deteneis el progreso del Evangelio y la gloria de Jesucristo. Vosotros destruis con vuestras acciones lo que nosotros procuramos establecer con la predicación de la verdad.

Este temor á la muerte es un temor muy poco excusable en un cristiano. La fe que nosotros tenemos de la resurrección de Jesucristo debe asegurarnos de la nuestra, supuesto que Jesucristo murió y resucitó solo por nosotros. Esos temores son un mal precedente para nuestra esperanza, y una vergonzosa prevaricación de nuestra fe. El

apóstol San Pablo tenía unos sentimientos bien diferentes cuando decía: *Yo deseo morir y estar con Jesucristo*. En estas palabras manifiesta él cuál debe ser el deseo continuo de todos los cristianos; y cuando nosotros manifestamos tanto temor á la muerte, hacemos ver demasiado que nuestros deseos son muy débiles y muy enfermizos, y que tememos mucho alcanzar lo que deberíamos desear con ardor. Trate-mos pues de hacer ver por nuestras acciones y por toda nuestra vida que creemos en la resurreccion de los muertos.

CAPITULO III,

Nuestra muerte no es una muerte, sino un sueño.

Pero ¿quién puede sufrir en un cristiano esa grande impaciencia, esos dolores excesivos, esas tristezas extremas, esas lágrimas tan abundantes que se derraman en la muerte de los amigos y de los parientes? Esas personas no han considerado bien estas palabras que S. Pablo dice á todo un pueblo:

Con respecto á lo que sucede á los que duermen, no os aflijais como los otros que no tienen esperanza, etc.

Es necesario examinarlas hoy detenidamente, y yo las tomo por tema de esta exhortacion ; porque nosotros vemos en ellas, en primer lugar, que nada hay estable ni grande en la tierra, y que hay ciertos bienes infinitos y eternos en los que debemos poner toda nuestra esperanza.

Es necesario recordar, al leerlas, que no hemos nacido para este mundo; que debemos llevar nuestros pensamientos y nuestros deseos mas léjos, y esperar la gloria y la felicidad que se nos promete en el cielo.

Yo admiro que cuasi todas las veces que este gran apóstol habla de Jesucristo, dice claramente que murió, y que, por el contrario, cuando habla de nosotros, llama á nuestra muerte un *sueño*. No debemos creer que el Santo Apóstol usó sin intencion estas expresiones. Hay sin duda encerrado algun gran misterio en una eleccion de palabras tan marcada, y el Santo nos quiso dar una

instruccion muy importante. El dice de Jesucristo que *murió*, para asegurarnos de la verdad de su pasion y de sus sufrimientos, y para quitarnos todo motivo de duda acerca de su muerte. El se vale, por el contrario, cuando habla de nuestra muerte, de la palabra *sueño*, á fin de suavizar nuestro dolor y nuestra tristeza. El llama *muerte* una muerte que fué seguida al momento de la resurreccion, para mostrarnos que la muerte era como la causa y el principio de ella; y él llama á la muerte un *sueño*, para consolarnos con la esperanza de nuestra resurreccion, é impedirnos que dudemos de ella; porque todos los que duermen despertarán al fin despues de haber dormido, y su muerte les parecerá entonces que no ha sido mas que un sueño.

No me digais que un muerto no siente ya, no ve, no oye ni habla ya, y que en esto es muy diferente de los que duermen. Incredulos, ¿no veis que el alma de los que duermen está dormida, y duerme, por decirlo así, con el cuerpo que duerme, en vez de

que el alma del que está muerto vela siempre, y que sola su carne es la que está en el reposo del sueño?

CAPITULO IV.

S. Juan Crisóstomo prueba la resurreccion de nuestros cuerpos con dos ejemplos.

Pero nosotros vemos con nuestros ojos, me decis, el cuerpo que se entierra, corromperse, podrirse y convertirse al fin en un poco de polvo y de ceniza. Y ¿querréis sacar un motivo de abatimiento y de desesperacion de donde debeis sacar el motivo de vuestro mayor consuelo? Si alguno de vosotros quisiese reedificar una casa que estuviese totalmente arruinada, ¿qué orden seguiria para ejecutar su designio? ¿No comenzaria por hacer salir al que viviese en ella, por acabarla de derribar hasta los cimientos, á fin de reconstruirla despues, y hacerla mas bella y mas magnífica? ¿Os afligis de dejar por un poco de tiempo vuestra casa, mientras que la haceis reedificar? ¿No se alegra el hombre generalmente de

estas transformaciones? No tiene la imaginacion llena de la fealdad y de la deformidad que tenia la casa cuando la dejó, y de la belleza que debe tener cuando la vuelva á habitar? Ninguna persona se ha quejado jamás de estas ruinas ni de estas demoliciones, porque á cualquiera se le representa por la fuerza de su imaginacion la excelencia del edificio que debe bien pronto reemplazarlas.

Esta es la conducta que Dios observa con nosotros. Cuando él ve destruirse esta casa de barro en que habitamos, comienza por hacer salir de ella á nuestra alma, que la habita, á fin de hacerla volver á entrar en ella un dia gloriosa, cuando él haya reconstruido un edificio celestial y divino, como dice S. Pablo. No nos detengamos pues como niños en las apariencias ni en esta ruina exterior de nuestro cuerpo. Dirijamos los ojos del espíritu á la excelencia de la gloria, con que será restablecido.

Si tuvieseis una estatua de bronce, toda deteriorada y desfigurada, y para restituirle su primera belleza la echaseis en el crisol,

¿no es cierto que obrar de ese modo no sería perderla, sino renovarla? No tengais pues desconfianza cuando veais vuestro cuerpo echado en la tumba, como en un crisol, de donde debe salir brillante y luminoso. No perdais la esperanza por lo que veis al presente, sino dirigid vuestra vista á lo futuro. Vosotros debeis esperar aun mucho mas de lo que esta comparacion podria prometeros.

Cuando un artífice echa una estatua de cobre ó de bronce en un crisol, no hace salir de él una estatua de oro ni de plata. El no la hace sino de la misma materia de que era antes, y su arte solo le hace cambiar de color, mas no de naturaleza. Dios no nos tratará de ese modo. El hará que unos cuerpos de barro, unos cuerpos corruptibles y sujetos á la muerte se conviertan en unos cuerpos inmortales y resplandecientes como el oro mas puro.

No os admireis pues del horror de un cuerpo muerto, que veis sin ojos, sin palabras y sin movimiento. Apartad vuestro espíritu de esas apariencias que hieren vues-

tros sentidos, para alimentarlo solo de la firmeza de vuestra esperanza ; si sois cristianos, pensad en el resplandor augusto con que veis que debe resucitar.

CAPITULO V.

Es permitido estar triste en la muerte de los amigos ; pero es necesario no estarlo con exceso.

«Yo estoy convencido, me diréis, de esas razones ; pero confieso, sin embargo , que cuando pierdo á mis amigos ó á mis parientes, no puedo dejar de llorar su pérdida. Yo me aflijo de no verles mas como antes, y de no gozar ya de su agradable compañía.» Yo os tomo á vos mismo por juez de vuestra conducta, y os pido que veais si vuestro dolor es razonable.

Si vos hubieseis dado una hija en matrimonio á un príncipe extranjero, que fuese muy poderoso en sus estados, y que ella viviese con él en una perfecta union, y en la ventura y la gloria que la grandeza de semejante union le habia proporcionado, ¿ la llorarias acaso como desgraciada, ú os con-

solariais, por el contrario, del disgusto de su ausencia; con la seguridad que teniais de que ella era dichosa? ¡Vos obrais así cuando un príncipe, cuando un hombre mortal posee vuestra hija, y os afligis cuando el mismo Dios la llama á sí! ¡Vos os consumis de tristeza cuando él toma lo que es suyo, y cuando os pide lo que le pertenece! ¿No considerais que esa afliccion á que os abandonais recae sobre el mismo Jesucristo, y que le haceis una injuria en mirar y en llorar como desgraciados á aquellos á quienes él ha colocado en su reino?

«Mas yo soy hombre, decis; yo soy débil, yo no puedo dejar de estar triste en tales ocasiones.» Ni yo exijo tanto de vos. Yo no os pido que no estéis triste. No es la tristeza lo que yo condeno, sino el exceso de ella. Es una cosa muy natural sin duda verter lágrimas en semejantes ocasiones; pero es una locura y la señal de un espíritu afeminado entristecerse excesivamente. Llorad, afligios, yo os lo permito; pero no lo hagais con acritud ni con impaciencia. Dad mas

bien gracias á Dios, que ha llamado á sí á vuestro amigo, y honrad con sus alabanzas la muerte y los funerales de la persona que habeis perdido. Ella se avergonzaria sin duda de vuestra impaciencia, si no moderaseis el dolor que su muerte os causa. Dios se ofenderia de ello muy justamente, y vos mismo recibiriais un grave perjuicio. Pero recibiendo la muerte de vuestro amigo con acciones de gracias, la haceis honorifica; vos tributais gloria á Dios, que lo ha llamado á sí, y haceis que esa muerte os sea útil á vos mismo. Llorad á vuestro amigo muerto; pero lloradle como Jesucristo lloró la muerte de Lázaro, á quien amaba. Sus lágrimas son la regla de las que debemos derramar en tales ocasiones; y al darnos el ejemplo de llorar, nos manifiesta al mismo tiempo los limites que en ello debemos guardar, sin que nos sea permitido traspasarlos. Animado de este mismo espíritu, nos dice S. Pablo: «Llorad á los muertos; mas no los lloreis como un pagano, que no tiene esperanza alguna. No os aflijais como un infiel, que no

tiene ninguna fe en la resurreccion, y que no espera la vida eterna, que nosotros esperamos.» ¿Por qué llorais con tal exceso la muerte de vuestro amigo? ¿Es acaso porque era vicioso? En ese caso debeis mas bien dar gracias á Dios porque, por medio de la muerte, detuvo el curso de sus vicios y de sus desórdenes.

«El era muy hombre de bien,» me decis. Y ¿no teneis un gran motivo de alegraros porque haya muerto en esa probidad y en un estado tan laudable, y porque Dios no ha permitido que él permaneciese por mas tiempo en un lugar donde hubiera podido al fin corromperse? No debeis estar lleno de gozo al ver que su virtud está ahora en una plena seguridad, y que no se halla ya expuesta á la inconstancia y á la variacion? «Pero él era todavia muy jóven,» me añadís. ¡Ay! Alabad á Dios por esa ventural ¡Benedicid á Dios porque su juventud no se halla ya expuesta á tantos peligros, y porque Dios la ha establecido en una felicidad permanente y eterna! Y si él era viejo, la flaqueza y la lan-

guidez en que vivia habla bastante por si misma, y hace ver demasiado que es necesario alegrarse de que haya terminado al fin. Cualquiera que sea el que muere, la muerte es siempre el fin de los trabajos de esta vida, y la libertad de todos los cuidados y de todas las penas con que el hombre es atormentado en ella.

CAPITULO VI.

Ceremonias de la Iglesia en los funerales de los difuntos.

Yo bendigo á Dios porque quiso que su Iglesia introdujese en los funerales de los difuntos unas ceremonias santas y angustas, que condenan la delicadeza y el dolor excesivo de esas personas, y que las convencen de su poca fe. Indudablemente ellas no pueden contemplarlas sin avergonzarse de su debilidad. Se reúne por todas partes á ciertos eclesiásticos graves, se invita á la multitud de los fieles para que concorra á ellas, se cantan himnos y salmos, y se hacen resonar las iglesias con cánticos sagrados;

se hace que brillen en ella lámparas y luces, para manifestar, que se miran como atletas generosos aquellos á quienes se acompaña con honor y con pompa.

En el mundo se acompaña á las personas de categoría cuando van á tomar posesion de algun cargo ó de alguna magistratura; se les tributan muchos aplausos, y se publica por todas partes cuán venturosos son. Esto mismo es lo que hacemos nosotros cuando los fieles salen de esta vida. Nosotros los acompañamos todos reunidos. Nosotros los seguimos con honor. Nosotros nos admiramos de verlos libres de una vida tan miserable para pasar á la felicidad eterna. Nosotros bendecimos á Dios porque los ha llamado á sí, y porque ha coronado sus dones en ellos con una muerte venturosa. Nosotros manifestamos el sentimiento que tenemos de este favor con las palabras mas santas que podemos encontrar. Nosotros empleamos para esto el canto de los salmos.

Nada hay en todas estas ceremonias tan graves que no manifieste el gozo. No se can-

ta cuando se está triste ; el mismo Apóstol es quien lo dice. Alienten un poco su espíritu esas personas tan abatidas, considerando todas esas cosas. Alimenten su espíritu con esos salmos que se hacen resonar por todas partes. Consuélese con estas palabras tan dulces que se pronuncian entonces : *Alma mia, entra en tu reposo y en tu paz, porque el Señor te ha hecho gracia y misericordia. Yo no temeré los males, Dios mio, porque vos estáis conmigo.*

CAPITULO VII.

Diferencia de los cristianos y los paganos en la muerte de sus parientes.

Todo esto nos hace ver que la Iglesia se conduce en la muerte de sus hijos de una manera muy diferente que las gentes del mundo. Los cristianos tienen en todas las cosas unos sentimientos contrarios á los sentimientos de los impíos y de los infieles, porque estos juzgan solo por las apariencias y aquellos por la verdad. Un pagano ve el cielo y lo adora porque lo toma por un dios ;

el mira la tierra y la honra, y es idólatra de todo cuanto cae bajo sus sentidos. No se obra así en el cristianismo y en la Iglesia. Nosotros vemos el cielo, y admiramos á Aquel que lo formó. Nosotros no miramos ese cuerpo tan admirable como un dios, sino como la obra de un Dios.

Cuando yo considero todo cuanto hay criado en la tierra, no me detengo en todas estas cosas, sino que ellas me conducen á Aquel que las crió.

Un pagano ve las riquezas, y se consume por el deseo de poseerlas; y yo las veo y me rio de ellas, y las miro como un muladar. Si un pagano se ve en la pobreza, llora y se aflige, y yo me regocijo al verme en ella. Así, pues, nosotros miramos las cosas de diferente manera, y formamos de ellas juicios absolutamente contrarios.

Esta misma contrariedad y esta diversidad de juicios se debe encontrar tambien en la muerte. Un pagano ve un cuerpo muerto, y cree que no es mas que un monton de podredumbre; y yo miro ese cuerpo, y lo

tomo por un cuerpo que duerme. Abrase un libro en presencia de sábios y de ignorantes, y todos verán en él los mismos caracteres y las mismas figuras, pero no todos comprenderán las mismas cosas. Los ignorantes se detienen en los caracteres y en las letras solas, y no creyendo que signifiquen mas que lo que ellos ven con sus ojos, no pasan mas adelante. Lo mismo sucede en todo cuanto vemos sobre la tierra. Los fieles y los infieles ven todos las mismas cosas, pero no forman todos los mismos juicios ni conciben los mismos pensamientos. Y ¿podrémos nosotros, en una contrariedad tan general en todo lo demás, ponernos de acuerdo en el solo punto de la muerte? Librenos Dios de esta desgracia. Pensad lo que es ahora vuestro amigo, y consoláos con este pensamiento. Recordad que él se halla ahora donde se halla el apóstol S. Pedro, el apóstol S. Pablo, y dónde se halla la augusta asamblea de todos los santos. Recordad la gloria con que resucitará un dia, y contened con este recuerdo esas lágrimas tan vanas y

tan inútiles, que no vuelven la vida á aquel cuya muerte lloras, y que podrán ser tan perjudiciales á vos mismo. .

Considerad al menos á quienes os hace semejante vuestra tristeza inmoderada, y esa horrible semejanza que ella hace de vos con los paganos y los infieles, os haga á un mismo tiempo temblar de miedo y sonrojaros de vergüenza. ¿Quereis, por ventura, disputar la bajeza de corazon con esos impíos que están sin esperanza?

CAPITULO VIII.

S. Juan Crisóstomo explica lo que dice S. Pablo de los infieles, que no tienen esperanza.

Yo os ruego que mediteis estas palabras de S. Pablo : *No os aflijais como los otros que no tienen esperanza*; él no dice como los otros que no tienen esperanza de la resurreccion, sino en general, *que no tienen esperanza*. Porque es necesario que el que no tiene esperanza en este punto, la pierda en todo lo demás. Es imposible que él crea en Dios, y que esté persuadido de que su

providencia vela por los hombres. El que se halla en este estado es en verdad mas semejante á una bestia que á un hombre. Él arroja de su espíritu todas las leyes de la equidad y de la justicia, y no tiene ya ninguna nocion del bien. Cuando no se cree que se debe dar un dia cuenta á Dios de todas las acciones, se deja el hombre, por una consecuencia necesaria, arrastrar por el torrente de las pasiones, se hace esclavo del vicio y renuncia á la virtud. No entremos por nuestra tristeza desmedida en la sociedad de esas personas desventuradas que viven sin Dios y sin esperanza. San Pablo las nombra de propósito, con el fin de que esta comparacion que hace de vos con un infiel os haga ruborizaros, y esta confusion saludable os llame á vos mismo, y os haga entrar en vuestra primera generosidad.

Nada hay sobre la tierra que deba ó que pueda afligir tanto á un cristiano. El tiene aun en esta vida misma muchas ventajas sobre los paganos; y los principios de nuestra religion le hacen gozar un reposo seguro

y siempre estable entre la inconstancia de las cosas humanas.

¿Es acaso una ventaja poco considerable la que tiene un cristiano sobre un infiel, de poder, aun antes de la resurreccion, consolarse anticipadamente en las mayores desgracias de esta vida con la esperanza de la resurreccion? Un pagano pierde esta doble ventura. Él es castigado en la otra vida porque no ha creído en la resurreccion; y tambien es castigado en esta, porque en las desgracias que le suceden no puede consolarse con la esperanza del porvenir. Esto nos debe mover á que tributemos á Dios humildes gracias, no solo porque él nos resucitará un dia, sino tambien porque desde esta vida nos fortifica con esa esperanza, que es la única que puede consolarnos en la muerte de nuestros parientes, y hacernos creer firmemente que Dios los despertará un dia de su sueño.

CAPITULO IX.

Propone el ejemplo de Job en la muerte de sus hijos.

Pero ¿cómo unos hombres, me diréis, pueden resistir al dolor? Y yo os pregunto, por el contrario : ¿cómo unos hombres razonables, que ponen toda su esperanza en el porvenir, pueden dejarse abatir por el dolor? ¿A quién habeis visto jamás, me replícais, que no haya sucumbido á la tristeza en tales ocasiones? Nosotros tenemos muchos de ellos, tanto en el uno como en el otro Testamento. Acordáos del santo hombre Job, que viendo á todos sus hijos muertos de un solo golpe, da por ello á Dios mil gracias y dice : *El Señor me los dió, el Señor me los quitó; sea bendito su santo nombre.*

Indudablemente estas palabras parecerán muy admirables, si se considera el estado en que él se hallaba cuando las pronunció. Porque el demonio no se habia contentado con la mitad de sus hijos, lo cual hubiera podido al menos dar lugar á aquel padre afligido para consolarse de la pérdida de los

unos con la presencia de los otros que le hubieran quedado. ¿Qué sentimiento de dolor y de tristeza no debia pues tener, al ver tantos hijos, tan buenos y tan temerosos de Dios, morir todos en la flor de su juventud y de una muerte tan violenta y tan funesta? Porque no debemos creer que aquel padre carecia de sentimientos naturales, ó que no amaba á sus hijos. Cuanto mas virtuosos los veia, mas los acariciaba; y cuanto mas justo era su amor, mas sensible debia serle la pérdida de ellos.

No se llora mucho la muerte de un hijo vicioso y libertino. Sus desarreglos sirven de contrapeso al dolor, y la afliccion de perder un hijo se templa con la alegría de que la muerte pone fin á sus desórdenes. Si, por el contrario, se pierde un hijo bueno y que promete muchas virtudes, puede decirse que se sufre una doble pérdida. Esta desgracia causa de un solo golpe dos heridas que vierten sangre continuamente, y cuyo recuerdo no puede borrarse, ni templarse su violencia.

La naturaleza por una parte hiere vivamente el corazon del padre, y la virtud del hijo que pierde lo hiere por otra. Juzgad pues cuál debia ser el dolor de aquel santo hombre en la muerte de tantos hijos, tan notables todos por su piedad. Porque está muy claro en la Escritura cuál era la virtud de ellos. Sabemos muy bien que esto era lo que Job buscaba con mas ahinco, y lo que procuraba inculcar en ellos con mayor cuidado.

Mas yo no sé si comprendeis bien cuán imprevista fué la afliccion de aquel santo. Si se compadece á una persona que pierde á su madre ó á su esposa por una enfermedad de tres ó cuatro dias, ¿qué deberémos pensar de Job, que ve morir á todos sus hijos, no en tres ó cuatro horas, sino en un solo momento? Un mal que se ha previsto, por grave que sea, se hace mas fácil de sufrir por esta preparacion y esta prevision. ¡Qué impresion pues no deberá hacer en el alma un accidente que, siendo en sí mismo demasiado sensible y doloroso, la sorprende y

la abate de un solo golpe! Aquel gran santo no ve á sus hijos espirar pacíficamente en un lecho, y morir al menos de una muerte natural. Vienen á decirle en un momento que una casa al caer los ha sepultado á todos bajo sus ruinas.

Yo os ruego que os representeis á un padre ocupado en descubrir entre esos escombros horribles los miembros de sus hijos, sacando ya un pedazo de madera ó una piedra con una parte de sus cuerpos, viendo la mano de uno que tiene todavía una taza, y la otra extendida y aplastada bajo la mesa, y todos sus cuerpos tan desfigurados, que no es posible distinguir uno de otro. Los sesos salen de la cabeza de uno, y los ojos de la de otro; cada rostro tiene sus facciones confundidas.

Este padre infortunado no puede distinguir en esos cuerpos destrozados la forma de un solo cuerpo; y no le queda ni aun el triste consuelo de poder reunir todos los miembros de sus hijos para sepultarlos. Sola esta imágen que os proponemos podría

ablandar los corazones mas duros. Este accidente funesto nos espanta, y no podemos rehusarle nuestras lágrimas. ¿Cuál fué pues la afliccion y el dolor del padre de estos hijos desventurados? Una historia que sucedió tantos siglos há nos arranca suspiros y lágrimas, aun cuando no tengamos parte alguna en ella. ¿Qué podia pues hacer Job entonces, no en una desgracia extraña, sino en la suya propia?

Sin embargo, aquel corazon heróico se conserva en paz en medio de tantos males. Él no prorumpe en gemidos ni en quejas. No se le escapa ni una sola palabra de disgusto ni de indignacion. No se le oye decir: «¡Ay, cuán desgraciado soy! ¿De dónde me ha venido una afliccion tan extrema? ¿Es esta la recompensa de mis limosnas y de mis buenas obras? ¿He hecho acaso con tanta caridad que mi casa sea la posada de los peregrinos y de los pasajeros, para verla hecha la tumba de mis hijos? ¿Los habia yo educado tan cuidadosamente en la virtud para verlos morir tan desgraciadamente? No solo

no dice él nada de esto, sino que ni aun siquiera piensa una cosa semejante.

CAPITULO X.

Propone la paciencia de Abraham en el sacrificio de su hijo Isaac.

Yo paso á otro ejemplo de paciencia, y omito la muerte deplorable de tantos hijos, para representar la de un hijo único. Yo os propongo á Abraham, que no ve morir á su hijo Isaac, sino que, lo que es todavía mas duro, él mismo va á darle muerte.

Él recibe un precepto de Dios, que le ordena ofrecerle su hijo en sacrificio. Este padre recibe el precepto sin espantarse, él no murmura, él no dice: «¿Acaso, Dios mio, me habeis querido hacer padre tan tarde, solo para hacerme homicida? ¿No me hubierais tratado mas favorablemente no dándome hijos, que mandándome matar hoy el que me habeis dado? Si quereis llamar á vos á mi hijo Isaac, ¿por qué no lo tomais vos de cualquier otro modo? Por qué quereis que yo mismo sea su verdugo y que man-

che mis manos con su sangre? ¿Habeis olvidado acaso la promesa que me hicisteis, de que mi posteridad se extenderia por toda la tierra? ¿Cómo puedo yo esperar ya el fruto de esa promesa, cuando vos cortais hoy su raíz? ¿Qué posteridad puedo yo prometerme ya, cuando vos me mandais matar con mis propias manos á este hijo único, de quien debia esperarla?

Aquel gran hombre no abriga tales sentimientos. Apenas oye el precepto que Dios le impone, cuando se considera obligado á obedecerlo. Él no le pide razon de su mandato. Le es bastante que Dios le hable; y le manifiesta, por la prontitud con que le obedece en este punto, el afecto con que le obedeceria en otra cosa todavía mas difícil, si es que existia alguna en el mundo. El oculta á su esposa y á su familia todo cuanto sucede. El sube á la montaña solo con su hijo, él hace detenerse al pié de ella el resto de su servidumbre. El conduce aquella inocente víctima hasta el lugar donde debia degollarla. Su corazon no se conmueve por el

coloquio que tenia con su hijo durante el camino. La aproximacion de este gran sacrificio, que debia ablandarle el corazon, no le conmueve. Las últimas miradas que echa sobre su hijo único, que va á morir, los movimientos de amor tan violentos, y los afectos paternales, que se renuevan en aquel momento, no detienen su designio. El permanece allí firme, no por espacio de uno ó dos momentos, ni de una ó dos horas, sino por espacio de tres dias.

El hombre puede alguna vez resolverse á una accion generosa por una violencia pasajera que se haga á sí mismo. Pero Abraham no hubiera sido tan admirable si no hubiese hecho mas que ofrecer á Dios su hijo en el mismo momento en que se lo mandó. El continuó y renovó este sacrificio por espacio de tres dias, sin sufrir en su corazon ningun sentimiento humano, y sin dejarse llevar de esa repugnancia que es tan comun á nuestra flaqueza.

Por esta razon eligió Dios un lugar tan oculto y una montaña tan apartada. El que-

ría abrir una carrera ilustre á su virtud , en la que este atleta se pudiese ejercitar en toda la extension de su valor y de su fuerza. Y efectivamente puede llamarse un verdadero atleta el que no iba á combatir con un hombre, sino que iba á vencer la violencia misma y la tiranía de la naturaleza.

Yo confieso que no hay palabras que puedan expresar una accion tan heróica, ni representar cómo este padre toma á su hijo único, le ata las manos, le coloca sobre la leña del sacrificio, y saca valerosamente la espada con que iba á degollarlo. La grandeza de esta accion no puede ser comprendida sino por Dios, que es el autor y el principio de ella. El era quien lo sostenia y quien impedia que todos sus miembros se quedasen como paralizados por su dolor, é inmo- bles por el aturdimiento de su espíritu.

De este modo, estando sostenido por el mismo Dios, le inmoló por el vigor de su fe, su hijo único Isaac, aun cuando no le dió muerte. El no lo sacrificó con las manos, pero lo sacrificó con el corazon. Por consi-

guiente, Dios no le habia obligado á este sacrificio porque quisiese verle derramar la sangre de su hijo. El no queria mas que dar á conocer su incomparable fe por toda la tierra, y proponerla como un gran ejemplo, que enseñase á todos los hombres que es necesario preferir los mandamientos de Dios á los hijos, á las leyes de la naturaleza, á todos los bienes de la tierra y á nuestra propia vida.

CAPITULO XI.

Las virtudes á que obliga la ley nueva. Cómo es necesario prepararse para los males.

En vista de estos ejemplos de virtud y de paciencia que nos dejaron aquellos grandes hombres en la muerte de las personas que mas amaban, ¿qué excusa podemos nosotros tener en esa impaciencia y ese dolor excesivo que manifestamos en la muerte de nuestros parientes? Yo sé lo que se acostumbra contestar : Esos eran, se dice, unos grandes personajes ; esos eran unos santos admirables, que no todos pueden imitar. No

debemos engañarnos, hermanos míos; Dios exige de nosotros aun mas piedad y mas religion que exigia de sus santos del Antiguo Testamento. Ellos vivian en el tiempo de la ley antigua, llena de ceremonias exteriores y judáicas, y nosotros vivimos bajo una ley toda espiritual, cuyo Autor dijo : *Si vuestra justicia no es mayor que la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.* Procuremos al menos imitar á aquellos grandes hombres que brillaron en los primeros tiempos. Animémonos por la consideracion de sus virtudes. Hagamos que esos ejemplos tan admirables vivan en nuestro corazon y en nuestra memoria, y que esa paciencia ilustre que ellos practicaron nos conserve en la paz y en la tranquilidad en medio de todos los accidentes de esta vida. Instruyámonos, mientras que todo está tranquilo, en sufrir las aflicciones cuando nos sucedan. Los buenos soldados en tiempo de paz se ejercitan en la guerra. Ellos continúan en sus ejercicios, y hacen ver en la calma del reposo las imágenes de los com-

bates. El deseo que tienen de no ser sorprendidos cuando llegue una ocasion, hace que estén siempre preparados, y pasan una parte de su vida en guerras fingidas, para poderse valer un dia de su destreza en una verdadera guerra. Imitémosles, y preparémonos en la prosperidad á sufrir el peso de las aflicciones y los ataques de nuestros enemigos. Fortifiquémonos por todos lados con la palabra de Dios y con los ejemplos de los santos.

La vida presente es un tiempo de combates, y nadie puede gozar de la paz en medio de la guerra. Es necesario suspigar por la una y manifestar valor en la otra. El que desea alcanzar una corona ilustre, debe pasar por una vida áspera y laboriosa, para que de un trabajo corto y leve pase á las recompensas y á las felicidades eternas.

¡Ay! ¡Cuántos accidentes funestos vemos ocurrir diariamente! Cuántas desgracias imprevistas! Cuántas aflicciones sorprendentes! En estas ocasiones es cuando el hombre debe manifestar á Dios su virtud y su cons-

tancia, para no prorumpir en quejas y en murmuraciones.

CAPITULO XII.

El cristiano no debe llorar mas que el pecado.

Un cristiano, hermanos míos, debe reservar y consagrar sus lágrimas á otros objetos que lo merecen mas que esos muertos temporales. Si él debe llorar á alguno en este mundo, es á esos que viven en el pecado, y no á los que mueren en la práctica y en el buen olor de las virtudes.

Cuando S. Pablo escribia á los fieles que temia mucho que Dios le humillase cuando los viese, y que tuviese necesidad de llorar mucho en este mundo, no queria decir que lloraria á los que muriesen, sino á los que cayesen en el pecado sin haber querido hacer penitencia. A esas personas es á quien debemos llorar, segun nos exhorta el Espiritu Santo, diciendo por boca del Sábio : «Llorad á vuestro amigo muerto, porque ha perdido el uso de la luz ; llorad tambien al

hombre insensato, porque ha perdido el uso de la inteligencia; derramad muy pocas lágrimas sobre vuestro amigo que ha muerto, porque se halla en un lugar de reposo; pero derramadlas con abundancia por el hombre insensato, porque su vida es peor que la muerte (1).» Si el que ha perdido la razón merece lágrimas, ¿cuánto más las merecerá el que ha perdido la justicia, y el que no pone su esperanza en Dios? Estas personas pues son las que es necesario llorar, pues que las lágrimas que derramamos sobre ellas no les son inútiles.

Quando lloramos á un muerto, nuestras lágrimas no le vuelven la vida; mas quando lloramos á un pecador, nuestras lágrimas pueden resucitarlo y restablecerlo en la justicia. No mudemos el orden de las cosas. Evitemos la inutilidad lo mismo en nuestras lágrimas, que en nuestras acciones y en nuestras palabras, y no lloremos sobre la tierra mas que el pecado.

Los demás accidentes de la vida, como

(1) Ecl., 22, 10.

la pobreza, las enfermedades, la muerte, las calumnias, las persecuciones, y todos los demás males que nos suceden, sufrámoslos con un esfuerzo varonil, y con una generosidad cristiana. No existe mal alguno sobre la tierra, que, sufrido con una moderacion y una paciencia cristiana, no haga al fin mas ilustrè y mas brillante nuestra corona.

CAPITULO XIII.

Nos exhorta á que nos dispongamos á la muerte con una gran paciencia en las enfermedades.

Nosotros conocemos á ciertas personas, y ojalá no fuesen tantas, que al verse acometidas por alguna enfermedad, se quejan y murmuran por ella, y pierden por su impaciencia todo el fruto de sus dolores. Ellos sufren unos males que pudieran serles muy saludables, y ellos mismos se los hacen inútiles por una impaciencia que, léjos de proporcionar algun alivio á sus sufrimientos, no hacen otra cosa que aumentarlos.

¡Hombres ingratos! y ¿de esa manera es

como reconoceis la bondad de Dios, que quiere curar las llagas de vuestra alma con las dolencias de vuestro cuerpo? Su providencia os proporciona, en su misericordia, esa afliccion para purificaros, y vosotros pagais con ingratitud esa extrema bondad con que os trata.

¿No conoceis adonde os arrastra vuestro mal humor, y el precipicio adonde os conduce? ¿De qué os sirven todas vuestras quejas? ¿Qué alivio sacais de ellas en vuestras enfermedades? ¿Acaso vuestros dolores se hacen con ellas menos agudos? ¡Quién pudiera abriros los ojos, para que vieseis los lazos que el demonio os tiende con sus artificios! Vuestra afliccion le divierte y vuestra impaciencia le llena de gozo.

El mismo redobla vuestros males, á fin de aumentar vuestras murmuraciones, y os procura nuevos dolores, para haceros cometer nuevas culpas. El cesaria bien pronto de afligiros si conociese que la afliccion os une mas á Dios, y que, en vez de esas palabras de impaciencia, solo abrieseis la boca

para darle gracias por sus favores y para implorar su misericordia.

«Pero yo no puedo, me decis, dejar de gritar cuando sufro.» No se os impide que griteis, no se os quiere cerrar la boca; abridla, pero que sea á las alabanzas de Dios y á la accion de gracias. Gritad con todo vuestro corazon, y bendecid á Dios en alta voz. Sustituid las bendiciones á esas palabras de indignacion y de murmuracion. Implorad á Dios, invocadle poderosamente, y no dudeis que esa conducta aliviará todos vuestros males; porque el demonio se alejará de vosotros, y Dios se acercará para socorreros.

«¡Mas yo no dejaré de morir, me replicais, con todas esas alabanzas de que me habláis!» Yo lo confiese; pero ¿acaso vuestras murmuraciones os harán inmortales? ¿No moriréis si permanecéis siendo impacientes? ¿Es la paz de vuestro corazon quien os hará morir, ó la condicion de vuestra naturaleza mortal? ¿Es acaso vuestra muerte mas dulce cuando la acompañais de indignacion, de

cólera y de despecho, que cuando la acompañais de mansedumbre, de paz y de accion de gracias?

¿No tenéis siquiera respeto á los que están á vuestro lado, y os asisten en vuestros males? No teméis hacerlos enemigos de vuestra conducta, tan poco edificante, y de hacerós á sus ojos un objeto de horror y de indignation?

¿No pensais en la cuenta que habeís de dar á Dios de tantas quejas, con el disgusto que entorces tendréis de vuestra poca docilidad, y de la pérdida que habeís experimentado de lo que hubiera sido un motivo de corona y de recompensas para vosotros?

Vosotros no seguís una conducta que os cobraria de un placer y de una dulzura inconcebibles, y seguís otra que aumenta vuestros males presentes y os atrae los males eternos; que os hace molestos á vosotros mismos é insufribles á los demás, y que os hace ser mirados con horror de Dios y de los hombres.

CAPITULO XIV.

La causa de nuestras impacencias en las enfermedades y en la muerte nace de haber vivido en la molicie.

Vosotros sufris la justa pena del desarreglo de toda vuestra vida. Vosotros, que haceis profesion de creer en Jesucristo crucificado, os acostumbrais á vivir constantemente en la molicie. Vosotros buscáis vuestras comodidades y vuestros consuelos, y dais á la sensualidad las satisfacciones que os pide.

La vida os parece dulce, y no suspirais por la muerte. Temeis perder los placeres de la una, y teneis miedo de entrar en las amarguras de la otra. Cristianos cobardes y sin corazon, ¿habeis olvidado que la única parte que debeis tomar en este mundo es desear salir de él cuanto antes?

Los verdaderos cristianos han pasado siempre por personas que estaban muy deseosas de morir. Ellos se han fortificado y afirmado en este deseo por la renuncia general que han hecho de todos los placeres de este mun-

do. Ellos no han tenido mucho sentimiento al desprenderse del amor de la vida, porque se habian separado enteramente de todo cuanto podia conservarles su adhesion á ella.

Ellos no han mirado ya como una cosa imposible una vida que ellos mismos se habian hecho como supérflua por su renuncia tan general. Ellos no han mirado ya la necesidad de morir como un decreto severo de la justicia de Dios al que era necesario someterse, sino como un objeto por el que suspiraban durante el curso de su vida.

La experiencia que tenian de que los placeres hacen á los hombres pesados, y les impiden sufrir con valor y morir por Dios, les obligaba á privarse de ellos para siempre. El temor de esta renuncia de todos los placeres es lo que ha alejado á tantos de abrazar al cristianismo. Se ha visto á muchas personas no atreverse á hacerse cristianos mas bien por el temor de perder los placeres que por el miedo de perder la vida.

Pero dejemos al mundo que busque sus diversiones. Este es su tiempo y su reinado.

En cuanto á nosotros, todavía no ha venido nuestro tiempo; la hora de nuestros placeres no ha llegado aun. Nosotros no podemos regocijarnos ahora con el mundo, así como el mundo no podrá regocijarse un día con nosotros. Dios ha ordenado un tiempo para todas las cosas. Las personas del mundo están aquí en la alegría, y nosotros en la tristeza.

El mundo se regocijará, dice Jesucristo, y vosotros os afligiréis. Lloremos pues, mientras el mundo se divierte, á fin de que podamos pasar á la alegría, cuando el mundo pase á la tristeza. No tomemos aquí parte alguna en los placeres del siglo, no sea que participemos tambien de sus dolores y de sus lágrimas.

Un cristiano seria muy delicado si quisiese ser dichoso en este mundo; pero seria, sobre todo, muy insensato si mirase como una felicidad todo cuanto hay de mas agradable en este mundo. ¿Osará acaso decir que no puede vivir sin algun placer aquel que está obligado á morir con placer?

DOCTRINA DE LA IGLESIA

RESPECTO A LA VIDA FUTURA (1),

POR BOSSUET.

I.

Grandeza de la felicidad de los santos: ella es proporcionada á la grandeza de Dios y al amor que tiene á sus hijos.

Para representarnos cuál será la felicidad de los hijos de Dios en la otra vida, es necesario considerar primero en general cuán grande é inconcebible debe ser, á fin de inspirarnos el amor á ella; y despues es nece-

(1) Este dogma fundamental se encuentra en todos los siglos, en todos los países y en todas las religiones. Desde el momento en que se cree en la existen-

sario ver en qué consiste, para tener algun conocimiento de lo que deseamos.

Respecto á la primera consideracion, la podemos deducir de la grandeza de Dios, y del amor con que ha procurado dar la gloria á sus hijos.

Es una cosa prodigiosa ver la ejecucion de los designios de Dios. El trastorna en un momento las mas elevadas empresas; todos los elementos cambian de naturaleza para servirle; y finalmente, hace aparecer en todas ocasiones que él es el solo Dios, el criador del cielo y de la tierra. En efecto, aqui se trata del cumplimiento del designio mas grande de Dios, que es al mismo tiempo la consumacion de todas sus obras.

cia de Dios y de la Providencia, se debe creer en la existencia de otra vida. Una larga série de textos, tomados de autores profanos, antiguos y modernos, en el *Ensayo sobre la Indiferencia*, cap. 27, vienen en apoyo de esta verdad. M. Frayssinous ha desarrollado las pruebas de ella de una manera mas extensa en su conferencia décima. Véase tambien el sermón de Massillon sobre la *Verdad de un porvenir*, el lunes de la primera semana de Cuaresma.

II.

El fin de Dios no puede ser mas que Dios mismo. Bienaventuranza suprema, último cumplimiento de las obras de Dios.

Toda causa inteligente se propone un fin en su obra. Pues bien, el fin de Dios no puede ser mas que él mismo. Y como él es soberanamente abundante, no puede sacar provecho alguno de la accion que ejecuta, fuera de la gloria que él tiene en hacer bien á los otros y en manifestar la excelencia de su naturaleza; y esto, porque es muy digno de su grandeza comunicar sus tesoros, y que los otros sientan su abundancia. Y si es cierto que es propio de la grandeza de Dios el comunicarse, es indudable que su mayor placer no debe ser el de comunicarse á las naturalezas insensibles. Ellas no son capaces de reconocer sus favores ni de ver la mano que les otorga su perfeccion. Ellas reciben, pero no saben agradecer. Esta es la razon por qué, cuando él les da, no es tanto á ellas á quien quiere dar, como á las natura-

lezas inteligentes, á quien él destina sus dones. Solo á estas es á quienes ha dado la facultad de saber usar de ellos. Solas ellas conocen su valor; solas ellas pueden bendecir á su autor. Luego supuesto que Dios no ha dado mas que á las naturalezas inteligentes el poder de servirse de sus dones, es indudable que solo por ellas los ha hecho. Por otra parte, el hombre está establecido por Dios como el árbitro de ellas; y si el pecado no hubiera desvirtuado esta disposicion admirable del Criador desde su principio, veriamos durar todavía esa bella república. Dios ha hecho, pues, para las criaturas racionales las criaturas inferiores. Y en cuanto á las criaturas inteligentes, las ha destinado á la suprema bienaventuranza, que se refiere á la posesion del supremo bien; las ha criado inmediatamente para sí mismo. Ved aquí el órden de la Providencia divina, de hacer las cosas insensibles y privadas de conocimiento para las inteligentes y racionales, y las racionales para la posesion de su propia esencia. Luego lo que tiene relacion

con la suprema bienaventuranza es el último complemento de las obras de Dios. Ved aquí por qué en el juicio final dice Dios á sus escogidos: *Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el principio del mundo* (1). Y á los desgraciados les dice: *Id al fuego que os está preparado* (2); pero no dice que está preparado desde el principio del mundo. Esto no quiere decir otra cosa sino que la creacion del mundo no era mas que un preparativo de la obra de Dios, y que la gloria de sus escogidos seria el último complemento de ella. Como si él hubiese dicho: «Venid, benditos

(1) Matth., xxv, 34, 41.

(2) Es de fe que los cristianos que han caído en pecado mortal, y que mueren en la impenitencia y en el endurecimiento, no irán jamás al cielo, cuya entrada nos mereció Jesucristo por su muerte. Es de fe tambien que ellos serán precipitados en el infierno. Puede verse el sermón de Bourdaloue para el viernes de la segunda semana de Cuaresma, sobre el *Rico avariento*. Véase tambien el del P. Chapelain sobre el *Infierno*, el viernes de la segunda semana de Cuaresma.

de mi Padre; á vosotros era á quienes él miraba cuando criaba el mundo; y no hacia entonces otra cosa que prepararos un reino.

III.

Union de los elegidos con Jesucristo: todo se comunica de la cabeza á los miembros. La cualidad de hijos, la nueva vida y el derecho á la herencia, la reciben por su union con Jesucristo.

Es necesario, pues, saber que todos los bienes que Dios promete á los predestinados los promete juntamente con Jesucristo, y que no deben separarse de él. Dios promete á Abraham bendecir á todas las naciones: *In semini tuo* (1); «En tu hijo;» donde el apóstol S. Pablo observa que: *Non in seminibus, sed tanquam in uno*; «La Escritura no dice á los de su raza, sino á su raza, es decir, á uno de su raza.» Esta bendicion es lo que forma esa vida nueva que Dios nos da. Luego esa vida nueva reside en Jesucristo como en la cabeza, y de él se comunica á los miembros; pero siempre es la misma

(1) Gen., cxii, 18.

vida: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus* (1); «Yo vivo, ó mas bien, no soy yo ya quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí.» La herencia no nos corresponde sino en cuanto somos hijos de Dios. Nosotros no somos hijos de Dios sino porque somos una misma cosa con su Hijo natural, supuesto que no podemos participar de la cualidad de hijos de Dios, sino por una dependencia de aquel á quien ella pertenece de derecho. Ved aquí por qué ha enviado Dios á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, que clama: «Padre mio, Padre mio;» *Missit Deus in corda nostra spiritum Filii sui clamantem: Abba Pater* (2). Este espíritu es uno: *Unus et idem spiritus* (3). Luego nuestra cualidad de hijos, el derecho á la herencia, y la nueva vida que tenemos por la regeneracion espiritual, las debemos tan solo á la union con Jesucristo: *Tanquam in uno*; «Como en uno solo.» Por esta ra-

(1) Galat., III, 16; II, 20; IV, 6.

(2) I, Cor., XII, 11.

(3) Galat., III, 16.

zon le ha dado Dios la abundancia. *Complacuit in ipso habitare omnem plenitudinem* (1); «Quiso el Padre que toda plenitud residiese en él;» á fin de que nosotros gozásemos de la abundancia por sus riquezas: «*De plenitudine ejus nos omnes accepimus* (2); «Todos nosotros hemos recibido de su plenitud.»

IV.

Identidad de la vida de la gracia y de la vida de la gloria. La primera es á la segunda lo que la adolescencia á la edad viril. Los elegidos reciben las dos de Jesucristo.

La vida que tenemos nos es común con Jesucristo; la vida de la gracia y la vida de la gloria son una misma cosa; y tanto, que no hay más diferencia entre una y otra que la que hay entre la adolescencia y la edad viril. Allí ella está consumada y aquí se halla en estado de perfeccionarse; pero siempre es la misma vida. La única diferencia que hay es que en la gloria esta vida tiene

(1) Coloss., 1, 19.

(2) Joan., 1, 16.

sus operaciones mas libres, por la recta disposicion de todos los órganos, y en el mundo las operaciones no son todavía perfectas, porque el cuerpo no ha recibido todavía todo su desarrollo. Esto lo explica el apóstol S. Pablo diciendo: *Vita nostra abscondita est cum Christo in Deo* (1); «Nuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo.» Ahora en esta vida mortal la mayor parte de sus operaciones están ocultas, la fuerza de ese corazón nuevo no aparece: *Cum autem Christus apparebit vita vestra, tum et vos apparebitis* (2); «Pero cuando Jesucristo, que es vuestra vida, aparezca, entonces apareceréis vosotros también.» ¡Ah! entonces será cuando vuestra vida aparecerá en toda su extension, cuando las facultades, enteramente desarrolladas, harán ver toda su fuerza, y cuando Jesucristo aparecerá en nosotros en toda su gloria. Esta es la razón por qué el Apóstol, hablando de la gloria, se vale cuasi siempre de la palabra

(1) Coloss., III, 3.

(2) Coloss., III, 4.

revelacion: *Ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis* (1); «Esta gloria que será manifestada un dia en nosotros;» siendo así que la gloria no es otra cosa que una manifestacion que se hace de nuestra vida oculta en este mundo, pero que se hará aparecer toda entera en el otro. Y el mismo Apóstol, describiendo nuestra adolescencia en esta vida y nuestra perfeccion en la otra, dice «que nosotros crecemos y nos perfeccionamos en Jesucristo;» *Occurramus ei in virum perfectum, secundum mensuram etatis plenitudinis Christi* (2).» Esto es, respecto al estado de la edad viril. Y en tanto que «crezcamos en todas las cosas en Jesucristo, que es nuestra cabeza;» *Interin crescamus in eo per omnia qui caput est Christus* (3). Por consiguiente, el apóstol S. Pablo coloca la vida de la gloria en Jesucristo, como la de la gracia, y esto con mucha razon; porque la cosa en que crecemos debe ser

(1) Rom., viii, 13.

(2) Ephes., iv, 13.

(3) Ephes., iv, 13.

la misma en que somos consumados. Nosotros crecemos en Jesucristo: *Crescamus in eo per omnia qui caput est Christus*. Luego debemos consumarnos en Jesucristo «hasta el estado de un hombre perfecto, á medida de la edad y de la plenitud, segun la cual Jesucristo debe ser formado en nosotros;» *In virum perfectum, secundum mensuram etatis plenitudinis Christi*. Y esto es tanto mas cierto, cuanto que si el principio forma una unidad, la consumacion debe hacer otra mucho mas perfecta. Luego nosotros somos llamados á la gloria juntamente con Jesucristo, y por consiguiente, poseerémos el mismo reino. Y para significar la Escritura esta unidad, nos enseña que nosotros estarémos en un mismo trono: *Qui vicerit, dabo ei ut sedeat in throno meo* (1); «Al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono.»

(1) Apoc., III, 21.

V.

Todo lo que tiene relacion con Jesucristo la tiene tambien con nosotros. Sus pretensiones son las nuestras. Todo nos es comun con él: su muerte, su sacrificio y su victoria. Nuestra gloria no debe ser tampoco mas que una extension de la suya.

Lo que tiene relacion con Jesucristo la tiene tambien con nosotros. Su gloria es grande indudablemente, mas el bien que le pertenece nos pertenece tambien á nosotros; sus pretensiones son las nuestras. Si venció ese gran capitán, venció para nosotros tan bien como para él, y aun me atrevo á decir que mas bien para nosotros que para él; porque él cuasi nada tenia que ganar, supuesto que se hallaba en la abundancia, y si algo tenia que ganar, eran los elegidos. Si él fué obediente á su Padre, lo fué para nosotros. El sacrificio mismo de ese gran sacerdote fué para consumarnos con él en su Padre: *Sacrifico pro eis me ipsum* (1); «Yo me sacrifico por ellos.» Y esto ¿por qué? *Ut omnes unum sint, sicut tu*

(1) Joan., xvii, 19.

in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint (1);» Para que ellos sean una misma cosa; así como vos, Padre mio, estáis en mí, y yo en vos, de la misma manera ellos sean una misma cosa en nosotros.» Nosotros morimos en su muerte, nosotros resucitamos en su resurreccion, nosotros somos inmolados en su sacrificio; todo nos es comun con él. Y si nuestros padecimientos no son mas que una continuacion de los suyos: *Adimpleo quæ desunt passionum Christi* (2); «Yo cumpro lo que falta que padecer á Jesucristo,» nuestra gloria no debe ser mas que una extension de la suya. Pues si, como dice el Apóstol, cuando éramos enemigos de Dios fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, con mucha mas razon, estando ahora reconciliados con él, nos salvarémos por la vida de su mismo Hijo: *Quod si, cum essemus inimici, reconciliati sumus in sanguine ipsius, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ip-*

(1) Joan., xvii, 21.

(2) Coloss., 1, 24.

suis (1); «Si cuando estábamos separados de él, lo que habia en él se comunicaba á nosotros; si hemos muerto al pecado en su muerte, con mucha mas razon las propiedades de su vida deben sernos comunicadas despues que hemos sido unidos á su Padre por la reconciliacion, y que él mismo nos ha dado su vida.»

VI.

Consejo de misericordia que nos dió el Salvador en su transfiguracion. Cómo fortalece él nuestros sentidos y alivia nuestra enfermedad.

Nuestro Señor Jesucristo hace en nuestro favor cosas maravillosas en su transfiguracion. El conoce nuestra dureza y nuestro corazon incrédulo, él sabe que nuestra vida futura no nos afecta; ella nos parece lejana, y nuestro espíritu grosero, halagado ó atraido por los bienes presentes, no conoce las delicias de ese venturoso porvenir. ¿Qué hará pues el divino Salvador? «En verdad, en verdad os digo que hay algunos de

(1) Rom., v, 10.

entre vosotros, dice él, que no gustarán la muerte hasta que no hayan visto al Hijo de Dios en su gloria y en su reino : *Sunt de hic stantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in regno suo* (1). «Yo quiero ayudar vuestros sentidos, yo quiero consolar vuestra enfermedad; si esa felicidad que os prometo os parece demasiado lejana para atraeros, yo os la haré presente, yo la haré ver á algunos de vosotros, que podrán dar testimonio de ella á los demás.» Pocos dias despues de haber pronunciado estas palabras, conduce al Tabor á tres de sus discípulos (2), y estando en oracion (porque, hermanos míos, en la oracion es donde la gloria de Dios resplandece en nosotros), estando pues en oracion, aquella luz infinita que se halla oculta bajo la enfermedad de su carne, penetrando de repente esa nube espesa con una fuerza incomparable, «su rostro resplandece como

(1) Matth., xvi, 28.

(2) Matth., xvii, 1.

el sol, y una blancura admirable aparece en sus vestiduras (1).»

VII.

El resplandor representa la abundancia de la gloria que nos está prometida. Cuáles son las palabras de la promesa que se nos ha hecho.

Ved aquí, hermanos míos, una bella idea de la gloria que nos está prometida; porque, ¡cuánto resplandor tiene ella, supuesto que oscurece al mismo sol! Y ¡cuán abundante es, supuesto que, habiendo llenado todo su cuerpo, se comunica aun á sus mismos vestidos! Así es que Pedro, arrebatado por un espectáculo tan bello, exclamara fuera de sí: «¡Oh Señor, qué bien estamos aquí! Y ¡cuán dichoso sería yo si no perdiese jamás este espectáculo tan bello! *Bonum est nos hic esse* (2).» Y si tanto es su gozo solo al ver la gloria del cuerpo, ¿qué hubiera sido, cristianos, si Jesucristo le descubriese la de su alma? Y si él viese la be-

(1) Matth., xvii, 2.

(2) Matth., xvii, 4.

lleza incomprendible de su esencia divina, sin nubes, sin mezcla, sin oscuridad, y tal como es en sí misma, oh Dios, ¡cuánta sería su admiración! Y supuesto que él se creeta dichoso en ver á su maestro en toda su majestad, aun cuando no tenga todavía parte alguna en su gloria, ¿cuál sería su admiración si él mismo se viese revestido de ella? ¡Oh, hermanos míos! escuchemos á Jesucristo, y dejémonos llevar por las promesas que él nos hace ya tan sensibles: *Ipsum audite*; «Escuchadle;» escuchad las palabras de su promesa. ¿Cuáles son esas palabras? Vedlas aquí, señores, tales como las pronunció él mismo: «El que perseverare hasta el fin será salvo;» *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (1). ¿Qué quieren decir estas palabras? Creed firmemente sus promesas, y esperad el resultado de ellas con paciencia.

(1) Matth., x, 23.

VIII.

Discursos y sentimientos de los hombres del mundo acerca de la vida futura y de sus promesas.

Pero ¡ay! ¿quién es, señores, el que presta atención á estas palabras? Las escuchais vosotros, hombres del mundo, que, embriagados con los bienes presentes, os mofais de la vida futura? ¿Osaré yo repetir en esta cátedra los discursos que vosotros haceis acerca de ella? ¡Ay! mas vale que el mismo Dios, que sondea los corazones, os ponga á la vista vuestros sentimientos. Vosotros sois de aquellos que, segun el profeta Isaías, hablan de este modo: «¡Ah! que el Señor se apresure, que nos haga ver pronto su obra, si quiere que le creamos; que nos haga experimentar alguna parte de sus designios, y no dudaremos mas de ellos;» *Festinet, et cito veniat opus ejus, ut videamus: et appropiet, et veniat consilium sancti Israel, et sciemus illud* (1). Reconoced hoy vuestros sentimientos en la boca de esos impíos. Vos-

(1) v, 19.

otros discurrís diariamente como ellos, diciendo: «¡Ah! ¿Quién nos traerá noticias de ese porvenir que se nos promete? Siempre esperando, siempre aguardando, y entretanto todo lo presente huye de nosotros; *Festinet et cito veniat opus ejus*. El mundo nos ofrece placeres presentes, y Dios nos remite á una vida futura; *Festinet*; ¡Ah! que se apresure, que no nos remita á un término tan largo; nosotros no podemos esperar tanto tiempo; *Cito veniat opus ejus*. Léjos de nosotros esos discursos profanos, léjos de nosotros ese lenguaje impio. *Ipsam audite*; escuchad á Jesús en las palabras de su promesa; no dudeis, no os impacientéis. ¡ah! no dudeis, cristianos; Dios lo ha dicho: «Vosotros seréis salvos;» *Hic salvus erit*.

IX.

Multitud de testimonios en favor del misterio de la inmortalidad. Testimonio que Jesucristo resucitado da de la verdad de la otra vida. Injusticia de aquellos á quienes no basta este testimonio.

Santas verdades del cristianismo, testi-

monio fiel é intachable que los apóstoles han dado, con peligro de todo, de su Maestro resucitado; misterio de inmortalidad, que nosotros celebramos, atestiguado por la sangre de aquellos que lo vieron, y confirmado por tantos prodigios, por tantas profecías, por tantos mártires, por tantas conversiones, por un cambio tan repentino del mundo y por una série tan larga de siglos, ¿no habeis podido todavía elevar á los hombres á los objetos eternos? ¿Es necesario, en medio del cristianismo, hacer nuevos esfuerzos para manifestar á los hijos de Dios que no son ellos una cosa tan insignificante como se imaginan? Nosotros pedimos un testigo venido del otro mundo, para que nos enseñe sus maravillas; Jesucristo, que nació en la gloria eterna, y que vuelve al mundo, «Jesucristo, testigo fiel, y el primogénito de entre los muertos (1),» como está escrito en el Apocalipsis; Jesucristo, que se gloria «de tener las llaves del infierno y de

(1) Apoc., 1, 5.

la muerte» (1); que en efecto descendió, no solo al sepulcro, sino á los infiernos, de donde libró á nuestros padres, é hizo temblar á Satanás y á todos sus ángeles con su llegada gloriosa; este mismo Jesucristo sale victorioso de la muerte y del infierno, para anunciarnos otra vida; y ¡nosotros no queremos creerle! Nosotros quisiéramos que él renovase á presencia de cada uno de nosotros sus milagros; que todos los dias resucitase para convencernos, y el testimonio que dió una vez al género humano, y que lo continúa dando, como veréis, de una manera tan milagrosa en su Iglesia católica, ¡no nos basta!

X.

Carácter de los libertinos; causa de sus extravíos. Cómo los cristianos frágiles caminan igualmente por la senda de la perdición, y renuncian á la esperanza de la vida futura.

«Yo soy cristiano por la misericordia de Dios, decis vos; no me trateis de impío. No me habéis de los libertinos; yo los conozco»

(1) Apoc., 1, 18.

diariamente los estoy oyendo discurrir, y no observo en todos sus discursos mas que una falsa capacidad, una curiosidad vaga y superficial, ó, hablando francamente, una pura vanidad; y en el fondo unas pasiones indomables, que, temiendo ser reprimidas por una grande autoridad, atacan la autoridad de la ley de Dios, que, por un error natural al espíritu humano, creen haber destruido á fuerza de desearlo.» Yo los conozco en esas palabras; vosno podriais pintarme mas al natural su carácter ligero y sus estravagantes pensamientos; yo oigo lo que me dice vuestra boca; pero ¿qué es lo que me dicen vuestras obras? Si es que los detestais; como decis, ¿por qué los imitais? Por qué caminais por sus mismas huellas? Por qué os veo tan deslumbrado por las grandezas humanas como ellos, tan embriagado por el favor, tan arrebatado por su sombra, tan delicado por el honor, tan entregado á los locos amores, tan dedicado á los placeres, y, lo que es consiguiente, tan duro á la miseria de los demás, tan envidioso en secre-

to de la prosperidad de aquellos á quienes lisonjeais en público, tan pronto á sacrificar vuestra conciencia á cualquier gran interés, despues de haberla defendido, tal vez en apariencia, contra los intereses de menos importancia? Confesemos la verdad, cristianos débiles ó libertinos declarados, caminamos igualmente por las sendas de la perdicion, y todos igualmente renunciamos nuestra conducta á la esperanza de la vida futura.

XI.

Efecto del deseo de la inmortalidad. Posesión segura de Dios que este deseo nos garantiza.

Venid, venid, cristianos y decidme: ¿acaso esa vida eterna de que tan poco se ocupa vuestro espíritu, la deseais al menos? ¿Es pedir demasiado á unos cristianos, querer que deseéis la vida eterna? Pues si vosotros la deseais, la adquiriréis fortificando este mismo deseo; y sin fatigar vuestro espíritu por una larga série de razonamientos, teneis en ese instinto de inmortalidad el testimonio

secreto de la eternidad para la que habeis nacido, la prueba que os la demuestra, la prenda del Espiritu Santo que os la asegura, y el medio infalible de adquirirla. Decid únicamente con David, con David, que era un hombre como vosotros, pero un hombre sentado en el trono y rodeado de placeres, un rey victorioso y rodeado de gloria; decid solamente con él: «Mi bien consiste en unirme á Dios; *Mihi autem adherere Deo bonum est* (1). Un trono es caduco, la grandeza se disipa, la gloria no es mas que humo, la vida no es mas que un sueño. «Mi bien consiste en tener á mi Dios, consiste en estar unido á él.» Y en otro lugar: «¿Qué es lo que veo en el cielo, y qué es lo que os pido en la tierra? Vos sois el Dios de mi corazon, y mi Dios, mi herencia, para siempre (2).»

(1) Psal. LXXII, 28.

(2) Psal. LXXII, 23, 26.

XII.

Cuál debe ser la pureza de este deseo. Felicidades temporales que los judíos deseaban obtener. Por qué no debemos nosotros desear mas que lo eterno. Bondad y fidelidad de Dios para con aquellos que lo desean. Quién es el que puede perderlo.

Es necesario tambien manifestar este deseo con toda la pureza de la novedad cristiana. Me explicaré: Los judíos, que no comprendian los misterios de Jesucristo, ni, como dice el Apóstol, «la virtud de su resurreccion, y las riquezas inestimables del siglo futuro (1),» no dejaban de preferir á Dios á las falsas divinidades; mas deseaban obtener de él felicidades temporales. Pero yo, Señor, no quiero mas que á vos, mi Dios, mi herencia, para siempre; ni en el cielo ni en la tierra quiero mas que á vos; todo lo que no es eterno, aun cuando fuera una corona, no es digno de vuestra liberalidad ni de mi amor; y supuesto que habeis querido que yo conozca, débilmente á la verdad respecto á vuestra inmensa grandeza, pero con una

(1) Philip., iii, 10.—Hebr., vi, 8.

certeza que no me deja duda alguna, vuestra eternidad toda entera y vuestra perfeccion infinita, tengo derecho á no contentarme con otra cosa menor; yo no quiero mas que á vos en la tierra, ni quiero mas que á vos aun en el mismo cielo; y si vos mismo no fueseis el don precioso que allí nos otorgais, todo cuanto allí dieseis fuera de vos seria nada para mí. Si vos podeis formar este deseo con David, con S. Pablo, con tantos santos mártires y tantos santos penitentes, hombres como vos; si podeis decir, á ejemplo de ellos: «Dios mio, yo os amo y os deseo,» sin duda es vuestro, porque la bondad de Dios no le permite negarse jamás á un corazon que lo desea y lo ama, ni una fuerza mayor puede arrebatarlo á aquel que lo posee, ni él es un amigo variable á quien el tiempo hace mudarse. Es imposible, hermanos míos, que él mismo separe con sus manos benéficas á sus propios hijos del seno paternal donde ellos quieren vivir; y de todas las verdades, la mas cierta, la mas comprobada y la mas inmutable es que Dios no

puede faltar á aquel que lo desea, y que ninguno puede perder á Dios, sino aquel que se aleja de él por su propia voluntad. El que no lo ve es un ciego, y el que lo niega sufrirá su anatema.

XIII.

Inclinacion que Dios habia infundido en nuestra alma para llamarla á sí, perdida por el pecado y renovada por Jesucristo. De dónde nace en nosotros el deseo de la inmortalidad. Cuán dispuesto se halla Dios á satisfacer este deseo. Qué es lo que nos impide sentir el deseo de la inmortalidad. Compendio de la ley nueva. Por qué no varia ya.

¿Qué opinais, cristianos, de estas palabras? ¿No tuvo razon S. Pablo en excitaros á buscar las cosas celestiales, supuesto que al buscarlas las adquiris? ¿Han despertado sus palabras en vuestro corazon el verdadero deseo de la vida? ¿He encontrado yo, al explicarlas, esa venturosa disposicion que Dios infundió en vuestra alma para llamarla á sí cuando la formó á su imágen; disposicion que el pecado os habia hecho perder y que Jesucristo resucitado renovó en vosotros? Porque, en fin, ¿de dónde procede en

vosotros esa idea de inmortalidad? De dónde nace ese deseo, sino de Dios? ¿No es el Padre de todos los espíritus quien invita al vuestro para que se una al suyo, á fin de encontrar en él la verdadera vida? ¿Puede él dejar de satisfacer un deseo que él mismo inspira? ¿Es posible que solo quiera atormentarnos con un deseo estéril de inmortalidad? ¡Ay! yo no me admiro de que no sintamos nada de inmortal en nosotros; nosotros ni aun siquiera deseamos la inmortalidad, nosotros buscamos una felicidad que el tiempo arrebatara, y una fortuna que un soplo desvaneciera. De este modo, habiendo nacido para la eternidad, nos colocamos voluntariamente bajo el yugo del tiempo, que todo lo destruye con una invencible rapidez; y la muerte que buscamos en todos nuestros deseos, supuesto que no deseamos mas que cosas mortales, nos domina por todas partes. *Sursum corda, sursum corda;* «Elevad el corazón, elevad el corazón.» *Quæ sursum sunt querite* (1); «Buscad las cosas

(1) Coloss., III, 1.

que están en lo alto;» allí está Jesucristo sentado á la diestra de su Padre; allí os espera para satisfaceros. Ved aquí el compendio de la nueva ley, ved aquí esa ley que no varia ya, porque tiene la eternidad por objeto; allí es únicamente adonde debemos dirigirnos.

FIN.

INDICE.

	Pág.
El autor á las almas afligidas.	i
PRÓLOGO.	ix

S. BASILIO.

CARTA PRIMERA.—S. Pablo consuela á sus hermanos de la muerte de sus parientes, con la esperanza de la eterna bienaventuranza. . .	1
ii.—A la esposa de Aristeo, por la muerte de su marido.	5
iii.—A un padre. Él lo consuela por la pérdida de su hijo, que la muerte acababa de arrebatárle en la flor de su vida.	8
iv.—A Nectario. Él lo consuela de la muerte de su hijo único.	12
v.—A la esposa de Nectario Sobre el mismo asunto.	18

S. GREGORIO NACIANCENO.

CARTA VI.—A S. Gregorio de Nisa. Él consuela á Gregorio de Nisa por la muerte de su hermano Basilio.	23
--	----

S. JERÓNIMO

- CARTA VII.**—De S. Jerónimo á Marcela , sobre la muerte de Lea. 23
- VIII.**—S. Jerónimo consuela al obispo Heliodoro de la pérdida que acababa de experimentar en la persona del sacerdote Nepociano , su amado sobrino , muerto muy jóven. 29
- IX.**—S. Jerónimo consuela á Teodosia , viuda de su amigo Lucinio. 34

S. JUAN CRISÓSTOMO.

- CARTA X.**—A Onesicrasia. Él la consuela de la muerte de su hija. 53
- XI.**—A Malo. Consuela á él y á su esposa de la muerte de su hija , que habian educado con mucho esmero. 40
- XII.**—A Studio , prefecto de Constantinopla: Él le consuela de la muerte de su hermano , cuyo elogio hace en pocas palabras. 41

S. AGUSTIN.

- CARTA XIII.**—Habiendo sabido S. Agustin que Crisimo se hallaba sumamente afligido por cierta pérdida que habia experimentado , le escribe para consolarle. 44
- XIV.**—La vírgen Sápida habia hecho una túnica para el diácono Timoteo , su hermano , á quien amaba tiernamente. Habiendo muerto Timoteo sin haberse puesto la túnica , Sápida la

había enviado á S. Agustin, y habia deseado para su consuelo que se sirviese de ella. El Santo le asegura por esta carta que así lo habia hecho, y le exhorta á buscar en la Escritura otros consuelos mas sólidos. 47

S. FRANCISCO DE SALES.

CARTA XV.—A una señora piemontesa. La consuela de la muerte de su padre.	55
XVI.—A una viuda. La consuela de la muerte de su madre, y la instruye en la preparacion para la oracion.	57
XVII.—A una señora, su madre de alianza. La consuela de la muerte de su hijo.	67
XVIII.—A una señora. La consuela de la muerte de su marido.	71
XIX.—A una señora. La consuela de la muerte de su marido.	73
XX.—A una señora. La consuela de la muerte de su hijo.	77
XXI.—A la misma. Sobre el mismo asunto.	79
XXII.—A una señora. La consuela de la muerte de su hermana.	82
XXIII.—A la misma. Sobre el mismo asunto.	84
XXIV.—A uno de sus amigos. Lo consuela de la muerte de Enrique IV, rey de Francia.	86
XXV.—A una señora. La consuela de la muerte de su marido.	91
XXVI.—A una religiosa de la Visitacion. La consuela de la muerte de su padre.	94
XXVII.—A un amigo suyo. Lo consuela de la	

muerte de su hermano.	96
xxviii.—A una señora. La consuela de la muerte de su padre, y le contesta á un encargo que le habia hecho.	97

SANTA TERESA DE JESUS.

CARTA XXIX.—A la reverenda madre Maria de San José, priora de Sevilla. La Santa le da noticia de la muerte de su hermano, que le suministra materia para ciertas reflexiones cristianas.	101
xxx.—A D. Diego de Guzman y Cepeda, sobrino de la Santa. Le consuela de la muerte de su esposa.	106
xxxi.—Consuela la Santa á una persona afligida por la muerte de su esposa.	107

BOSSUET.

CARTA XXXII.—A una señora de consideracion, sobre la muerte de su marido. Él presenta á su fe las verdades mas propias para consolarla, y los motivos mas á propósito para asegurarla acerca del estado del difunto.	109
xxxiii.—Al R. P. Jacobo de la Cour, abad de la Trapa. Sobre la muerte de M. de Rancé, antiguo abad y reformador de aquel monasterio, que falleció el 29 de octubre del mismo año.	124
xxxiv.—A Milord Perth. Le consuela de la muerte de Jacobo II, rey de Inglaterra.	125
xxxv.—A la señora de..... La consuela de la muerte de su padre.	126

- XXXVI.**—A la señora de Lusanci. Sobre la muerte de una religiosa, y la manera con que Dios nos ha mostrado que el imperio de la muerte debía ser destruido. 127
- XXXVII.**—A la señora de Epernon, priora de las carmelitas del barrio de Santiago de Paris. Sobre la muerte y las virtudes de la madre de Bellefonds, antigua priora del mismo monasterio. 130

FENELON.

- CARTA XXXVIII.**—Consuelo para la muerte de un amigo, hombre de piedad. 131
- XXXIX.**—Sobre la muerte de un amigo común. Debemos estar contentos de que Dios haga de nosotros cuanto le plazca. 132
- XL.**—Consuelo en la muerte de un joven. 134
- XLI.**—Consuelo en la muerte de un hijo. 137
- XLII.**—Utilidad de sentir nuestra flaqueza en la muerte. Cómo debemos sufrir la pérdida de las personas que amamos. 141
- XLIII.**—Carta de consuelo. 144

OLIVIER.

- CARTA XLIV.**—Consuela á una madre de la muerte de su hija. 147

S. JUAN CRISÓSTOMO EXHORTA A LOS CRISTIANOS Á QUE NO TEMAN LA MUERTE, NI SE AFLIJAN DEMASIADO POR LA PÉRDIDA DE SUS PARIENTES Y AMIGOS.

CAPÍTULO PRIMERO.—La muerte de Jesucristo nos

debe quitar el temor de morir.	156
ii.—Nosotros perdemos con frecuencia las ventajas que Jesucristo nos ha proporcionado.	158
iii.—Nuestra muerte no es una muerte, sino un sueño.	160
iv.—S. Juan Crisóstomo prueba la resurreccion de nuestros cuerpos con dos ejemplos.	163
v.—Es permitido estar triste en la muerte de los amigos, pero es necesario no estarlo con exceso.	166
vi.—Ceremonias de la Iglesia en los funerales de los difuntos.	170
vii.—Diferencia de los cristianos y los paganos en la muerte de sus parientes.	179
viii.—S. Juan Crisóstomo explica lo que dice S. Pablo de los infieles, que no tienen esperanza.	178
ix.—Propone el ejemplo de Job en la muerte de sus hijos.	178
x.—Propone la paciencia de Abraham en el sacrificio de su hijo Isaac.	183
xi.—Las virtudes á que obliga la ley nueva. Cómo es necesario prepararse para los males.	187
xii.—El cristiano no debe llorar mas que el pecado.	190
xiii.—Nos exhorta á que nos dispongamos á la muerte con una gran paciencia en las enfermedades.	192
xiv.—La causa de nuestras impacencias en las enfermedades y en la muerte nace de haber vivido en la molicie.	196

**DOCTRINA DE LA IGLESIA RESPECTO A LA VIDA
FUTURA, POR BOSSUET.**

- I.**—Grandeza de la felicidad de los santos : ella es proporcionada á la grandeza de Dios y al amor que tiene á sus hijos. 190
- II.**—El fin de Dios no puede ser mas que Dios mismo. Bienaventuranza suprema , último complemento de las obras de Dios. 201
- III.**—Union de los elegidos con Jesucristo : todo se comunica de la cabeza á los miembros. La cualidad de hijos, la nueva vida y el derecho á la herencia lo reciben por su union con Jesucristo. 204
- IV.**—Identidad de la vida de la gracia y de la vida de la gloria. La primera es á la segunda lo que la adolescencia á la edad viril. Los elegidos reciben las dos de Jesucristo. 208
- V.**—Todo lo que tiene relacion con Jesucristo la tiene tambien con nosotros. Sus pretensiones son las nuestras. Todo nos es comun con él : su muerte , su sacrificio y su victoria. Nuestra gloria no debe ser tampoco mas que una extension de la suya. 210
- VI.**—Consejo de misericordia que nos dió el Salvador en su transfiguracion. Cómo fortalece él nuestros sentidos y alivia nuestra enfermedad. 212
- VII.**—El resplandor representa la abundancia de la gloria que nos está prometida. Cuáles son las palabras de la promesa que se nos ha hecho. 214

viii.— Discursos y sentimientos de los hombres del mundo acerca de la vida futura y de sus promesas.	216
ix.— Multitud de testimonios en favor del misterio de la inmortalidad. Testimonio que Jesucristo resucitado da de la verdad de la otra vida. Injusticia de aquellos á quienes no basta este testimonio.	217
x.— Carácter de los libertinos; causa de sus extravíos. Cómo los cristianos frágiles caminan igualmente por la senda de la perdicion, y renuncian á la esperanza de la vida futura.	219
xi.— Efecto del deseo de la inmortalidad. Posesion segura de Dios, que este deseo nos garantiza.	221
xii.— Cuál debe ser la pureza de este deseo. Felicidades temporales que los judíos deseaban obtener. Por qué no debemos nosotros desear mas que lo eterno. Bondad y fidelidad de Dios para con aquellos que lo desean. Quién es el que puede perderlo.	223
xiii.— Inclinacion que Dios habia infundido en nuestra alma para llamarla á sí, perdida por el pecado y renovada por Jesucristo. De dónde nace en nosotros el deseo de la inmortalidad. Cuán dispuesto se halla Dios á satisfacer este deseo. Qué es lo que nos impide sentir el deseo de la inmortalidad. Compendio de la ley nueva. Por qué no varia ya.	225

FIN DEL ÍNDICE.

Biblioteca E



13

